

A portrait of Russell M. Nelson, a middle-aged man with thinning hair, wearing a dark suit, white shirt, and a patterned tie. He is holding a book in his right hand and resting his left hand on a surface. The background is dark and textured.

El Poder Dentro de Nosotros

Russell M. Nelson

El Poder Dentro de Nosotros

Russell M. Nelson

© 1988 Russell M. Nelson

El libro **“El Poder Dentro de Nosotros” de Russell M. Nelson** es una obra que refleja profundamente la visión profética y médica de su autor. Al leerlo, uno siente que no se trata simplemente de un manual doctrinal ni de un texto de ciencia, sino de un puente entre el conocimiento espiritual y el entendimiento físico del ser humano.

El presidente Nelson parte de su experiencia como cirujano de corazón para recordarnos que, aunque el cuerpo es una maravilla de creación divina, lo verdaderamente esencial es la fuerza interior que proviene del espíritu. Habla de la vida como un don precioso y del cuerpo como un instrumento sagrado que debe ser cuidado, pero insiste en que el verdadero poder no radica solo en la biología, sino en la conexión con Dios y Su evangelio.

El texto nos conduce a reconocer que el Señor nos ha dado dentro de nosotros un potencial eterno: el poder de la fe, de la esperanza, de la revelación personal y de la capacidad de elegir. Ese “poder interior” no es algo limitado, sino un reflejo de nuestra identidad divina como hijos e hijas de Dios. Nelson resalta que al alinearnos con los mandamientos, al ejercer la fe en Jesucristo y al vivir de acuerdo con las leyes de la salud y la espiritualidad, descubrimos que podemos superar pruebas, enfermedades y desafíos aparentemente imposibles.

En su narrativa, Nelson une el conocimiento médico con principios doctrinales. Por ejemplo, muestra cómo las leyes físicas y biológicas obedecen un orden divino, y cómo la obediencia a mandamientos como la Palabra de Sabiduría tiene consecuencias directas en la longevidad y la fortaleza. Al mismo tiempo, enfatiza que hay realidades más profundas: aun cuando el cuerpo sufra o falle, el espíritu permanece fuerte si está anclado en Cristo.

El mensaje, en esencia, invita a descubrir que el verdadero poder para cambiar, sanar, aprender y vencer se encuentra ya en nosotros, puesto allí por Dios. No se trata de depender de fuerzas externas, sino de acceder a la chispa divina que mora en cada alma.

Al terminar el libro, el lector comprende que Nelson no solo quería enseñar principios médicos ni solo compartir doctrinas espirituales: quería mostrar que ambas esferas convergen en un mismo propósito. El “poder dentro de nosotros” es la suma de lo físico y lo espiritual, y se manifiesta plenamente cuando confiamos en Cristo, vivimos en rectitud y cuidamos tanto del cuerpo como del espíritu. En otras palabras, es un llamado a descubrir la grandeza de nuestra naturaleza divina y a vivir con fe en que Dios nos ha dotado con poder suficiente para alcanzar la vida eterna.

Tabla de Contenido

Prefacio	7
Capítulo 1 La magnificencia del hombre	10
Capítulo 2 Tres pasos hacia una vida monumental	26
Capítulo 3 Comenzar con el fin en mente	41
Capítulo 4 Proteger la línea de poder espiritual.....	51
Capítulo 5 Obediencia y sacrificio.....	58
Capítulo 6 Dominio propio.....	74
Capítulo 7 A la manera del Señor	82
Capítulo 8 El gozo llega por la mañana.....	90
Capítulo 9 Ama a tu prójimo.....	99
Capítulo 10 La verdad y más.....	106
Capítulo 11 Las Llaves del Sacerdocio	120
Capítulo 12 Lecciones de Eva.....	127
Capítulo 13 Fuerzas en la vida: un diálogo entre padre e hija	137
Capítulo 14 Los Diez Mandamientos	142
Capítulo 15 Convenios y Señales	155
Capítulo 16 Vida Después de la Vida	163
Capítulo 17 Los Profetas Modernos Hablan	170

Acerca de este libro

“Cuanto más envejezco, más aprecio la singularidad de una vida individual. Literalmente, no hay dos personas iguales. Cada una tiene una herencia genética específica indeleblemente grabada en cada célula. Las influencias ambientales de la compañía que uno mantiene, y las experiencias que uno soporta, se combinan para enriquecer y educar a la persona que finalmente emerge de esta maravillosa experiencia que llamamos vida.”

Con una percepción poco común, adquirida gracias a su servicio tanto como cirujano cardíaco de renombre mundial como líder de la Iglesia, el élder Russell M. Nelson, miembro del Quórum de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, escribe acerca de los poderes y el potencial únicos de cada individuo.

“El potencial para el poder divino está dentro de nosotros”, afirma. “Espera ser alcanzado por cada hijo de Dios que esté dispuesto.” Algunas de las cualidades que cada persona debe desarrollar para lograr ese poder divino son:

- **Aprendizaje:** “Debemos adquirir conocimiento, pero debemos aplicarlo con sabiduría. De lo contrario, tendremos política sin principios, industria sin moralidad, conocimiento sin sabiduría, ciencia sin humanidad.”
- **Amor al prójimo:** “La mayoría de los que se han apartado de la plena comunión con la Iglesia lo han hecho no por disputas doctrinales, sino por heridas, negligencia o falta de amor. El progreso hacia la plena participación en las bendiciones del evangelio no necesita de nuevos programas, sino de una nueva visión de amor, que puede expresarse mejor a través de amigos y vecinos.”
- **Obediencia:** “Nuestra decisión de servir debe ser una decisión informada, basada en verdades eternas, porque no obedecemos ciegamente, sino porque podemos ver.”

- **Dominio propio:** “Tu espíritu adquirió un cuerpo al nacer y se convirtió en un alma para vivir en la mortalidad a través de períodos de prueba y examen. Parte de cada prueba consiste en determinar si tu cuerpo puede ser dominado por el espíritu que mora en él.”
- **Un matrimonio fuerte:** “Se necesita un hombre y una mujer para formar a un hombre o a una mujer. Personas comunes e imperfectas pueden edificarse mutuamente mediante la plenitud que logran juntos.”
- **Obediencia a la ley:** “La libertad de actuar y el dominio de nuestras acciones emanan ambos de la ley.”

“El origen de nuestro poder espiritual es el Señor”, concluye. “Este poder difiere del poder eléctrico. Un aparato eléctrico consume poder, mientras que el uso del poder espiritual de Dios repone nuestro poder. Mientras que la energía eléctrica solo puede usarse durante períodos de tiempo limitados, el poder espiritual puede usarse por el tiempo y por la eternidad.”

Sobre el Autor

Russell M. Nelson ha servido como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles desde abril de 1984. Nativo de Salt Lake City, obtuvo los grados de B.A. y M.D. en la Universidad de Utah y un Ph.D. en la Universidad de Minnesota. En su carrera profesional, fue un cirujano e investigador médico reconocido internacionalmente, y sirvió en muchas organizaciones profesionales, incluyendo presidente de la *Society for Vascular Surgery*, presidente del *Council on Cardiovascular Surgery* de la *American Heart Association* y presidente de la *Utah Medical Association*.

Prefacio

“Cuanto más envejezco, más aprecio la singularidad de una vida individual. Literalmente, no hay dos personas iguales. Cada una tiene una herencia genética específica indeleblemente grabada en cada célula. Las influencias ambientales de la compañía que uno mantiene y las experiencias que uno soporta se combinan para enriquecer y educar a la persona que finalmente emerge de esta maravillosa experiencia que llamamos vida. Si alguien puede obtener provecho de mis perspectivas, me sentiría justificado en la publicación de este volumen.

Como mi nombre aparece como autor, reconozco que, en gran medida, soy el producto de los demás. De cada persona maravillosa que he conocido he tratado de adquirir una medida de bondad. De la ciencia de la medicina y de la disciplina de la cirugía he aprendido la necesidad del conocimiento y de la obediencia a la ley si se desean lograr resultados. De las Escrituras sagradas he aprendido la ley divina —la palabra eterna de Dios— que es responsable de cualquier componente de mis mensajes que pueda ser intemporal.”

Esta no es una publicación oficial de la Iglesia. Yo soy el único responsable y rindo cuentas por los puntos de vista expresados. Al considerar las incontables horas dedicadas a la preparación de cada mensaje, he plasmado este esfuerzo escrito con lo que soy y donde estoy. Sin embargo, reconozco que la imperfección sigue siendo evidente, una cualidad que siempre ha sido parte de mí.

Meditar, orar, prepararse y proclamar son importantes para un apóstol ordenado. Llamado por inspiración y revelación divinas, deja la carrera del mundo para la cual fue inicialmente educado y

se somete en oración a su Maestro, sabiendo que el Señor usará a Sus siervos para cumplir Su voluntad, aun en su debilidad. Los mensajes que resultan son, en cierto modo, comparables a las cartas escritas anteriormente por Pablo, Juan o Santiago. Para su día y su tiempo, esos escritos representaban el legado de fe que ellos eligieron dejar a sus seres queridos. Con ese mismo espíritu, esta compilación de mensajes preparados —epístolas escritas— se ofrece a quienes buscan la perspectiva de este compañero de viaje entre ellos.

En el análisis final, sin embargo, la palabra escrita es solo una evidencia del mensaje real que constituye la vida de un individuo. Este pensamiento he tratado de resumirlo en *“Mi Mensaje”*, un himno que compuse, cuyas palabras son las siguientes:

Nuestro Dios es mi Hacedor;
Queridos padres son mi guía;
Un ángel esposa, mi verdadero amor;
Hijos escogidos son mi orgullo.
Nuestro Señor es mi Luz;
Su verdad eterna, mi ley.
Mi gozo está en servir a otros;
Mi mensaje es—mi vida.

Agradecimientos

A los padres, uno nunca puede devolver adecuadamente la gratitud, no importa cuán completamente lo intente. Marion C. y Edna A. Nelson han dado mucho más que la paternidad. Han proporcionado un ejemplo invaluable. Hermanos, hermanas, amigos y colegas también han hecho mucho para moldear mi alma. A mi compañera eterna, Dantzel, le ofrezco mi gratitud por su desinteresada compañía. Nunca quejándose, siempre perseverando, me ha ayudado a alcanzar metas que en otro tiempo parecían tan distantes, casi fuera de nuestra comprensión. A

nuestros diez hijos, y también a sus cónyuges, a quienes amamos como propios, expreso una gratitud especial. Sus hijos, a quienes amamos con gratitud como nuestros nietos, añaden una dimensión especial de gozo y, al mismo tiempo, sentimientos adicionales de responsabilidad. Los miembros de la familia han sido tan pacientes y serviciales.

Mi secretaria, Helen R. Hillier, siempre alegre incluso durante el borrador final, merece un reconocimiento especial. A Eleanor Knowles, estoy agradecido por la revisión editorial cuidadosa y paciente.

Aun con profundo aprecio por la ayuda de tantos, yo personalmente asumo la responsabilidad por el contenido de este volumen. Las limitaciones, omisiones y deficiencias en comparación con los talentos de otros son claramente mías. Las cosas de valor eterno seguramente emanan de Aquel cuyo siervo soy. Por Su ayuda, estoy humildemente agradecido.

La magnificencia del hombre

Te invito a reflexionar sobre las cosas magníficas. La palabra *magnífico* proviene de dos raíces latinas. El prefijo *magni* proviene de un término que significa “grande”. El sufijo proviene del latín *facere*, que significa “hacer”. Una definición sencilla de *magnífico*, entonces, podría ser “gran obra” o “hecho grandioso”.

Piensa, si lo deseas, en la visión más magnífica que hayas contemplado. Podría ser un prado en primavera lleno de hermosas flores silvestres. O quizá te hayas maravillado, como yo, ante la magnificencia de una sola rosa, con su especial hermosura y fragancia. He llegado a apreciar la magnificencia de una naranja, con cada gota de jugo cuidadosamente empacada en un recipiente comestible, unida a muchas otras cápsulas, agrupadas en gajos y todo ello perfectamente envuelto en una cáscara desechable y biodegradable.

Algunos dirían que la visión más magnífica que jamás han contemplado son los cielos en una noche de verano, con estrellas incontables que tachonan el firmamento. Quienes han viajado en órbita por el espacio dicen que su vista del planeta tierra ha sido una de las visiones más magníficas jamás observadas por el hombre.

Otros podrían escoger la vista del Gran Cañón al amanecer; otros, la hermosura de un lago de montaña, un río, una cascada o un desierto.

Algunos podrían seleccionar un pavo real con su cola desplegada, o un hermoso caballo. Otros nominarían la belleza de las alas de una

mariposa, o de un colibrí aparentemente suspendido en el aire mientras se alimenta.

Estas visiones magníficas son prodigiosas más allá de toda medida. Todas ellas son “grandes obras” de nuestro divino Creador.

Ahora reflexiona en la magnificencia de todo lo que se refleja cuando miras en el espejo. Ignora las pecas, el cabello rebelde o las imperfecciones, y mira más allá para ver al verdadero tú: un hijo de Dios, creado por Él, a Su imagen. Al mirar más allá de la superficie que ves en el espejo, levantemos la tapa del cofre del tesoro del entendimiento de los maravillosos atributos de tu cuerpo y descubramos, al menos en parte, la magnificencia del hombre. Aquí hay algunas de las joyas relucientes de magnificencia en este cofre del tesoro.

El embrión humano

En el primer compartimento del cofre del tesoro, podemos observar la magnificencia de nuestra propia creación.

No sabemos con exactitud cómo dos células germinales se unen para convertirse en un embrión humano, pero sí sabemos que tanto la célula femenina como la masculina contienen todo el material hereditario e información del nuevo individuo, almacenado en un espacio tan pequeño que no puede verse a simple vista. Veintitrés cromosomas del padre y veintitrés de la madre se unen en una nueva célula. Estos cromosomas contienen miles de genes. Se establece un maravilloso proceso de codificación genética mediante el cual se determinan todas las características humanas básicas de la persona aún no nacida. Así se forma un nuevo complejo de ADN. Se instituye un continuo de crecimiento que resulta en un nuevo ser humano.

Aproximadamente veintidós días después de que las dos células germinales se han unido, un pequeño corazón comienza a latir. A los veintiséis días comienza la circulación de la sangre. Las células

se multiplican, dividen y diferencian. Algunas se convierten en ojos que ven; otras, en oídos que oyen; mientras que otras están destinadas a ser dedos que sienten las maravillas que nos rodean. Sí, la conciencia de la magnificencia del hombre comienza con los milagros de la concepción y nuestra creación.

Órganos específicos

En nuestro cofre del tesoro de entendimiento, podemos mirar al compartimento que contiene la capacidad de órganos seleccionados. Cada joya merece admiración, aprecio y asombro.

Mencionemos primero la magnificencia de los ojos con los que vemos. Sin duda te has parado frente al espejo, como yo, y has observado cómo las pupilas reaccionan a los cambios en la intensidad de la luz: se dilatan para dejar entrar más luz y se contraen para reducir la cantidad de luz que llega a la retina sensible del ojo. Una lente de autoenfoque se encuentra al frente de cada ojo. Nervios y músculos sincronizan la función de dos ojos separados para producir una sola imagen tridimensional. Los ojos están conectados al cerebro, listos para registrar lo que se ve. No se necesitan cables, baterías ni conexiones externas; nuestro aparato visual es maravilloso, infinitamente más valioso que cualquier cámara que el dinero pueda comprar.

Así como podemos admirar un buen equipo estereofónico para captar el sonido, reflexiona en comparación sobre la magnificencia del oído humano. Es verdaderamente notable. Comprimido en un área del tamaño aproximado de una canica se encuentra todo el equipo necesario para percibir el sonido. Una diminuta membrana timpánica sirve como diafragma. Minúsculos huesecillos amplifican la señal, que luego se transmite a lo largo de líneas nerviosas hasta el cerebro, el cual registra el resultado de la audición. Este maravilloso sistema de sonido también está conectado con el instrumento de grabación del cerebro.

Gran parte de mis estudios e investigaciones se han enfocado en la joya del corazón humano, una bomba tan magnífica que su poder está casi más allá de nuestra comprensión. Para controlar la dirección del flujo sanguíneo en su interior, posee cuatro válvulas importantes, flexibles como un paracaídas y delicadas como un pañuelo de seda. Se abren y cierran más de 100,000 veces al día—más de 36 millones de veces al año. Sin embargo, a menos que sean alteradas por enfermedad, son tan resistentes que soportan este tipo de desgaste aparentemente de manera indefinida. Ningún material fabricado por el hombre hasta ahora puede ser flexionado con tanta frecuencia y durante tanto tiempo sin romperse.

La cantidad de trabajo que realiza el corazón es realmente asombrosa. Cada día bombea suficiente fluido como para llenar un tanque de 2,000 galones. El trabajo que realiza diariamente equivale a levantar a un hombre de 70 kilos hasta la cima del Empire State Building, consumiendo solo alrededor de cuatro vatios de energía—menos de lo que usa una pequeña bombilla.

En la cima del corazón hay un generador eléctrico que transmite energía a lo largo de líneas especiales, lo cual hace que miríadas de fibras musculares latan en coordinación y en ritmo. Esta sincronía sería la envidia de cualquier director de orquesta.

Todo este poder está condensado en esta fiel bomba—el corazón humano—del tamaño aproximado del puño de una persona, energizado desde lo alto por una dotación divina.

Una de las joyas más maravillosas de este cofre del tesoro es el cerebro humano, con su intrincada combinación de células de poder, sistemas de grabación, memoria, almacenamiento y recuperación. Sirve como cuartel general de la personalidad y el carácter de cada ser humano. Al observar las vidas de grandes individuos, percibo que la capacidad del cerebro es aparentemente infinita. Los sabios pueden llegar a ser aún más sabios, ya que cada experiencia se edifica sobre experiencias previas. En verdad, el

ejercicio continuo del intelecto genera un incremento de la capacidad intelectual.

Aunque me maravillo ante una computadora y admiro el trabajo que puede realizar, respeto aún más la mente del hombre, la cual desarrolló la computadora. El cerebro humano es ciertamente un instrumento de registro que participará en nuestro juicio un día cuando estemos ante el Señor. El Libro de Mormón habla de un “claro recuerdo” (Alma 11:43) y de una “perfecta memoria” (Alma 5:18) que estarán con nosotros en ese momento. Cada uno de nosotros lleva ese instrumento de grabación protegido dentro de la bóveda del cráneo humano.

Mientras simbólicamente revisamos el cofre del tesoro del entendimiento, podríamos pasar horas, incluso toda una vida, estudiando la increíble capacidad química del hígado, los riñones y cualquiera de las glándulas endocrinas y exocrinas del cuerpo. Cada una es una joya resplandeciente, digna de nuestro estudio y de nuestra más profunda gratitud.

Otras joyas

Volvamos ahora nuestra atención a las joyas de otro compartimento en el cofre del tesoro del entendimiento, al considerar algunos conceptos que van más allá de sistemas de órganos individuales.

1. El primer concepto es el de reserva o respaldo.

En el teatro, los actores principales a menudo tienen suplentes como respaldo. En los instrumentos eléctricos, el respaldo en caso de falla de energía puede estar provisto por baterías. En el cuerpo, el respaldo está dado por varios órganos que están en pares, tales como ojos, oídos, pulmones, glándulas suprarrenales, riñones y más. En caso de enfermedad, lesión o pérdida de uno de estos órganos, el otro está listo para mantener intactas nuestras funciones corporales. En caso de pérdida total de la vista o la

audición, otros poderes sensoriales se intensifican de manera milagrosa.

Algunos sistemas de respaldo no son tan evidentes. Por ejemplo, órganos únicos y cruciales, como el cerebro, el corazón y el hígado, poseen doble irrigación sanguínea. Todos son nutridos por dos rutas de circulación, lo cual minimiza el daño en caso de pérdida del flujo sanguíneo por algún vaso específico.

Otra dimensión del respaldo la describiré como vías colaterales. Por ejemplo, si tus conductos nasales están obstruidos por una “nariz congestionada”, puedes respirar por la boca. De manera similar, pueden desarrollarse vías colaterales si los vasos sanguíneos o nervios están obstruidos o seccionados.

2. Consideremos ahora otro concepto: el de la autodefensa del cuerpo.

Un día observé a unos niños de tres años bebiendo agua del suelo después de que había rebalsado desde el jardín de un vecino. Supongo que la cantidad de gérmenes que ingirieron era incalculable, pero ninguno de esos niños se enfermó. Sus cuerpos los defendieron. Tan pronto como esa agua sucia llegó a sus estómagos, el ácido clorhídrico comenzó a trabajar para purificarla y proteger la vida de esos niños inocentes.

Piensa en la protección que provee la piel. ¿Podrías fabricar, o siquiera imaginar cómo crear, un manto que te protegiera y, al mismo tiempo, advirtiera de lesiones por calor o frío excesivos? Eso es lo que hace la piel. Incluso da señales indicando que otra parte del cuerpo está enferma. La piel puede enrojecer y sudar con fiebre. Cuando una persona tiene miedo o está enferma, la piel palidece. Cuando alguien se avergüenza, la piel se sonroja. Y está repleta de fibras nerviosas que comunican y muchas veces limitan posibles daños mediante la percepción del dolor.

El dolor mismo es parte del mecanismo de defensa del cuerpo. Por ejemplo, las áreas sensoriales de la boca protegen el esófago, que

es muy delicado y tiene pocas fibras nerviosas. Como un centinela, la boca recibe advertencias si las bebidas están demasiado calientes y protege al esófago de quemaduras.

Las defensas del cuerpo incluyen anticuerpos químicos que se fabrican en respuesta a infecciones. Cada vez que una persona está expuesta a una infección bacteriana o viral, el cuerpo produce anticuerpos que no solo combaten esa infección, sino que además permanecen con memoria para fortalecer la resistencia en el futuro. Cuando se requirió reclutamiento militar en la Segunda Guerra Mundial, los soldados que provenían de áreas rurales aisladas tenían mucha menos inmunidad y eran más propensos a las infecciones que aquellos provenientes de áreas urbanas más pobladas, cuya resistencia estaba mejor desarrollada.

3. Estrechamente relacionado con el concepto de autodefensa está el de autorreparación.

Considera el hecho de que los huesos rotos se sueldan y vuelven a ser fuertes. Si rompiéramos una de las patas de una silla, ¿cuánto tendríamos que esperar para que esa pata se reparara sola? Nunca ocurriría. Sin embargo, hoy muchas personas caminan sobre piernas que alguna vez estuvieron quebradas.

Las laceraciones en la piel se sanan por sí solas. Una fuga en la circulación se sella por sí misma, un poder que los sistemas circulatorios artificiales fuera del cuerpo no poseen. Adquirí aprecio por este hecho al comienzo de mi carrera de investigación, mientras trabajaba en el laboratorio para crear una máquina corazón-pulmón artificial. Siempre que un tubo en esa máquina tenía una fuga, podía contar con pasar largas horas limpiando el laboratorio y llegando tarde a cenar. Nunca una fuga en la máquina corazón-pulmón artificial se selló por sí misma.

4. Otro concepto notable es el de la autorrenovación.

Cada célula del cuerpo es creada y luego regenerada a partir de los elementos de la tierra, de acuerdo con la receta o fórmula

contenida en los genes únicos de cada individuo. El glóbulo rojo promedio, por ejemplo, vive unos 120 días, luego muere y es reemplazado por otro. Cada vez que nos bañamos, miles de células muertas y moribundas se desprenden, para ser reemplazadas por una generación más joven. Creo que este proceso de autorrenovación prefigura el proceso de la resurrección.

5. También en nuestro cofre del tesoro está el concepto de autorregulación.

¿Alguna vez te has preguntado por qué no puedes permanecer bajo el agua mucho tiempo? La autorregulación limita el tiempo en que puedes contener la respiración. A medida que se retiene el aliento, el dióxido de carbono se acumula. La presión parcial del dióxido de carbono es monitoreada continuamente por dos cuerpos carotídeos en el cuello, los cuales transmiten señales a través de los nervios hacia el cerebro. Luego, el cerebro envía estímulos a los músculos de la respiración, haciéndolos trabajar, de modo que podamos inhalar un nuevo suministro de oxígeno y eliminar el dióxido de carbono retenido.

¿Y te has preguntado alguna vez por qué puedes tolerar extremos de calor y frío en el clima? A pesar de las grandes fluctuaciones en la temperatura del ambiente del hombre, la temperatura del cuerpo de cada persona se mantiene cuidadosamente controlada dentro de márgenes muy estrechos.

Estos son solo dos de los muchos, muchísimos *servomecanismos* que autorregulan los ingredientes individuales de nuestros cuerpos. La cantidad de estos sistemas excede nuestra capacidad de enumerarlos. Sodio, potasio, agua, glucosa, proteínas y nitrógeno son solo algunos de los muchos constituyentes que se monitorean continuamente mediante reguladores químicos dentro de nuestros cuerpos.

6. Consideremos ahora el concepto de adaptación.

Las personas en la tierra habitan en medio de diferencias climáticas

y dietéticas de gran magnitud. Los esquimales en el círculo ártico consumen una dieta con un gran componente de grasa, lo cual es aceptable e incluso necesario para sostener la vida en un clima muy frío. Los polinesios, por otro lado, comen una dieta provista por un entorno tropical. Sin embargo, estos diferentes grupos trabajan y se adaptan a las condiciones variables y a la dieta disponible para ellos.

7. El concepto de identidad en la reproducción es maravilloso de contemplar.

Cada uno de nosotros posee semillas que llevan nuestros cromosomas únicos, y genes que ayudan a determinar la identidad celular específica de nuestros hijos. Por esta razón, los tejidos trasplantados quirúrgicamente de una persona a otra solo pueden sobrevivir suprimiendo la respuesta inmune del receptor, la cual reconoce claramente los tejidos ajenos a la fórmula genética heredada de uno mismo. Verdaderamente hemos sido bendecidos con el poder de tener hijos nacidos a semejanza de sus padres.

Una paradoja interesante

Al considerar la autodefensa, la autorreparación y la autorrenovación, surge una paradoja interesante. Podría resultar una vida ilimitada si estas cualidades maravillosas del cuerpo continuaran perpetuamente. Si pudiéramos crear algo que pudiera defenderse, repararse y renovarse a sí mismo sin límite, podríamos crear vida perpetua. Eso fue lo que nuestro Creador hizo con los cuerpos que creó para Adán y Eva en el Jardín de Edén. Si hubieran seguido nutriéndose del árbol de la vida, habrían vivido para siempre.

De acuerdo con el Señor, tal como lo reveló por medio de Sus profetas, la caída de Adán instituyó el proceso de envejecimiento, que finalmente conduce a la muerte física. Por supuesto, no entendemos toda la química, pero somos testigos de las

consecuencias de envejecer. Este y otros mecanismos de liberación aseguran que haya un límite en la duración de la vida en la tierra.

Sí, surgen problemas en cuerpos que no se reparan con el tiempo. Para el médico experimentado, esta profunda pregunta es planteada por cada paciente enfermo: ¿Mejorará esta enfermedad, o empeorará con el paso del tiempo? Lo primero requiere solo cuidados de apoyo. Lo segundo necesita ayuda significativa para convertir el proceso de deterioro progresivo en uno que pueda mejorar con el tiempo.

Cuando llega la muerte, generalmente parece a la mente mortal que es prematura. En esos momentos necesitamos tener una visión más amplia: la muerte es parte de la vida. Alma nos dice: “No convenía que el hombre fuese redimido de esta muerte temporal, porque eso destruiría el gran plan de felicidad” (Alma 42:8; véase también D. y C. 29:43).

Cuando una enfermedad grave o lesiones trágicas reclaman a un individuo en la flor de la vida, podemos hallar consuelo en este hecho: las mismas leyes que no permitieron que la vida persistiera aquí son las mismas leyes eternas que se implementarán en el momento de la resurrección, cuando ese cuerpo “será restituido a su propio y perfecto estado” (Alma 40:23).

Nuestra creación divina

Los pensamientos acerca de la vida, la muerte y la resurrección nos llevan a enfrentar preguntas cruciales. ¿Cómo fuimos hechos? ¿Por quién? ¿Y por qué?

A lo largo de los siglos, algunas personas sin entendimiento de las Escrituras han intentado explicar nuestra existencia con palabras pretenciosas como *ex nihilo* (de la nada). Otros han deducido que, debido a ciertas similitudes entre diferentes formas de vida, ha habido una selección natural de las especies, o una evolución orgánica de una forma a otra. Otros más han concluido que el

hombre surgió como consecuencia de una “gran explosión”, que resultó en la creación de nuestro planeta y de la vida en él.

Para mí, tales teorías son increíbles. ¿Podría una explosión en una imprenta producir un diccionario? ¡Es impensable! Alguien podría argumentar que dentro de un remoto ámbito de posibilidad eso podría suceder, pero aun si ocurriera, ciertamente ese diccionario no podría sanar sus propias páginas rotas, renovar sus esquinas gastadas, ni reproducir sus propias ediciones posteriores.

Somos hijos de Dios, creados por Él y formados a Su imagen. Recientemente estudié las Escrituras con el simple propósito de encontrar cuántas veces testifican de la creación divina del hombre. Al buscar pasajes que se refirieran a *crear* o *formar* (o sus derivados) junto con *hombre* (o tales derivados como *hombres*, *varón*, *mujer* o *hembra*) en el mismo versículo, hallé que al menos cincuenta y cinco versículos de las Escrituras dan testimonio de nuestra creación divina. Seleccioné uno para representar a todos los que transmiten la misma conclusión:

“Y se aconsejaron los Dioses entre sí y dijeron: Descendamos y formemos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. ... Y descendieron los Dioses para organizar al hombre a su propia imagen, a imagen de los Dioses para formarlo; varón y hembra para formarlos” (Abraham 4:26–27).

Creo en todas esas Escrituras referentes a la creación del hombre. Pero la decisión de creer es una decisión espiritual, no nacida únicamente de un entendimiento de las cosas físicas: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura; y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Corintios 2:14).

Es deber de cada persona informada y espiritualmente sensible ayudar a superar la necesidad de quienes niegan la creación divina o piensan que la humanidad simplemente evolucionó. Por medio del Espíritu, percibimos la sabiduría más verdadera y creíble de Dios.

Con gran convicción añado mi testimonio al de mi compañero apóstol Pablo, quien dijo: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16–17).

El Señor dijo que “el espíritu y el cuerpo son el alma del hombre” (D. y C. 88:15). Cada uno de nosotros, por lo tanto, es un ser dual: una entidad biológica (física) y una entidad intelectual (espiritual). La combinación de ambas es íntima a lo largo de la mortalidad.

En el principio, el hombre, como esa entidad intelectual, estaba con Dios. Nuestra inteligencia no fue creada ni hecha, ni puede serlo (véase D. y C. 93:29).

Ese espíritu, unido a un cuerpo físico de cualidades tan notables, se convierte en un alma viviente de valor supremo. El salmista expresó este pensamiento así:

“Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que tú formaste,
digo: ¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria,
y el hijo del hombre para que lo visites?
Le has hecho poco menor que los ángeles,
y lo coronaste de gloria y de honra” (Salmos 8:3–5).

¿Por qué fuimos creados? ¿Por qué estamos aquí? ¿Por qué estamos sobre la tierra?

Dios ha dejado en claro, una y otra vez, que el mundo fue hecho para que la humanidad existiera. Estamos aquí para llevar a cabo nuestro destino divino, de acuerdo con un plan eterno que nos fue presentado en el gran concilio de los cielos. Nuestros cuerpos han sido creados para albergar a nuestros espíritus, para permitirnos experimentar los desafíos de la mortalidad.

Con este entendimiento, es un sacrilegio permitir que cualquier cosa entre en el cuerpo y profane este templo físico de Dios. Es

irreverente permitir que aun la mirada de nuestros preciosos ojos, o los sentidos de nuestro tacto u oído, suministren al cerebro recuerdos que sean impuros o indignos.

¿Podría alguno de nosotros tomar a la ligera las preciosas semillas de la reproducción—específicamente y únicamente nuestras—o ignorar las leyes morales de Dios, quien dio reglas divinas que gobiernan su uso sagrado?

Al saber que fuimos creados como hijos de Dios, y que Él nos ha dado el albedrío para elegir, también debemos saber que somos responsables ante Él. Ha definido la verdad y ha prescrito mandamientos. La obediencia a Su ley nos trae gozo. La desobediencia de esos mandamientos se define como pecado. Aunque vivimos en un mundo que parece cada vez más reacio a designar las acciones deshonorosas como pecaminosas, una escritura nos advierte: “Los necios hacen burla del pecado; mas entre los rectos hay buena voluntad” (Proverbios 14:9).

Nadie es perfecto. Algunos pueden haber pecado gravemente al transgredir las leyes de Dios. Misericordiosamente, podemos arrepentirnos. Esa es también una parte importante de la oportunidad de la vida.

El arrepentimiento requiere dominio espiritual sobre los apetitos de la carne. Cada sistema físico tiene apetito. Nuestros deseos de comer, beber, ver, oír y sentir responden a esos apetitos. Pero todos los apetitos deben ser controlados por el intelecto para que podamos alcanzar el verdadero gozo. Por otro lado, cada vez que permitimos que los apetitos incontrolados del cuerpo determinen un comportamiento opuesto a los impulsos más nobles del Espíritu, se prepara el escenario para la miseria y la aflicción.

Sustancias como el alcohol, el tabaco y las drogas dañinas están prohibidas por el Señor. De manera similar, hemos sido advertidos acerca de los males de la pornografía y de los pensamientos impuros. Los apetitos por estas fuerzas degradantes pueden

volverse adictivos. Las adicciones físicas o mentales se vuelven doblemente serias porque, con el tiempo, esclavizan tanto al cuerpo como al espíritu. El pleno arrepentimiento de estas cadenas, o de cualquier otro yugo del pecado, debe lograrse en esta vida, mientras todavía contamos con la ayuda de un cuerpo mortal para desarrollarnos en el dominio propio.

Cuando verdaderamente conocemos nuestra naturaleza divina, nuestros pensamientos y conductas serán más apropiados. Entonces controlaremos nuestros apetitos. Enfocaremos nuestros ojos en visiones, nuestros oídos en sonidos y nuestras mentes en pensamientos que honren nuestra creación física como templo de nuestro Padre Celestial.

En la oración diaria podemos reconocer con gratitud a Dios como nuestro Creador, agradecerle por la magnificencia de nuestro templo físico y luego atender a Su consejo.

Aún más por aprender

Aunque no podamos comprender plenamente la magnificencia del hombre, con fe podemos continuar nuestra búsqueda reverente. Podemos unirnos a Jacob en esta maravillosa declaración:

“He aquí, grandes y maravillosas son las obras del Señor. ¡Cuán insondables son las profundidades de los misterios de él! Y es imposible que el hombre llegue a conocer todos sus caminos. ... Porque he aquí, por el poder de su palabra vino el hombre sobre la faz de la tierra, la cual tierra fue creada por el poder de su palabra. ... Por tanto, hermanos, no procuréis aconsejar al Señor, antes bien, recibid consejo de su mano” (Jacob 4:8–10).

Durante años he asistido a reuniones científicas de sociedades académicas. Miles de científicos y profesionales médicos de todo el mundo participan anualmente en tales asambleas. La búsqueda de conocimiento es interminable. Parece que cuanto más sabemos, más queda por aprender. Es imposible que cualquiera de nosotros

pueda aprender todos los caminos de Dios. Pero al ser fieles y estar profundamente arraigados en los relatos de las Escrituras acerca de las magníficas creaciones de Dios, estaremos bien preparados para los descubrimientos futuros. Toda verdad es compatible, porque toda verdad emana de Dios.

Por supuesto, sabemos que “es necesario que haya una oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11). En el mundo, incluso muchos llamados “educadores” enseñan en contra de la verdad divina. Recuerda este consejo profético:

“Oh, la vanidad, y las flaquezas, y la necedad de los hombres. Cuando se instruyen, piensan que son sabios, y no escuchan el consejo de Dios, porque lo desprecian, suponiendo que saben por sí mismos; por lo tanto, su sabiduría es necedad y de nada les sirve. Y perecerán. Mas el ser instruidos es bueno si hacen caso a los consejos de Dios” (2 Nefi 9:28–29).

No necesitamos que se nos recuerde que la obra y la gloria del Señor son opuestas por las fuerzas de Satanás, quien es el maestro del engaño. Muchos siguen sus enseñanzas. Recuerda:

“El hombre puede engañar a su prójimo, el engaño puede suceder al engaño, y los hijos del inicuo pueden tener poder para seducir a los necios y a los indoctos, hasta que nada sino la ficción alimente a muchos, y el fruto de la falsedad arrastre en su corriente a los insensatos hasta la tumba” (José Smith—Historia 1:71, nota al pie).

Sé sabio y mantente alejado de las tentaciones y trampas. Evita con cautela “los deseos necios y dañosos, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. ... Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna” (1 Timoteo 6:9, 11–12).

Nuestro espíritu eterno

La magnificencia del hombre es incomparable. Recuerda: tan glorioso como es este tabernáculo físico, el cuerpo está diseñado para sostener algo aún más glorioso: el espíritu eterno que habita en el marco mortal de cada uno de nosotros. Los grandes logros de esta vida rara vez son físicos. Los atributos por los cuales seremos juzgados algún día son espirituales.

Con la bendición de nuestros cuerpos que nos asisten, podemos desarrollar cualidades espirituales de honestidad, integridad, compasión y amor. Solo con el desarrollo del espíritu podemos adquirir “fe, esperanza, caridad y el amor, con el ojo puesto únicamente en la gloria de Dios” (D. y C. 4:6).

Que podamos modelar nuestras vidas siguiendo a nuestro gran Ejemplo, Jesucristo, cuyas palabras finales entre la humanidad incluyeron este desafío eterno:

“¿Qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy” (3 Nefi 27:27).

Somos hijos e hijas de Dios. Él es nuestro Padre; nosotros somos Sus hijos. Nuestra herencia divina es la magnificencia del hombre.

Tres pasos hacia una vida monumental

En el verano de 1986 una de las principales atracciones en los Estados Unidos fue la Estatua de la Libertad en su centenario y la celebración de su remodelación. Mientras que la mayoría de los monumentos se erigen en honor a personas o acontecimientos específicos, éste es realmente único. La Dama Libertad conmemora un ideal. Pero este y otros monumentos también pueden enseñarnos lecciones importantes sobre la vida.

Esas lecciones se hallan en las palabras del himno *“Iré adonde quieras que vaya”* (Himnos, n.º 270). En su texto se incluyen varios compromisos poderosos de acción, tales como: *“Iré (adonde quieras que vaya)”*, *“Haré (tu voluntad con un corazón sincero)”* y *“Seré (lo que quieras que sea)”*. Al aplicar estos conceptos al desarrollo personal, cada uno de nosotros puede ayudar a edificar una vida monumental. A través del proceso de llegar a ser, podemos ir, hacer y ser un monumento viviente.

Un monumento requiere una base que sostenga el pilar vertical de su declaración. La Estatua de la Libertad tiene un espléndido pedestal de veintisiete metros de altura, erigido sobre una base estrellada de veinte metros.

Una vida monumental también comienza con una base amplia de entendimiento. Tres pasos en el proceso de forjar una vida monumental desde su base están claramente delineados en las

estrofas de nuestro himno: “Iré”, “Haré”, “Seré”. Estas tres declaraciones constituyen el esquema de mi mensaje.

Iré

El primer paso es: “Iré”. Pero antes de ir a cualquier parte, conviene considerar dónde hemos estado. El viaje de la vida no comenzó con nuestro primer aliento mortal. Antes de nuestro nacimiento, estuvimos con Dios como Sus hijos espirituales. Caminábamos con Él, hablábamos con Él y lo conocíamos. Cada uno de nosotros gritó de gozo ante la perspectiva de un viaje a la tierra para obtener un cuerpo físico y enfrentar desafíos únicos aquí.

Sospecho que al principio estuvimos aterrados cuando se nos dijo que olvidaríamos al Padre, a los amigos y a los hechos que conocíamos tan bien. Creo que fuimos consolados al ser informados de que nuestro Padre Celestial proveería profetas y escrituras para guiarnos, y un medio por el cual podríamos comunicarnos con Él a través de la oración y el espíritu de revelación. Aun así, quizá nos sentimos un poco inseguros al aprender que la fe —la fe para creer en lo intangible— sería la clave para tener éxito en nuestro viaje. La fe habría de ser el componente crítico para nuestro regreso seguro a la presencia de nuestro Padre Celestial.

Pocos han tenido mejor visión que Abraham, quien registró:

“Y el Señor me había mostrado, a mí, Abraham, las inteligencias que fueron organizadas antes que existiese el mundo; y entre todas éstas había muchas de las que eran nobles y grandes; Y vio Dios que estas almas eran buenas, y se hallaba en medio de ellas; y dijo: A éstos haré mis gobernantes; pues estaba entre los que eran espíritus, y vio que eran buenos; y me dijo: Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer.”

Y había uno entre ellos que era semejante a Dios, y les dijo a los que estaban con él: “Descenderemos, porque allí hay espacio, y

tomaremos de estos materiales y haremos una tierra sobre la cual puedan habitar;

Y los probaremos para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare.” (Abraham 3:22–25.)

Una vez aquí, el viaje por la vida para cada uno de nosotros puede incluir otros recorridos con el fin de encontrarnos con nuestro destino personal. El padre Lehi y la madre Sariah dejaron la riqueza y seguridad de Jerusalén y viajaron durante muchos días a través de las ardientes arenas del desierto hasta las costas orientales del mar Rojo. Luego Lehi pidió a sus hijos que regresaran a Jerusalén para obtener las planchas de bronce de Labán. ¿Qué implicaba esa asignación?

Si hiciéramos una comparación con Utah y nuestra situación actual, tendríamos que caminar una distancia equivalente a la de Provo a St. George, Utah —aproximadamente 480 kilómetros— atravesando arena abrasadora, sin autopistas, sin aire acondicionado, sin bebidas frías. Luego se nos pediría caminar de regreso a Provo, cumplir una tarea difícil y volver otra vez a St. George. ¡No es de extrañar que Lamán y Lemuel murmuraran! En ese contexto, Nephi pronunció esta incomparable declaración:

“Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que el Señor no da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que cumplan lo que les ha mandado.” (1 Nefi 3:7.)

Nephi y sus hermanos finalmente regresaron con las planchas de bronce. Incluso Sariah se había quejado cuando sus hijos tuvieron que emprender aquel largo y peligroso viaje. Poco después, Lehi les dijo a sus hijos que regresaran otra vez a Jerusalén, esta vez para traer a Ismael y a su familia. Quizá cada joven se sintió un poco mejor esta vez, sabiendo que existía la posibilidad de que se le recompensara con una de las hijas de Ismael como esposa. Aquella dura disciplina no fue sino un prólogo al recorrido que la familia de Lehi tendría que hacer posteriormente a través de lo que hoy

conocemos como la península arábica hasta su costa sudoriental, donde habrían de construir naves. Y ese desafío no fue más que la antesala de su destino final: atravesar las aguas del océano hasta la tierra prometida.

De hecho, gran parte de la historia de las Escrituras relata los requerimientos del Señor a Sus profetas y a Su pueblo de ir a sus respectivos campos de prueba.

- Para David, su destino con Goliat requirió que fuera al valle de Ela (véase 1 Samuel 17:19).
- Moisés tuvo que ir a las alturas del Sinaí y a las profundidades del mar Rojo, cuyas aguas se habían partido por el poder del sacerdocio que él portaba (véase Alma 36:28).
- José Smith, Brigham Young y nuestros primeros pioneros tuvieron que ir desde el extremo oriental de los Estados Unidos hasta Ohio, Misuri e Illinois, y luego cruzar un entorno hostil hasta “el monte de la casa de Jehová” en la cumbre de los montes (véase Isaías 2:2; 2 Nefi 12:2), hacia un lugar que hoy conocemos como la sede mundial de la Iglesia del Señor.

Los ocho bisabuelos míos, convertidos individualmente a la Iglesia en naciones populosas de Europa, tuvieron que dejar a su familia y las comodidades del hogar para ir a esta nueva tierra y atravesar su difícil geografía, asentándose finalmente en el pequeño pueblo de Ephraim, Utah.

Cada uno de nosotros tendrá que ir a campos de prueba únicos de la fe. Para algunos puede ser en el extranjero, o en misiones, para prepararse o cumplir asignaciones más allá de las comodidades del hogar, la familia y los amigos. Para otros, en especial jóvenes madres y padres ocupados, su cita con el destino está dentro de las paredes del hogar. Su enemigo no son ni las arenas ardientes del

desierto ni los cañones humeantes de perseguidores, sino los ardientes esfuerzos del adversario por socavar su matrimonio o la santidad de la familia. Para que el monumento de su vida se eleve desde el pedestal de la preparación hasta su lugar señalado en el destino, deben ir adonde el Señor quiere que vayan. Dondequiera que sea, cada uno de nosotros debe ir con la misma fe que nos permitió dejar nuestro hogar celestial en primer lugar.

Haré

El segundo paso es: “*Haré*”. Estas palabras me recuerdan el desarrollo del himno “*Soy un hijo de Dios*”. Cuando la autora de la letra, Naomi W. Randall, compuso originalmente las palabras de este himno, éstas decían: “*Enséñame todo lo que debo saber, para vivir con Él algún día.*” Antes de llegar a ser presidente de la Iglesia, el presidente Spencer W. Kimball sugirió que la palabra *saber* se cambiara por *hacer*. Al explicar por qué quería el cambio, dijo:

“Saber no es suficiente. Los demonios saben y tiemblan; los demonios saben todo. Nosotros tenemos que hacer algo.” (*Church News*, 1 de abril de 1978, p. 16; énfasis añadido).

Como lo dio a entender el presidente Kimball, algunos enemigos de la rectitud pueden, en realidad, saber más que muchos de nosotros. Saber no es suficiente. Aun hoy, algunos médicos muy instruidos siguen fumando cigarrillos. Ellos saben que no deberían. Algunos Santos de los Últimos Días que conocen leyes divinas como la castidad, el diezmo o la honestidad experimentan dificultades para hacer lo que la ley requiere.

Hay más cosas por hacer en la vida que tiempo disponible para realizarlas. Eso significa que es necesario tomar decisiones. A menudo, las decisiones se facilitan al formular preguntas bien enfocadas. Algunas pueden presentarse con sincera reflexión en la oración. José Smith registró su pregunta: “*Mi objeto al acudir al Señor era saber cuál de todas las sectas era la verdadera, para*

poder saber a cuál unirme.” La inesperada respuesta: *“A ninguna de ellas.”* (José Smith—Historia 1:18–19.)

Tal pregunta, formulada con la determinación previa de hacer lo que se aprenda, traerá dirección celestial. Por ejemplo, hacia el final del Libro de Mormón encontramos este desafío: *“Si preguntáis con un corazón sincero, con verdadera intención [es decir, con la intención de hacer], . . . él os manifestará la verdad de ello.”* (Moroni 10:4.) La intención es una parte importante de la fórmula que precede al testimonio, el cual trajo a muchos de nosotros a la Iglesia.

¿Cómo recibimos la Palabra de Sabiduría? José Smith primero planteó una pregunta importante. En respuesta a una ferviente oración con la intención de cumplir la voluntad revelada del Señor, recibió por revelación la sección 89 de Doctrina y Convenios.

¿Qué antecedió la visión de la redención de los muertos? El presidente Joseph F. Smith meditó profundamente, no solo leyó, los escritos de Pedro. (Véase DyC 138:1–5.) Meditar en las Escrituras se hace con una mente inquisitiva.

¿Qué precedió a la revelación sobre el sacerdocio recibida por el presidente Spencer W. Kimball en 1978? Una extensa meditación y un estudio inteligente, formulados en oración dentro del santo templo.

Antes de poder comenzar a *hacer*, debemos preguntar: *“¿Qué quiero hacer?”* Entonces podremos seleccionar apropiadamente aquellas actividades que nos ayuden a realizar las cosas que son únicamente nuestras por hacer. Esa pregunta implica nuestro propósito y nuestro destino.

¿Puedes resumir la meta de tu vida y expresarla en una frase sencilla como lo hizo el Salvador? Él dijo: *“Porque he aquí, esta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre.”* (Moisés 1:39.)

El consejo del presidente Joseph F. Smith fue expresado con concisión: *“La consideración importante es... cuán bien podemos cumplir nuestros deberes y obligaciones para con Dios y los unos con los otros.”* (Doctrina del Evangelio, pág. 270.)

¿No debería ese concepto ser parte de nuestra mayor meta, si en verdad creemos en Dios y creemos que somos Sus hijos y que nos estamos preparando para volver a Él? Y si en verdad ese es nuestro objetivo, ¿puede haber alguna acción apropiada para nosotros que no sea guardar Sus mandamientos?

Ésta fue la súplica del Salvador, quien declaró: *“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.”* (Mateo 7:21.) Otro escritor registró esta pregunta: *“¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”* (Lucas 6:46.) Santiago amonestó: *“Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores.”* (Santiago 1:22.) El rey Benjamín también confirmó este concepto. Él dijo: *“Si creéis todas estas cosas, ved que las hagáis.”* (Mosiah 4:10.)

Si lo más importante en la vida es conocer a Dios y guardar Sus mandamientos, entonces atender a Sus profetas y acatar sus enseñanzas debería estar entre nuestros objetivos más importantes. De algún modo, la repetición misma de las enseñanzas de los profetas puede haberse sentido monótona a lo largo de los años. Las súplicas de Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y Abinadí no difieren significativamente de las del presidente Harold B. Lee, el presidente Spencer W. Kimball o el presidente Ezra Taft Benson. Ciertamente, cuando se miden con los estándares eternos, las enseñanzas de los profetas son más importantes y duraderas que los últimos descubrimientos de investigadores competentes, aun cuando estos hallazgos sean descubiertos y enseñados mediante la tecnología moderna y ayudas didácticas.

El éxito se determina en gran medida por el deseo individual de aprender. Cuando ansiemos aprender tanto como deseamos saciar el hambre, alcanzaremos los objetivos que deseamos.

Estuve con el élder Mark E. Petersen en la Tierra Santa en octubre de 1983, durante su último viaje mortal. El élder Petersen no se encontraba bien. Las evidencias de su maligna enfermedad eran dolorosamente reales para él, sin embargo obtenía fortaleza del Salvador a quien servía. Después de una noche de intenso sufrimiento, agravado por los dolores de su progresiva incapacidad para comer o beber, el élder Petersen se dirigió a las multitudes reunidas en el Monte de las Bienaventuranzas para escuchar su discurso sobre el Sermón del Monte.

Después de recitar *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”*, se apartó del texto bíblico y suplicó con esta pregunta:

“¿Saben lo que es tener realmente hambre? ¿Saben lo que es tener realmente sed? ¿Desean la justicia como desearían comida en condiciones extremas o agua en condiciones extremas? ¡[El Salvador] espera que tengamos literalmente hambre y sed de justicia y que la busquemos con todo nuestro corazón!”

Yo fui uno de los pocos presentes en aquella ocasión que sabía cuán hambriento y sediento estaba realmente el élder Petersen. Su creciente cáncer lo había privado de alivio para el hambre y la sed físicos, de modo que él entendía esa doctrina. Resistió la prueba. Agradeció al Señor, quien le prestó poder para predicar su último gran sermón en el lugar sagrado donde Jesús mismo había predicado.

Otro profeta, Jacob, dio este consejo: *“Deleitaos en aquello que no perece, ni puede corromperse.”* (2 Nefi 9:51.)

Nefi declaró: *“Si perseveráis hasta el fin, deleitándoos en la palabra de Cristo, he aquí, así dice el Padre: tendréis la vida eterna.”* (2 Nefi 31:20.) Aunque el élder Petersen había sido privado del pleno

sustento físico, continuó deleitándose en las palabras de su Salvador. Perseveró hasta el fin, y sé que recibió la recompensa prometida.

Para facilitar tu banquete espiritual, ¿puedo compartir un patrón personal de estudio de las Escrituras que también podría serte útil? He marcado mi edición SUD de la Biblia King James para resaltar material enriquecedor proveniente de tres traducciones alternas. He coloreado esas pequeñas letras sobre el texto bíblico que llaman la atención hacia las notas al pie correspondientes, las cuales también he señalado con puntos de colores.

- Aquellas citas provenientes del hebreo las he marcado con círculos azules, tanto sobre la letra superíndice correspondiente como sobre la nota al pie. El Antiguo Testamento nos llega principalmente del hebreo o de lenguas estrechamente relacionadas con el hebreo.
- El Nuevo Testamento nos llega principalmente del griego. Por lo tanto, la traducción alterna del griego a menudo añade significativamente a una mejor comprensión del Nuevo Testamento. Esas notas las he marcado con puntos verdes.
- Para los pasajes aclarados por extractos de la Traducción de José Smith de la Biblia, he marcado las letras superíndice y las citas correspondientes con puntos rojos.

De ese modo, cada vez que abro una página de las Escrituras, puedo identificar de inmediato las perspectivas especiales provistas por este material de enriquecimiento. La importancia de estas mejoras fue enseñada por el profeta José Smith, quien dijo: *“Nuestra latitud y longitud pueden determinarse en el hebreo original con mucha mayor exactitud que en la versión en inglés.”* (Enseñanzas del Profeta José Smith, pág. 290.)

Seré

“Ser” implica el proceso de llegar a ser. La palabra *llegar a ser* aparece en las obras estándar en solo nueve versículos de las Escrituras. Dos de esas referencias se refieren al Señor en el proceso de llegar a ser quien era. (Véase Mosíah 15:3, 7.) Un tercer versículo se refiere al cuerpo mortal y a su transformación en espiritual e inmortal en el momento de la resurrección. (Véase Alma 11:45.)

Los seis versículos restantes que emplean esta palabra se refieren a la continua batalla de la carne para someterse al espíritu. Sentimos esto cada día, cuando las tentaciones carnales de la carne contienden con nuestro deseo más profundo de supremacía espiritual. (Véase Mosíah 15:5; 16:3; 27:25; Alma 12:31; 13:28; Helamán 3:16.)

En este mundo real de competencia carnal por nuestra fidelidad, el proceso de llegar a ser necesariamente implica dominio propio: la supremacía del espíritu sobre los apetitos de la carne.

Nuestro himno nos dice: *“Seré lo que quieras que sea.”* Pregunta: ¿Qué es lo que realmente quiere el Señor que tú y yo seamos? Él nos ha dado la respuesta de manera clara y repetida. En el Sermón del Monte enseñó a sus discípulos: *“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”* Mi pequeño punto rojo en esta cita de Mateo 5:48 llama la atención hacia la nota al pie, donde encuentro una declaración aún más fuerte en la Traducción de José Smith: *“Vosotros, por tanto, estáis mandados a ser perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”* (TJS Mateo 5:50; énfasis añadido.)

A sus discípulos en el hemisferio occidental, el Señor resucitado proclamó este mandato divino: *“Quisiera que fueseis perfectos así como yo, o como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.”* (3 Nefi 12:48.)

¿Cómo explicamos estas declaraciones similares pero con un significado diferente? Entre el tiempo de su Sermón del Monte y su sermón a los nefitas, el Salvador sin pecado había llegado a ser perfeccionado mediante su expiación. *Perfecto* proviene de la palabra griega *teleios*, que significa “completo”, y deriva de la palabra griega *telos*, que connota “dirigirse hacia un punto o meta definida”. Transmite la idea de conclusión de un acto. Por lo tanto, *perfecto* en Mateo 5:48 también significa “terminado”, “consumado”, o “plenamente desarrollado”, y se refiere a la realidad de la gloriosa resurrección de nuestro Maestro.

Antes de su crucifixión, Jesús enseñó: *“He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día seré perfeccionado.”* (Lucas 13:32.)

Su expiación dispone que el cuerpo, antes corruptible, ahora pueda llegar a ser incorruptible. Nuestro marco físico, antes capaz de muerte y descomposición, ahora puede llegar a ser inmortal y más allá de la deterioración. Ese cuerpo, actualmente sostenido por la sangre de vida (véase Levítico 17:11) y en constante cambio, un día podrá ser sostenido por espíritu: inmutable e incapaz de morir jamás.

Así, la amonestación de ser perfectos no debería causarnos depresión. Por el contrario, debería llenarnos de gran gozo y júbilo. El Señor sabía que el proceso sería largo y desafiante, así que añadió esta palabra de ánimo: *“Porque en verdad os digo que [los mejores dones] son dados para beneficio de los que me aman y guardan todos mis mandamientos, y de aquel que procura hacerlo, para que todos sean beneficiados.”* (DyC 46:9; énfasis añadido.) Aquellos que realmente procuran hacer Su voluntad son receptores de Sus bendiciones, porque Él conoce la intención de nuestros corazones.

Al concluir su ministerio entre los nefitas, Jesús emitió este poderoso desafío: *“¿Qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy.”* (3 Nefi 27:27.)

Estas dos palabras, “Yo soy”, las más sencillas en todas las Escrituras, aparecen en el Nuevo Testamento en griego como *ego eimi*. En el texto original del Antiguo Testamento, “Yo soy” se lee en hebreo como *hayah*.

Comencemos nuestro recorrido léxico con Juan 8:58. Los inquisidores preguntaron una vez a Jesús si había visto a Abraham. *“Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy.”* (En el texto griego, estas dos palabras especiales son *ego eimi*.)

Mi marca verde en el superíndice b antes de “yo soy” me remite a una nota al pie con punto verde: *“Juan 8:58b El término YO SOY usado aquí en griego es idéntico al uso en la Septuaginta en Éxodo 3:14 que identifica a Jehová.”*

Así que crucemos la referencia de regreso a Éxodo 3 para buscar aclaración. La escena es en el monte Sinaí. Está teniendo lugar un diálogo entre Moisés y el Señor. Supongo que Moisés sufría algún tipo de crisis de identidad (en el versículo 11) cuando dijo a Dios:

“¿Quién soy yo para que vaya a Faraón y saque de Egipto a los hijos de Israel?”

Y él respondió: Ve, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte.

Dijo Moisés a Dios: He aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros. Si ellos me preguntaren: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé?

Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros.” (Éxodo 3:11–14.)

En el idioma hebreo del Antiguo Testamento, “Yo soy” proviene de la palabra *hayah*. Traducida al inglés significa “ser” o “existencia”, y se aplica tanto al futuro como al presente. De hecho, este versículo podría traducirse como: *“Llegaré a ser lo que llegaré a ser.”* Aquí, al hablar con Moisés, el Mesías premortal no solo proclamaba uno de Sus nombres, sino que también escogía una palabra que podía literalmente implicar el papel redentor que aún estaba destinado a cumplir.

Dos hechos adicionales acerca de la palabra *hayah* son de interés:

1. *Hayah* es la raíz hebrea de la cual se deriva la palabra *Jehová*.
2. Está estrechamente relacionada con el término hebreo *havah*, con el cual comparte dos de sus tres caracteres. *Havah* significa “ser”, al igual que *hayah*, pero también connota “respirar”.

¿Existen indicios ocultos en el profundo significado de la respuesta de Dios, registrada en Éxodo 3:14? Sabemos la verdad sagrada de que el Señor Dios Jehová, creador del cielo y de la tierra bajo la dirección del Padre, reveló a Moisés uno de Sus nombres especiales. Esa palabra pudo haber insinuado Su función en la existencia eterna del hombre, incluyendo la infusión del aliento de vida en sus narices hasta la inmortalidad potencial del hombre. Todo esto habría de hacerse posible mediante el sacrificio expiatorio por el cual Él, Jesucristo, sería enviado a la tierra para llevarlo a cabo.

Veamos ahora algunos versículos del Nuevo Testamento. Primero, Marcos 14:61–62: *“Le volvió a preguntar el sumo sacerdote, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y Jesús dijo: Yo soy.”* Luego, Juan 4:25–26: *“Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo.”*

En la versión King James, la última palabra de ese versículo, *he* (“él”), aparece en letra cursiva, lo que significa que los traductores de King James añadieron esa palabra para aclarar el sentido. En el texto griego, la frase contiene estas dos palabras: *ego eimi* (*Yo soy*). Las palabras de Jesús en este pasaje podrían traducirse como: “Yo soy [es] el que te habla.”

Pasemos ahora a Juan 8:28: “Les dijo, pues, Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo; mas como el Padre me enseñó, así hablo.” Aquí nuevamente, los traductores de King James añadieron la palabra *he* (“él”) después de *yo soy*, e hicieron notar su honesta adición con letra cursiva. Pero el Nuevo Testamento griego registra: “Entonces conoceréis que *ego eimi* (*Yo soy*).”

Sí, antes que Abraham fuese, Jesús era el “Yo soy” —*hayah* en hebreo o *ego eimi* en griego. Bajo el plan del Padre, Jehová —el Creador, Dios de este mundo, Salvador y Redentor— era en verdad “El Gran Yo Soy”. Aunque la frase “El Gran Yo Soy” no aparece en el texto de la versión King James de la Biblia, es evidente que el profeta José Smith entendió bien este concepto. Tres veces registró esta expresión en Doctrina y Convenios, en el primer versículo de las secciones 29, 38 y 39.

Concluiré nuestro recorrido escritural regresando al desafío que Jesús nos hizo: “¿Qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy.” (3 Nefi 27:27.)

Que cada uno de nosotros sea inspirado por tal ejemplo y por los grandes monumentos; que consideremos vivir una vida monumental, ampliemos nuestro pedestal de preparación y, en última instancia, edifiquemos sobre estos tres pasos:

1. **Iré.** Iré con fe a la arena de los desafíos de la vida.
2. **Haré.** Haré todo lo que pueda para erigir un pilar de esfuerzo justo que permanezca aún más allá de mis días.

3. **Seré.** *“No os canséis, pues, de hacer bien”* (Gálatas 6:9; 2 Tesalonicenses 3:13), sino que *“los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo el bien.”* (1 Pedro 4:19.)

Que no nos desanimemos cuando las imperfecciones nuestras y las de nuestros seres queridos parezcan más de lo que podemos soportar. El Señor nos ha dicho: *“Perseverad en paciencia hasta que seáis perfeccionados.”* (DyC 67:13.) Entonces podremos ser, como suplicó el Señor, *“aun como yo soy.”* Seremos contados entre Sus escogidos y seremos conocidos por Él en la gloriosa venida de Su Segunda Venida.

“No hay otra manera ni medio por el cual el hombre pueda ser salvo, sino en y por medio de Cristo. He aquí, él es la vida y la luz del mundo. He aquí, él es la palabra de verdad y justicia.” (Alma 38:9.)

Al aprender y vivir de este modo, nuestras vidas llegarán a ser monumentales, no solo como tributo a nuestros propios logros, sino también como un reconocimiento eterno a Aquel que nos creó. Dios nos bendiga para ir adonde Él quiere que vayamos, para hacer Su voluntad con un corazón sincero y para ser lo que Él quiere que seamos.

Comenzar con el fin en mente

¿Qué te gustaría que se dijera de ti en tu funeral? O si tuvieras que escribir tu propia elegía y solo pudieras usar tres oraciones (sin discursos largos y adornados, por favor), ¿qué querrías decir?

Si yo escribiera lo que espero que pueda decirse de mí, esas tres oraciones incluirían:

1. Pude prestar un servicio de valor a mis semejantes.
2. Tuve una buena familia.
3. Demostré fe inquebrantable en Dios y viví de acuerdo con ella.

Puede que ya hayas definido tus metas. Incluso puede que hayas desarrollado un sistema de prioridades para dar orden a tus intereses y responsabilidades. Aplaudo esa disciplina y creo que es útil, pero considero que este proceso de ordenamiento a menudo puede ser un poco artificial. Rara vez fragmentamos la vida que vivimos. No es posible influir en una faceta de la vida sin que eso afecte otros aspectos también. Así que, en mi propia experiencia, he preferido no compartimentar mis intereses, sino sinergizarlos. Déjame explicar lo que quiero decir.

Nefi dijo: *“Apliqué todas las Escrituras a nosotros, para que fuese para nuestro provecho y aprendizaje.”* (1 Nefi 19:23.) Él nos aconsejaba entretejer la fibra de la sabiduría escritural en el tejido de nuestro propio ser.

El rey Benjamín enseñó esta interrelación: *“Cuando os halláis al servicio de vuestros semejantes, solo estáis al servicio de vuestro Dios.”* (Mosíah 2:17.) Al reflexionar sobre el servicio a Dios, reconozco que no puedo servirle sin antes servir a los hijos que Él ha enviado para bendecir a nuestra familia. Y al reflexionar sobre el servicio a nuestros hijos, sé que no puedo servirles plenamente sin antes servir y honrar a mi esposa, la madre de esos hijos. Ella es mi máxima prioridad. Cuando nos casamos, hicimos el convenio de *“buscar primeramente el reino de Dios y su justicia.”* (Mateo 6:33; énfasis añadido.)

¿Ves cómo estas metas y prioridades están indisolublemente entrelazadas? Decir que tu máxima prioridad será tu ocupación, tu familia o el Señor es realmente mucho más difícil que combinar fortalezas y perseguir esos intereses de manera concurrente.

Una de las cosas más notables acerca de estos tres objetivos es que todos tienen en común un mismo requisito. Ese requisito es la educación. El proceso educativo es crucial para alcanzar el éxito en cada objetivo y nunca termina.

Servicio a mis semejantes

Primero, en lo que respecta al servicio de valor a la humanidad, soy un cirujano cardíaco; pero eso en realidad no dice toda la historia. Cuando comencé la facultad de medicina, se nos enseñaba que no se debía tocar el corazón, pues si alguien lo hacía, dejaría de latir.

Pero también reflexioné en la escritura que nos dice que: *“A cada reino es dada una ley... y a toda ley hay también ciertos límites y condiciones.”* (DyC 88:36, 38.) Creí sinceramente en la escritura que certifica que *“cuando obtenemos alguna bendición de Dios, es por obediencia a la ley sobre la cual se basa.”* (DyC 130:21.)

Conociendo estas escrituras mientras me concentraba en el “reino” y en la bendición del corazón latiendo, supe que incluso la función de este órgano vital estaba supeditada a la ley. Razoné que si las

leyes aplicables podían ser entendidas y controladas, quizá podrían utilizarse para bendición de los enfermos. Para mí esto significaba que, si trabajábamos, estudiábamos y hacíamos las preguntas adecuadas en nuestros experimentos científicos, podríamos aprender las leyes que rigen el latido del corazón.

En 1949, nuestro grupo de investigadores presentó en el *American College of Surgeons* el informe del primer uso exitoso de la máquina artificial corazón-pulmón para sostener la vida de un animal durante treinta minutos, sin que su propio corazón impulsara la circulación.

En la década de 1950, los éxitos en el laboratorio con animales se extendieron a los seres humanos. Ahora, con muchas de esas leyes aprendidas, el latido del corazón puede detenerse mientras se realizan delicadas reparaciones en válvulas y vasos dañados, y luego reiniciarse, siempre y cuando se obedezcan las leyes sobre las cuales se basa esa bendición. En los Estados Unidos se realizan anualmente más de doscientas mil operaciones a corazón abierto, y muchas más en todo el mundo, prolongando así la vida de muchos. Pero deben saber que fue gracias a la comprensión de las Escrituras, y a “aplicarlas” a esta área de interés, que el gran campo de la cirugía cardíaca, tal como lo conocemos hoy, se facilitó para mí.

Una buena familia

Pasando ahora del servicio valioso a mis semejantes, la segunda oración que espero se diga de mí en mi funeral sería que tuve una buena familia. Ese es un tema muy cercano y querido a mi corazón, y no intentaré tratarlo ampliamente, salvo para decir que la hermana Nelson trajo a nuestro hogar diez hermosos hijos. Hemos procurado criarlos conforme a una escritura importante: “*Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.*” (Éxodo 20:12.)

La importancia de honrar a los padres se extiende más allá del propio padre y madre. Esta escritura implica que debemos honrar al padre y a la madre de los hijos que aún podrían nacer.

Consideramos esa implicación mientras salíamos en citas y en los primeros años de nuestro matrimonio. Pero comprendí plenamente ese concepto solo más tarde, cuando observé a la hermana Nelson acunar a esos hijos en sus brazos, al llegar uno por uno. Cada vez, se reafirmaba a sí misma y a su recién nacido que ninguna bendición le había sido negada a ese niño por algún acto de impureza en su vida que pudiera haber privado a ese infante de su pleno potencial en cualquier aspecto. Honrar a padre y madre significa honrar la paternidad y la maternidad y la disposición divina para la procreación y todo lo que ello implica.

Parte de honrar la paternidad es honrar a los hijos. Existe una gran tentación de creer erróneamente que nuestros hijos son nuestras posesiones. No lo son. Son hijos e hijas de nuestro Padre Celestial. Sus espíritus son eternos, al igual que los nuestros.

Esta lección se me enseñó de manera contundente hace muchos años, cuando nuestra hija menor tenía alrededor de cuatro años. Una noche regresé del trabajo y encontré a mi amada esposa muy cansada después de un día entero con nueve niños alrededor. Mi día también había sido pesado, pero me ofrecí a preparar a los niños para acostarse. Comencé a dar órdenes a nuestra pequeña hija de cuatro años: quítate la ropa, cuélgala, cepíllate los dientes, ponte el pijama, di tus oraciones, y así sucesivamente, mandando en un tono propio de un sargento estricto del ejército. De repente, ella inclinó la cabeza hacia un lado, me miró con ojos melancólicos y dijo: *“Papi, ¿me posees tú?”*

Entonces me di cuenta de que estaba usando métodos coercitivos con este dulce espíritu, y que gobernar a los hijos mediante mandatos o fuerza es la técnica de Satanás, no del Salvador. Ella me enseñó esta lección importante: no poseemos a nuestros hijos; solo los tenemos por una breve temporada. Como padres, es

nuestro privilegio amarlos, guiarlos y luego dejarlos ir. El Señor dijo: *“Os he mandado que criéis a vuestros hijos en luz y verdad.”* (DyC 93:40.) Esto hemos tratado de hacer.

Otro aspecto de nuestra responsabilidad como padres ha sido ser fieles a cada deber al que hemos sido llamados a cumplir en la Iglesia. ¿Es esto una paradoja en las prioridades? No, no lo es. Una escritura declara: *“Por tanto, tu deber es para con la iglesia para siempre; y esto a causa de tu familia.”* (DyC 23:3; énfasis añadido.) Hemos reconocido que entre las mejores cosas que podemos hacer por nuestros hijos está el ser fieles a cualquier llamamiento de la Iglesia que hayamos recibido. La experiencia adquirida en la Iglesia fortalece nuestra capacidad de servir al público y a nuestra familia.

Fe en Dios

La tercera oración que espero merecer en mi servicio fúnebre es que mi fe en Dios fue inquebrantable. En verdad tengo una fe profunda y constante en Él y en su Hijo, Jesucristo.

La educación ha incrementado esa fe. He pasado unos cuarenta años estudiando una de las más grandes creaciones de Dios: el cuerpo humano, y sé que este maravilloso instrumento es de origen divino. La anatomía, la fisiología, los mecanismos de protección, los poderes de sanación —todo está bien diseñado y funciona hermosamente. Me resulta tan evidente que son producto de un Creador divino como lo es para un astrónomo llegar a la misma conclusión al estudiar el fenómeno infinito de las estrellas en los cielos.

Ampliar nuestra educación no debería desafiar, sino aumentar nuestra fe. De hecho, tenemos una responsabilidad religiosa de educar nuestras mentes. Se nos ha enseñado que *“la gloria de Dios es la inteligencia.”* (DyC 93:36.) Tenemos un mandamiento divino de *“adquirir conocimiento de la historia, y de los países, y de los reinos, de las leyes de Dios y del hombre.”* (DyC 93:53.) De manera similar, el Señor nos ha exhortado a *“estudiar y aprender, y llegar a*

familiarizarnos con todos los buenos libros, y con idiomas, lenguas y pueblos.” (DyC 90:15.) Las Escrituras además amonestan: *“Aprende sabiduría en tu juventud”* (Alma 37:35), y *“Enseñaos diligentemente y mi gracia os acompañará”* (DyC 88:77–78).

Pasos en el aprendizaje

Todos comprendemos la importancia de la educación. Quizá ahora deberíamos considerar cómo aprender. Permíteme sugerir cuatro pasos para facilitar el proceso de aprendizaje.

1. Desear. El primer paso en el proceso de aprendizaje es tener un gran deseo de conocer la verdad. Como maestro de cirugía durante muchos años, observé diferencias en los deseos de los individuos de aprender. Antes de cada operación hay un intervalo para frotarse las manos durante un tiempo determinado. Algunos aprendices estaban en silencio o pasaban ese tiempo en conversaciones triviales sin sustancia. Los que tenían verdadero deseo llenaban ese tiempo con preguntas. Observé que los estudiantes con gran deseo sabían lo que no sabían y procuraban llenar esos vacíos.

2. Indagar. El segundo paso en el proceso de aprendizaje es estudiar con una mente inquisitiva. Una vez más, tomo este patrón de las Escrituras. Cuando el hermano de Jared se preparaba para una migración transoceánica, se dio cuenta de que no había provisión para la luz en las naves, así que preguntó al Señor: *“¿Hemos de cruzar este gran mar en la oscuridad?”* El Señor dio una respuesta interesante: *“¿Qué queréis que haga para que tengáis luz en vuestros vasos? ... No podréis tener ventanas, porque se quebrarían; tampoco llevaréis fuego con vosotros... Seréis como un pez en medio del mar.”* (Éter 2:22–24.)

El Señor pudo haberle dicho directamente la solución al hermano de Jared. Sin embargo, lo dejó para que lo meditara en su propia mente antes de proponer la respuesta. Como resultado, el

hermano de Jared seleccionó dieciséis piedras y luego pidió al Señor que las tocara para que pudieran dar luz.

Ese mismo concepto fue enfatizado en la revelación de los últimos días, cuando el Señor le dijo a Oliver Cowdery, que deseaba ayudar a José Smith a traducir el Libro de Mormón: *“He aquí, no lo has entendido; has supuesto que yo te lo daría cuando no pensaste sino en pedírmelo. Pero, he aquí, te digo que debes estudiarlo en tu mente; entonces debes preguntarme si está bien.”* (DyC 9:7–8.)

Muchas de las revelaciones contenidas en Doctrina y Convenios fueron dadas a los profetas solo después de un estudio profundo y una investigación reflexiva y concentrada al Señor. Así sucedió con la Palabra de Sabiduría, revelada por medio del profeta José Smith, y la revelación sobre el sacerdocio, dada por medio del presidente Spencer W. Kimball en 1978. De manera similar, cada uno de nosotros aprenderá mejor con un espíritu de indagación.

3. Aplicar

El tercer paso en el proceso de aprendizaje es aplicar o practicar lo aprendido en nuestra vida diaria. Quienes han aprendido otro idioma saben lo importante que esto es. Aun con gran deseo y estudio, el dominio del idioma llega únicamente cuando se aplica en las situaciones cotidianas de la vida.

4. Orar

El cuarto paso, y muy importante, en el proceso de aprendizaje es orar por ayuda. En mi práctica de la cirugía, no dudé en comunicarme con el Señor con gran detalle, incluso acerca de los pasos técnicos de un nuevo procedimiento quirúrgico que debía realizarse. A menudo, solo el proceso de repasarlo en mi mente mientras oraba permitía recibir dirección divina para ver un mejor modo de hacerlo.

Salvaguardas para protegernos

Ahora quisiera ofrecer palabras importantes de advertencia. El aprendizaje, si se usa mal, puede destruir nuestras metas. Consideremos algunas salvaguardas para protegernos de un fin tan indeseable.

1. **Nuestra fe debe ser alimentada.** Debemos enriquecer esa fe con el estudio de las Escrituras y con la exposición a otros buenos libros, como los de arte o música. Debemos nutrir los dones del espíritu con la misma constancia diaria con que alimentamos nuestros cuerpos físicos.
2. **Debemos escoger nuestros modelos a seguir con sabiduría.** Antes de respaldar las enseñanzas o acciones de cualquier persona, debemos preguntarnos si la fe de esa persona es lo suficientemente fuerte como para ser digna de emulación. Si no lo es, debemos ser muy selectivos con lo que aprendemos de tal individuo. La Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y la Perla de Gran Precio son los estándares con los que debemos medir toda doctrina.
3. **Debemos evitar los misterios y las obsesiones doctrinales.** Dios ya ha revelado todo lo que necesitamos saber para nuestra exaltación. Si obedecemos la palabra revelada, podemos ser pacientes con lo que aún no se nos ha revelado. Por eso no usamos los términos “ortodoxo” y “heterodoxo” en la Iglesia. O creemos en la verdad revelada o no creemos en ella.
4. **Debemos evitar los venenos de la fe,** tales como el pecado y la pornografía, o conformarnos apenas con cumplir la letra de la ley en lugar de abrazar el espíritu ennoblecedor de la ley. Recordemos: *“La letra mata, mas el espíritu vivifica.”* (2 Corintios 3:6.)

Prepararse para los desafíos

Muchos desafíos deben enfrentarse a lo largo de la vida. Por ejemplo, a veces oímos acusaciones de que la Iglesia es anti-intelectual. Cuando las personas hacen tal declaración, recuerdo una escena común en las selvas de África. Un ave, como el crítico, a menudo se posa en la parte más alta de un elefante y picotea la piel del majestuoso animal, obteniendo un alimento temporal y una posición de eminencia gracias a esa asociación. Mientras que el elefante no necesita al ave, el ave sí necesita al elefante para mantener su lugar de prominencia. Aunque el ave pique, grite y ensucie, el elefante continúa avanzando en su curso, aparentemente ajeno a su pasajero parásito.

Ante la acusación de que la Iglesia es anti-intelectual, nosotros mismos deberíamos ser la mayor evidencia para refutar una afirmación tan errónea. Individualmente, se nos ha animado a aprender y a buscar conocimiento en cualquier fuente confiable. En la Iglesia, acogemos toda verdad, ya provenga del laboratorio científico o de la palabra revelada del Señor. Aceptamos toda verdad como parte del evangelio. Una verdad no contradice a otra.

Algunos de los más grandes intelectuales han sido aquellos con la fe más fuerte. Sócrates pensaba que la vida sin examen no vale la pena ser vivida, por lo que nada estaba exento de su cuestionamiento. Pero él, junto con Immanuel Kant, tuvo fe inquebrantable en Dios, en la libertad y en la inmortalidad. Sócrates nunca dudó de la voluntad de su Dios personal. Creyó tanto en la libertad que vinculó su propia responsabilidad personal a esa libertad. Tan profundamente creía en la doctrina de la inmortalidad del alma que, aunque podría haber prolongado su vida biológica eligiendo el exilio, se sometió con total serenidad a la sentencia de muerte del tribunal ateniense.

Louis Pasteur hizo esta declaración al ser recibido en la Academia Francesa: *“Los griegos nos han dado una de las palabras más bellas*

de nuestro idioma: la palabra entusiasmo, que significa ‘un Dios dentro’. La grandeza de los actos de los hombres se mide por la inspiración de la que surgen. ¡Feliz aquel que lleva un Dios dentro de sí!”

Consideremos al Consejo de los Doce hoy. Casi todos ellos poseen títulos de licenciatura, y varios han obtenido maestrías y doctorados. Debo añadir que esos logros educativos no los calificaron para sus llamamientos espirituales, pero sí indican que sus propias búsquedas académicas los hacen no solo comprensivos con, sino también partidarios de, los decretos divinos de adquirir conocimiento.

Todos debemos fortificarnos contra los ataques a los líderes de la Iglesia. Ellos nunca han pretendido ser perfectos ni siquiera cercanos a ello. De hecho, el Señor los describió como *“las cosas débiles del mundo, los que son ignorantes y despreciados.”* Pero continuó diciendo que ellos *“trillarán a las naciones por el poder de mi Espíritu.”* (DyC 35:13.)

Bajo ataques brutales de sus críticos, José Smith dijo: *“Nunca os dije que era perfecto, pero no hay error en las revelaciones que he enseñado. ¿Debo entonces ser desechado como una cosa sin valor?”* (Words of Joseph Smith, p. 369.)

Al edificarnos con educación para la eternidad, debemos escudriñar las Escrituras, aplicarlas a nosotros mismos, aprender la ley en el reino de nuestras propias actividades y usar las obras estándar como normas literales de excelencia eterna con las cuales medir cada pensamiento y cada acción.

Así pues, comencemos cada uno de nosotros con el fin en mente y demos forma a nuestro propio destino. Recordemos que el desarrollo de la carrera, la familia y la fe en Dios es una responsabilidad individual, por la cual cada uno de nosotros, de manera personal, será responsable.

Proteger la línea de poder espiritual

Un día, mientras recortaba los setos y las enredaderas alrededor de nuestra casa, tuve una experiencia interesante. Estaba trabajando con mis tijeras eléctricas y un cable de extensión largo. Lo había hecho muchas veces, recordándome siempre la necesidad de usar estas tijeras con mucho cuidado para evitar cortar lo que no debía. De repente, las cuchillas se atascaron. Lo que había quedado atrapado entre ellas era el propio cable eléctrico. Como no lo había visto en la maleza que estaba recortando, había cortado la misma línea que proveía la energía para trabajar.

¿No es ésa una de las grandes lecciones de la vida? —pensé—. El poder, si se usa mal, puede cortar la misma fuente de ese poder.

Así como el uso descuidado de la energía eléctrica puede cortar la fuente de ese poder, también es posible malgastar el poder espiritual y cortar nuestra línea de poder espiritual. Entonces perdemos aquello que nos permite generar éxito en nuestra vida. El uso correcto de nuestra línea de poder espiritual nos permite aprender, trabajar, obedecer la ley y amar. Aunque estas capacidades conducen al cumplimiento, al mismo tiempo también conllevan riesgo.

Consideremos el poder de aprender. Qué esencial es para el progreso, ya sea que la carrera de uno sea profesional, vendedor, agricultor o amo de casa.

¡Pero el aprendizaje puede mal usarse! Una mente aguda, mal dirigida, puede cortar esa línea de poder espiritual. Algunas almas “instruidas” se deleitan en desviar a otros, todo en el supuesto nombre del aprendizaje. Años después, sus víctimas pueden darse cuenta de que han subido la escalera del conocimiento solo para descubrir que está apoyada contra la pared equivocada. Un profeta del Señor nos ha aconsejado al respecto:

“¡Oh, el astuto plan del maligno! ¡Oh, la vanidad, y las flaquezas, y la necedad de los hombres! Cuando se instruyen, piensan que son sabios, y no escuchan el consejo de Dios, porque lo echan a un lado, suponiendo que saben por sí mismos; por tanto, su sabiduría es insensatez y de nada les sirve, y perecerán. Mas ser instruido es bueno si hacen caso a los consejos de Dios.” (2 Nefi 9:28–29.)

¿Qué sucede sin el aprendizaje espiritual? ¿Qué ocurre con el piloto de un planeador cuando se suelta de la fuerza del avión remolcador? Puede haber giros y vueltas, pero en última instancia solo hay una dirección a la que puede ir, ¡y es hacia abajo!

Debemos adquirir conocimiento, pero debemos aplicarlo con sabiduría. De lo contrario, tendremos política sin principios, industria sin moralidad, conocimiento sin sabiduría, ciencia sin humanidad.

Consideremos el poder del trabajo. El trabajo bien empleado aumenta nuestra capacidad de hacer. El presidente Heber J. Grant solía citar a Ralph Waldo Emerson, quien escribió: *“Aquello en lo que persistimos se nos hace más fácil de hacer; no porque la naturaleza de la cosa haya cambiado, sino porque ha aumentado nuestro poder de hacerlo.”*

El Señor, a través de su profeta Lehi, dijo: *“Es preciso que haya una oposición en todas las cosas.”* (2 Nefi 2:11.) En realidad, la competencia sana nos obliga a mejorar. Merece nuestra alabanza y gratitud. Sin ella no podríamos alcanzar las alturas que, de otro modo, nos corresponde lograr.

Pero nuestro trabajo puede mal dirigirse. Uno puede estar afanosamente comprometido en una causa sin sentido, o puede hacer algo mal cien veces y llamarlo experiencia. Algunos evitan el trabajo mientras persiguen metas de riqueza sin trabajar por ella, o de posición honrosa sin preparación para ella. Los lamanitas convertidos enseñaron esta lección: *“Antes que derramar la sangre de sus hermanos preferían dar su propia vida; y antes que quitar a un hermano, preferían darle; y antes que pasar sus días en la ociosidad, preferían trabajar abundantemente con sus manos.”* (Alma 24:18.)

A continuación, consideremos el poder de la obediencia a la ley. Una de las grandes aplicaciones del poder espiritual está en obedecer las leyes tanto de Dios como de los hombres. La libertad de actuar y el dominio de nuestras acciones emanan de la ley. *“Cuando obtenemos alguna bendición de Dios, es por obediencia a la ley sobre la cual se basa.”* (DyC 130:21.)

Aprendí de nuevo esa lección gracias al presidente Spencer W. Kimball. En una ocasión, cuando él necesitaba una operación que yo debía realizar, primero me pidió una bendición del sacerdocio. Después de recibirla, me dijo: *“Ahora puede proceder a hacer lo que sea necesario para que esa bendición sea posible.”*

Él sabía, y yo también, que ni siquiera para el profeta de Dios puede alguien estar exento de la ley. ¡Ni siquiera para el Hijo de Dios pudo romperse la ley divina!

Consideremos el poder del amor. Recuerdo a una madre que conocí una vez cuando hice una visita profesional a domicilio. Esta mujer estaba confinada en un pulmón de acero. Los estragos de la polio habían destruido por completo todos los músculos respiratorios, de modo que su vida dependía totalmente del gran tanque metálico y del motor eléctrico que impulsaba sus ruidosos fuelles.

Mientras estuve allí, observé a sus tres hijos en su relación con su madre. El mayor interrumpió nuestro trabajo para pedir permiso de ir a la casa de un amigo por una hora. Luego, el segundo hijo le pidió ayuda a su madre con problemas de aritmética. Finalmente, la hija menor, tan pequeña que no podía ver directamente el rostro de su madre, levantó la mirada hacia el reflejo de ella en un espejo colocado sobre su cabeza y preguntó: *“Mami, ¿me das una galleta?”* Nunca he olvidado esa lección sobre el poder del amor. Esta mujer, prácticamente discapacitada e incapaz de ejercer autoridad parental por medios físicos, influenciaba dulcemente en su hogar únicamente con el poder del amor.

El poder del amor entre un hombre y una mujer es especial. El amor compartido con mi amada compañera, Dantzel, ha aumentado el poder del amor para ambos. Ese amor nos llevó al altar en el templo del Señor. Su amor por mí la motivó a enseñar en la escuela durante los primeros años de nuestro matrimonio. Cuando las cosas eran difíciles, trabajó en un segundo empleo por las noches. Una vez, cuando las dificultades fueron extremas, incluso vendió su propia sangre entre sus dos trabajos para mantenernos solventes. (¡En esa ocasión, sus queridos padres quizá se preguntaron qué clase de yerno tenían!) Pensé en eso muchos años más tarde, cuando ella necesitaba urgentemente una transfusión y su sangre no podía ser fácilmente igualada con la de los donantes del banco de sangre. ¡Qué privilegio fue para mí poder donar mi sangre directamente a ella!

¿Puede mal usarse el poder del amor? Lamentablemente, sí. La unión ilegítima de los sexos ha sido, en mi observación, una de las mayores causas de dolor. En algunos casos, el uso indebido de este sagrado don físico incluso ha destruido su uso en años posteriores.

Mal usado, el poder del amor puede cortar el poder espiritual. El abuso del poder del amor puede resultar en la ausencia total de amor. Solo quedan sus baratas imitaciones de obscenidad y lujuria, las cuales siguen a un placer sin conciencia. En lugar de deleitarse

en el banquete del abundante amor con la propia posteridad, uno queda con las sobras de la mesa—los desechos de lo que pudo haber sido.

Las cenizas del “amor” quemado humean con el humo de la tristeza; y aun así, las brasas del mal continúan ardiendo. Pero mientras las voces fuertes siguen discutiendo, recordemos que quienes abogan por el aborto ya han nacido. Aquellos que libremente niegan a Dios con sus prácticas amoralistas y agnósticas descubrirán un día que Él puede, con la misma libertad, negarles a ellos. (Véase 3 Nefi 28:34.)

La fuente de nuestro poder espiritual es el Señor. La fuente suprema del poder espiritual es Dios nuestro Padre. El mensajero de este poder es el Espíritu Santo. Este poder es diferente del poder eléctrico. Un aparato eléctrico consume energía, mientras que el uso del poder espiritual de Dios renueva nuestro poder. Mientras que el poder eléctrico puede usarse solo por períodos medidos de tiempo, el poder espiritual puede usarse por el tiempo y por la eternidad.

Nuestra línea de poder espiritual se fortalece mediante la oración. Al aconsejarnos con Dios en todos nuestros hechos, Él nos dirigirá para bien. (Véase Alma 37:37.) La oración está disponible siempre que la pidamos. Pero el Señor coloca la iniciativa sobre nosotros. Él espera que busquemos Su poder, así como debemos insertar el enchufe en el tomacorriente para obtener electricidad. Él dijo: *“Si pides, recibirás revelación sobre revelación, conocimiento sobre conocimiento, a fin de que conozcas los misterios y las cosas pacíficas—lo que trae gozo, lo que conduce a la vida eterna.”* (DyC 42:61.) La dignidad personal y el estudio de las Escrituras nos capacitan para hacer más con este poder.

Las recompensas resultan del uso recto del poder espiritual que pertenece al sacerdocio. Y las recompensas son tan grandes que están casi más allá de la comprensión humana. A aquellas parejas

que porten y compartan ese sacerdocio dignamente y permanezcan fieles a la ley del convenio eterno del matrimonio eterno—soportando los años congestionados y las pruebas de pañales y platos, la cocina abarrotada y el bolsillo escaso, el servicio en la Iglesia, la educación y las veladas quemando el aceite de medianoche—el Señor les hace esta promesa:

“Saldréis en la primera resurrección; ... y heredaréis tronos, reinos, principados, y potestades, dominios, ... [y habrá] una plenitud y una continuación de la descendencia para siempre jamás.” (DyC 132:19.)

La línea de poder espiritual transmite revelación. La revelación se da al profeta para la Iglesia, y a líderes y maestros en sus respectivos llamamientos. La revelación personal se otorga para la glorificación de los miembros y familias en particular. Tales líneas de poder están bien aisladas y no se confunden. Nuestro Padre es un Dios de orden. Nadie más recibe revelación para gobernar la Iglesia; esa se entrega solo al presidente de la Iglesia. Un padre no recibirá revelación para la familia de su vecino.

Es posible descuidar o incluso malgastar el poder espiritual. Algunos han abusado del poder de la oración trivializando esa comunicación sagrada. Algunos Santos bien intencionados incluso hacen lo correcto por las razones equivocadas, si se concentran estrechamente en los porcentajes que informan en lugar de las personas preciosas a quienes sirven.

Al igual que cortar el cable con las tijeras, es posible usar el poder espiritual tan descuidadamente que se destruya la propia conexión con ese poder. Conozco a un esposo que domina a su esposa como si fuera de su propiedad. Parece considerarla con la misma importancia que su automóvil o su maleta, que usa para sus propios fines. Y conozco a una esposa que domina tanto a su esposo que él ha perdido todo sentimiento de valor personal.

Recordemos: *“Los derechos del sacerdocio están inseparablemente ligados con los poderes del cielo, y... los poderes del cielo no pueden ser gobernados ni manejados sino de acuerdo con los principios de rectitud.”* (DyC 121:36.) El uso inicuo de la autoridad del sacerdocio sin duda corta la conexión con la Fuente de esa autoridad.

La adoración fortalece la línea de poder con la Deidad. No puede haber verdadera adoración sin sacrificio, y no puede haber verdadero sacrificio sin una causa. La causa que merece nuestro amor y prioridad es la causa de Jesucristo. Hablando de Su propia expiación, Él proclamó: *“Para esto he nacido, y para esto he venido al mundo.”* (Juan 18:37.) Su ejemplo de adoración, sacrificio y compromiso con la causa se convierte en el nuestro. Él es la fuente suprema de todo nuestro poder para hacer el bien. Al proteger cuidadosamente y con oración la línea de poder espiritual que nos une al Salvador, llegamos a ser más como Él.

Obediencia y sacrificio

La obediencia y el sacrificio son similares en que ambos traen las bendiciones del cielo, pero las palabras tienen significados muy diferentes.

Sacrificio

La palabra sacrificio proviene de dos raíces latinas. La primera raíz es *sacer*, que significa “sagrado”. Esta raíz se encuentra en otras palabras familiares para nosotros, tales como *sacramento*, que significa “pensamiento sagrado”; *consagrar*, que significa “con sacralidad”; y, en su forma nasal, la palabra *santificar*. La palabra latina para sacerdote es *sacerdos*, que significa “hacedor sagrado”. Los Santos que hablan español y portugués reconocerán la similitud con la palabra *sacerdocio*, que es la palabra que ellos usan para *priesthood* en inglés.

La segunda parte de la palabra sacrificio proviene de la raíz latina *facere*, que significa “hacer”. Reconocemos esta misma raíz en palabras como *fábrica*, un lugar donde se hacen cosas, y *manufactura*, que significa “hacer a mano” (de *manus*, que significa “mano”). Esta es la misma raíz que vemos en la palabra *hecho* (*fact* en inglés), que significa “acto”, algo que “se ha hecho”. Esto proviene de la palabra latina *factus*, que es el participio pasado del verbo *facere*. También vemos esta raíz en la palabra *benefactor*, que significa “hacedor de bien”.

Menciono la derivación de la palabra sacrificio porque literalmente significa “hacer sagrado”. Por el uso común, el significado de la

palabra ha sido alterado con los años. Así, el diccionario de hoy define la palabra para sugerir que algo se entrega o se pierde.

En este contexto, algunos usan la palabra sacrificio, creo yo, de manera poco adecuada para referirse al “renunciar” a las donaciones y el servicio que uno da gratuitamente en la Iglesia.

Una cita del presidente Brigham Young trata sobre este concepto. Él dijo:

“Ni una partícula de todo lo que comprende esta vasta creación de Dios es nuestra. Todo lo que tenemos nos ha sido otorgado para nuestro accionar, para ver qué haríamos con ello—si lo usaríamos para la vida eterna y la exaltación, o para la muerte eterna y la degradación, hasta que dejemos de operar en esta existencia. No tenemos nada que sacrificar; entonces, no hablemos de sacrificar.”
(Journal of Discourses 8:67.)

La ordenanza religiosa del sacrificio fue instituida por Dios entre los hombres después de la transgresión en Edén:

Adán y Eva ... invocaron el nombre del Señor, y oyeron la voz del Señor ... hablándoles...

Y Él les dio mandamientos, de que debían adorar al Señor su Dios, y debían ofrecer los primogénitos de sus rebaños como ofrenda al Señor...

Y después de muchos días se apareció un ángel del Señor a Adán, diciendo: ¿Por qué ofreces sacrificios al Señor? Y Adán le respondió: No lo sé, salvo que el Señor me lo mandó.

Entonces el ángel habló, diciendo: Esto es una semejanza del sacrificio del Unigénito del Padre, que está lleno de gracia y de verdad. (Moisés 5:4–7.)

Parece que cada principio u ordenanza del evangelio tiene imitaciones satánicas. Abraham dio este relato:

Mis padres, habiéndose apartado de su rectitud y de los santos mandamientos que el Señor su Dios les había dado, al adorarlos dioses de los gentiles, se negaron rotundamente a escuchar mi voz; porque sus corazones estaban dispuestos a hacer lo malo, y se volvieron por completo al dios de Elkenah...

Por tanto, volvieron sus corazones al sacrificio de los gentiles, ofreciendo a sus hijos a esos ídolos mudos, y no escucharon mi voz, sino que procuraron quitarme la vida por mano del sacerdote de Elkenah. (Abraham 1:5–7.)

Abraham fue librado por el Señor y sacado de la tierra de los caldeos para cumplir los propósitos del Señor. (Véase Abraham 1:16.)

Este recuerdo ciertamente se tornó aún más conmovedor muchos años después, cuando el patriarca Abraham fue dirigido por el Señor a ofrecer a su hijo Isaac en sacrificio sobre el monte Moriah. Allí, los significados de sacrificio y obediencia se fusionaron en un solo acto. Notemos estos extractos de su decreto divino:

“Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac...

E Isaac habló a Abraham su padre, y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, hijo mío...

Fueron ambos juntos... y [Abraham] ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña.

Y extendió Abraham su mano, y tomó el cuchillo para degollar a su hijo.

Entonces el ángel de Jehová lo llamó desde el cielo, y dijo: ¡Abraham, Abraham!...

No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, pues no me rehusaste tu hijo, tu único...

[Un carnero fue ofrecido] en lugar de su hijo.

...No me rehusaste tu hijo, tu único.” (Génesis 22:2, 7–13, 16.)

Tal como se registra esta historia, la palabra *hijo* se usa repetidamente. Es fácil comprender la enseñanza de Jacob de que esta acción de Abraham e Isaac fue *“una semejanza de Dios y de su Hijo Unigénito.”* (Jacob 4:5.) Al honrar a Abraham, también honramos a Isaac, pues la tradición judía sostiene que Isaac no era un niño, sino un hombre maduro que también obedeció consciente y voluntariamente. De ser así, este componente de la semejanza tipificó aún más la disposición y obediencia que caracterizaron el sacrificio expiatorio del Salvador del mundo.

La comparación continúa en que el trayecto desde el monte Moriah de regreso a su hogar en Beerseba, donde la vida podía reanudarse, le tomó a Abraham e Isaac tres días, el mismo intervalo que hubo entre el sacrificio del Salvador y Su regreso a la vida como el Señor resucitado.

Desde los días de Adán hasta el momento en que la expiación fue consumada, el sacrificio mediante el derramamiento de sangre fue instituido por Dios entre los hombres. Además de ser una semejanza de la expiación futura, les enseñaba la realidad de que la vida mortal depende de la sangre. El sacrificio expiatorio implicó el derramamiento de sangre, tanto en Getsemaní como en el Calvario. Esto era necesario para que el cuerpo resucitado pudiera volver a vivir en la misma condición sin sangre en que estaba Adán en su estado paradisiaco antes de la caída.

Los ritos sacrificiales que implicaban el derramamiento de sangre, practicados desde la época de Adán, prepararon al mundo y a su gente para el supremo sacrificio del Cordero de Dios. Así, la expiación del Señor cumplió la ley de Moisés, que incluía el sacrificio de sangre. *“En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre...”*

Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados.” (Hebreos 10:10, 14.)

Ya no pensamos en términos de derramar sangre o de sacrificar animales. Rara vez deberíamos enfocarnos en “renunciar” a tiempo y recursos. En cambio, ahora debemos volver al significado original de la palabra: que “hagamos sagrado”. Para nosotros, sacrificar significa *hacer sagrado* cada pensamiento, cada acción y nuestro propio carácter.

El rey David percibió la necesidad de un compromiso personal en el sacrificio cuando dijo: *“No ofreceré... holocaustos a Jehová mi Dios que no me cuesten nada.”* (2 Samuel 24:24.) La entrega de nuestro tiempo y recursos no debe ser un fin en sí mismo, sino un medio para el fin de santificarnos a nosotros mismos. Cada uno, viviendo una vida santa, puede presentar al Señor un alma más santificada para el honor y la gloria de su Creador.

Obediencia

Examinemos ahora la palabra obediencia, que significa “obedecer”. La palabra *obedecer* tiene una derivación interesante. También proviene de dos raíces latinas. El prefijo *ob* significa “a” o “hacia”. La segunda parte de la palabra es una forma del verbo latino *audire*, que significa “oír” o “escuchar”. Esta raíz se encuentra en palabras como *audiencia*, *auditorio*, *audio*, todas relacionadas con el proceso de escuchar. Literalmente, entonces, la palabra *obedecer* significa “escuchar a”.

Al buscar en las Escrituras enumeradas bajo el tema de *obediencia* en la Guía de Tópicos, descubrí que la mayoría de las citas del Antiguo Testamento provienen de la palabra hebrea *shama*, que significa “oír con entendimiento”. Se aplica a escuchar la voz de Dios y ser obediente a Su palabra. Sin embargo, la mayoría de las citas enumeradas para el Nuevo Testamento no llevan esa misma aplicación. (Las esposas obedecen a los esposos, los hijos obedecen a los padres, los siervos obedecen a los amos, etc.) Curiosamente,

las citas del Libro de Mormón, en su mayoría provenientes de escritos de la época del Antiguo Testamento, llevan predominantemente el mismo énfasis de la aplicación anterior: escuchar o atender la palabra autoritativa de Dios y obedecerla.

No se puede ser obediente a menos que haya una palabra autoritativa que escuchar. Hablando en un contexto del evangelio, esto significa que no puede haber obediencia sin que primero haya conocimiento de la palabra de Dios. Además, uno no puede ser obediente (o desobediente) a esa palabra sin ejercer el don divino del albedrío. Los individuos son libres de escoger obedecer la palabra de Dios o desobedecerla. Su elección se convierte en su respuesta, y ésta tiene valor moral. La coerción no tiene cabida en el reino de Dios porque no suscita acción moral y, por lo tanto, es contraria a Su don del albedrío.

El albedrío no es totalmente libre, ni es un don que se preserve por sí mismo. Debe ganarse y debe protegerse. Al escoger una carrera, por ejemplo, uno puede seleccionar cualquier ocupación que desee para así ganarse el derecho de actuar libremente en esa ocupación. Yo no soy libre de ser pianista de concierto porque no gané ese derecho. (Perdí esa opción a los diez años, para gran disgusto de mi madre.) Durante muchos años ejercí la labor de cirujano porque había adquirido el conocimiento y la certificación requeridos sobre los cuales se basaba esa libertad. Luego, de manera interesante, con unas pocas palabras breves de los profetas de Dios de que debía ser sostenido como miembro del Quórum de los Doce, fui libre de renunciar a la opción ganada de ser cirujano y de ejercer mi albedrío para obedecer el nuevo llamamiento. Cada uno de nosotros es libre de obedecer, y esa elección cada uno la hace libre y conscientemente como individuo.

Cada uno de nosotros no solo ha sido probado en el pasado, sino que también enfrentará pruebas en el futuro. Si llega un llamamiento de dejar la comodidad y conveniencia de nuestro entorno actual para servir en otro lugar, ¿será recibido con la

pregunta: “¿Cuándo?” Eventualmente, dos profetas serán llamados a Jerusalén, donde serán muertos en calles santificadas no solo por su servicio, sino también por el servicio de su Salvador. (Véase Apocalipsis 11:4; DyC 77:15; Zacarías 4:11–14.) Nuestra decisión de servir debe ser una decisión informada basada en verdades eternas, porque no obedecemos a ciegas, sino porque podemos ver. Seguimos fielmente el plan eterno de Dios y honramos nuestro papel sagrado en él.

El presidente Stephen L. Richards dijo:

“Hay algunos, quizá, que puedan sentir que es subversivo de la libertad individual de pensamiento y expresión el ser controlados por las interpretaciones de nuestros líderes. Deseo asegurarles que cualquier sentimiento de restricción desaparecerá una vez que obtengan el genio y el verdadero espíritu de esta obra. Nuestra unanimidad de pensamiento y acción no surge, como algunos suponen, de coacción o compulsión en ninguna forma. Nuestro acuerdo proviene de la aceptación universal de principios rectos y de la respuesta común a la operación del Espíritu de nuestro Padre. No se motiva por ningún temor, excepto uno. Ese es el temor de ofender a Dios, el Autor de nuestra obra.” (Conference Report, octubre de 1938, p. 116.)

La palabra que debe ser escuchada de la autoridad divina es que José Smith vio y oyó a Dios el Padre y a Su Hijo Jesucristo, que recibió revelaciones para la Iglesia, y que tradujo el Libro de Mormón a partir de planchas grabadas entregadas a él por un ser celestial. Todas las doctrinas que han emanado de esas manifestaciones divinas son las de la Iglesia. No se puede aceptar unas y rechazar otras.

El destino de Sion, por lo tanto, depende de la verdadera educación—no de la educación de la sabiduría mundana, sino de la educación que tiene como base las verdades incontrovertibles del conocimiento de Dios y de los gloriosos principios revelados por Él

en estos últimos días. Nada en este mundo es de tanta importancia para nosotros como la obediencia al evangelio de Jesucristo. La inactividad puede implicar desobediencia, pero la obediencia debe estar precedida tanto por la fe como por el conocimiento. *“Quien atesore mi palabra, no será engañado.”* (José Smith—Mateo 1:37.)

¿Puedo repasar unas pocas páginas de historia de la medicina para mostrar el alto precio que se ha pagado por la ignorancia de las Escrituras? Primero citaré algunos hitos de esa historia y luego seguiré con pasajes relevantes de las Escrituras.

A lo largo de casi todos los períodos de la literatura médica registrada —salvo los más recientes— había prevalecido el dogma de que las infecciones se propagaban de un individuo a otro por medio de la contaminación del aire. Una de las primeras publicaciones lleva la fecha de 1690, cuando Robert Boyle, de Londres, escribió su *“Discurso experimental sobre algunas causas inadvertidas de la insalubridad y salubridad del aire.”* En 1772 John Evelyn informó su trabajo titulado *“El aire y el humo de Londres,”* señalando que *“miles de niños se sofocaban cada año por el humo y los olores, los cuales una buena política podría eliminar en gran medida.”* Tenon reportó en 1788 que en el Hôtel-Dieu de París, de tres a seis pacientes compartían una sola cama. Los casos quirúrgicos y las mujeres después del parto eran distribuidos de tres y cuatro en la misma cama.

Aún en uno de los hospitales más importantes de los Estados Unidos, tan recientemente como en 1932, más de un paciente ocupaba la misma cama al mismo tiempo. Y aun así, autoridades como Lord Lister (1867) seguían atribuyendo las infecciones a la contaminación del aire. En 1869 Simpson, de Edimburgo, y en 1875 Stimson, de Nueva York, instaban de manera independiente a que los hospitales fueran derribados y reconstruidos cada año o dos.

Mientras tanto, cuando Brigham Young y los pioneros estaban entrando al Valle del Lago Salado en 1847, el médico austríaco

Semmelweiss planteó la nueva idea de que la fiebre puerperal podía prevenirse limpiando las manos y la ropa de cama. Su informe fue recibido con furiosos debates e incredulidad. Gracias al trabajo de Pasteur, Koch y otros, este concepto cambió dentro del último siglo. Ellos demostraron que las enfermedades podían transmitirse directamente de una persona infectada a otra, y probaron que eran los gérmenes, y no el aire, los que propagaban las infecciones.

Ahora, con este breve panorama de la lucha científica del hombre en tu mente, permíteme invitar tu atención a la palabra del Señor dada a toda la humanidad, incluso siglos antes de la época de Cristo. Al leer esto, imagina a una persona con supuración de una herida infectada:

Y habló Jehová a Moisés y a Aarón, diciendo: Hablad a los hijos de Israel y decidles: Cuando alguno tuviere flujo [supuración] de su carne, por razón de su flujo será inmundo.

Y ésta será su inmundicia a causa de su flujo: sea que su carne destile por su flujo o que su carne se detenga de su flujo, inmundicia es.

Toda cama en que se acostare el que tuviere el flujo será inmunda; y toda cosa sobre la que se sentare, será inmunda.

Y cualquiera que tocare su cama lavará sus vestidos, y se lavará a sí mismo con agua, y será inmundo hasta la tarde.

Y el que se sentare sobre cualquier cosa sobre la que se haya sentado el que tuviere flujo, lavará sus vestidos, y se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde.

Y el que tocare la carne del que tiene el flujo lavará sus vestidos, y se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde...

Y cuando se hubiere limpiado de su flujo el que tiene flujo, contará siete días para su purificación, y lavará sus vestidos, y lavará su

cuerpo en agua corriente, y será limpio. (Levítico 15:1–7, 13; énfasis añadido.)

Así, en las Escrituras el Señor claramente reveló en detalle los procedimientos y la importancia de la técnica de limpieza en el manejo de pacientes infectados.

En 1970 el Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos publicó un monográfico titulado *“Técnicas de aislamiento para uso en hospitales,”* el cual constituye la norma para la práctica hospitalaria actual. Los principios dados en ese documento son los mismos que los citados en Levítico. Además, en la página 9 leemos lo siguiente: *“El lavado de manos antes y después de tener contacto con cada paciente es el medio más importante para prevenir la propagación de la infección”*—esencialmente el mismo mensaje que quedó registrado en Levítico ¡más de tres mil años atrás!

¿Cuántas madres han perecido innecesariamente? ¿Cuántos niños han sufrido porque los estudios de la humanidad no incluyeron el conocimiento ni la obediencia a la palabra de Dios? Ya sea que uno examine los anales de la medicina o cualquier otro registro de la vida humana en esta tierra, el mensaje es siempre el mismo: Conoce y obedece los mandamientos, y obtendrás las bendiciones de Dios; deja de obedecer los mandamientos, y necesariamente seguirá el dolor.

¡Cuán glorioso será el día en que el esclarecedor mensaje de nuestros misioneros pueda llevarse a las naciones desfavorecidas de la tierra, para que la palabra de Dios pueda ser oída y obedecida! Sus pueblos serán bendecidos por la prosperidad que traerá la obediencia.

En nuestros esfuerzos por proclamar la virtud de la obediencia, podríamos enseñar con un énfasis inadecuado. Por ejemplo, a veces se citan muchos hechos y cifras importantes para ilustrar los grandes beneficios físicos que resultan de la obediencia a la Palabra de Sabiduría. Sabemos que fumar cigarrillos es la causa prevenible

más importante de enfermedades del corazón, cáncer, enfermedades de las arterias y de los pulmones. Pero, ¿obedecemos la Palabra de Sabiduría porque la ciencia médica confirma los beneficios físicos que de ella resultan?

Para poner a prueba ese concepto, ¿cuál sería tu respuesta si, como padre o madre, te dijeran que tu hijo debe obedecer la Palabra de Sabiduría aun si la ciencia médica tuviera evidencia (que no la tiene) para sugerir que esa obediencia sería perjudicial para su salud? ¿Qué harías? ¿Seguirías el consejo de la ciencia médica, o escucharías y seguirías la palabra de Dios?

¿Qué hizo Abraham? No había nada que sugiriera que la acción que Dios le había ordenado fuera beneficiosa para la salud de Isaac. Todo lo contrario. Tanto Abraham como Isaac sabían que no era así.

Tomemos otro ejemplo. Cuando los israelitas eran guiados por Josué hacia la tierra prometida, se les instruyó atravesar el río Jordán. Esto significaba que 600,000 guerreros israelitas y sus familias debían cruzar un río tan lleno que desbordaba sus riberas. Su caravana era encabezada por sacerdotes que llevaban el arca del Señor. Fue solo cuando las plantas de los pies de los fieles israelitas realmente descansaron en el agua que las aguas se detuvieron de repente y se “amontonaron” para permitirles cruzar por el lecho seco del río. (Véase Josué 3.) No había nada que sugiriera que su obediencia fuera a beneficiar su salud física. ¡Ellos obedecieron por su fe en la palabra de Dios, y eran su pueblo!

Si nos enfocamos en los beneficios físicos, excluyendo los espirituales, de la obediencia a la Palabra de Sabiduría, entonces nuestros hijos e hijas podrían fácilmente racionalizar que “solo un cigarrillo no hará daño” o “solo una copa no importará”.

Ésta no es la cuestión. La cuestión es de fe. O uno tiene la fe para escuchar y obedecer la palabra de Dios y aceptarla como tal, o no la tiene. *“Sin fe es imposible agradar a Dios.”* (Hebreos 11:6.)

Notemos estas palabras de Mormón:

“¡Ay de aquel que no preste atención a las palabras de Jesús, y también a aquellos que él ha escogido y enviado entre ellos! Porque quien no recibe las palabras de Jesús y las palabras de aquellos que él ha enviado, a él no recibe; y por tanto, él no los recibirá en el día postrero; y mejor les hubiera sido no haber nacido.” (3 Nefi 28:34–35.)

Muchos tienen dificultad para aceptar la palabra de Dios porque viene de sus contemporáneos—sus obispos de barrio y líderes locales que parecen ser simplemente hombres comunes. Incluso los profetas de Dios son hombres comunes, pero con llamamientos extraordinarios para comunicar doctrina divina. Debemos tener la fe para saber que *“su palabra recibiréis, como de su propia boca, con toda paciencia y fe.”* (DyC 21:5.)

“Porque no hará nada Jehová el Señor sin que revele su secreto a sus siervos los profetas.” (Amós 3:7.)

Es particularmente desafiante responder cuando la palabra del Señor proviene de alguien tan cercano como un padre. Me inspira la fe de Nefi. La familia de Lehi había viajado por las ardientes arenas del desierto de Palestina desde Jerusalén hasta llegar a la orilla oriental del Mar Rojo, una distancia que pudo haber sido de hasta 400 kilómetros. Entonces Lehi dijo a sus hijos, Nefi y sus hermanos, que debían regresar a Jerusalén para obtener las planchas de bronce en poder de Labán. No es de extrañar que esos hermanos murmuraran al contemplar un viaje tan arduo y difícil bajo circunstancias tan calurosas y húmedas. Fue en ese contexto que se pronunciaron estas palabras de fe de Nefi:

“Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que el Señor no da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles una vía para que cumplan lo que él les ha mandado.” (1 Nefi 3:7.)

Después de que los jóvenes lograron exitosamente esta misión, regresaron a sus padres, solo para que Lehi les diera nuevamente la palabra del Señor: que debían regresar otra vez a Jerusalén. Aun su madre, Sariah, murmuró en esa ocasión.

El desafío de obedecer la palabra de un profeta contemporáneo no es nuevo. El Señor mandó a Saúl, por medio del profeta Samuel, que “hiriera a Amalec y destruyera por completo todo lo que [los amalecitas] tuvieran.” Pero Saúl escogió racionalizar. Perdonó a Agag, así como lo mejor de las ovejas y otros animales y lo mejor de todo lo bueno, y destruyó selectivamente solo lo que era vil y despreciable. Luego informó engañosamente a Samuel que había cumplido el mandamiento del Señor.

Samuel le dijo: “¿Qué significa, pues, este balido de ovejas en mis oídos, y el mugido de bueyes que oigo?” Saúl indicó que había perdonado a esos animales selectos para que pudieran ser sacrificados al Señor. Entonces Samuel tronó esa verdad eterna:

“He aquí, el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación.” (Véase 1 Samuel 15:1–23.)

El pueblo en tiempos de Samuel, como el pueblo en nuestros días, deseaba ser como sus vecinos. Cuando Samuel era profeta, le rogaron que les diera un rey. Aunque Samuel, obediente al consejo del Señor, les advirtió en contra de tener un rey, el pueblo rechazó ese consejo. “Y dijo Jehová a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado.” (1 Samuel 8:7.)

Cuando racionalizamos, rechazamos o nos rebelamos contra la palabra de los profetas, lo hacemos contra Dios. Es posible disciplinar la vida de uno para recibir cualquier bendición que se esté dispuesto a ganar. Pero esas bendiciones pueden no llegar de

inmediato y pueden beneficiar a otros, incluso a generaciones aún no vistas.

Los nobles sacrificios de los patriotas de cada nación han sido un requisito necesario para que las bendiciones del evangelio puedan disfrutarse en libertad por aquellos que vendrían después.

El sufrimiento y sacrificio de los pioneros, quienes construyeron templos con una llana en una mano y un rifle en la otra, permitió que las bendiciones de la investidura se confirieran a incontables personas que habían muerto antes y que aún nacerían, mucho tiempo después de que esas manos laboriosas hubieran partido de esta esfera mortal.

La obediencia y sacrificio del Profeta José Smith requirieron que su ministerio santificara las celdas de cárceles indignas e injustas. En una de esas ocasiones, apenas cinco años antes de su martirio, el Señor consoló al Profeta:

“Si te es requerido pasar tribulaciones; si te encuentras en peligro entre hermanos falsos; si estás en peligro entre ladrones; si peligras en tierra o mar;

si se te acusa con todo género de acusaciones falsas; si te acometen tus enemigos; si te apartan del lado de tu padre y madre, hermanos y hermanas; si con la espada desenvainada tus enemigos te arrebatan del seno de tu esposa y de tu familia, y tu hijo mayor, que solo tiene seis años de edad, se prende de tu ropa, diciendo: Padre mío, padre mío, ¿por qué no puedes quedarte con nosotros?” (DyC 122:5–6).

Y por sobre todo, si las mismas fauces del infierno se abren de par en par contra ti, sabe, hijo mío, que todas estas cosas te darán experiencia y serán para tu bien. (DyC 122:5–7).

Luego el Señor recordó a José: “El Hijo del Hombre descendió debajo de todo. . . . No temas lo que el hombre pueda hacer,

porque Dios estará contigo para siempre jamás.” (DyC 122:8–9). Esa perspectiva eterna fue preciosa para el Profeta.

El tercer Artículo de Fe declara: “Creemos que por la expiación de Cristo, todo el género humano puede ser salvo, mediante la obediencia a las leyes y ordenanzas del Evangelio.” El acto expiatorio de Cristo trasciende el concepto del tiempo, afectando a un número ilimitado de almas por toda la eternidad. Y lo hace gracias a Su elección y Su preparación para ser obediente a la ley divina.

Ni siquiera para el Hijo de Dios pudo quebrantarse la ley divina. Esta súplica doliente fue pronunciada en el momento de Su expiación: “y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; pero no lo que yo quiero, sino lo que *quieres* tú.” (Marcos 14:36). Más tarde clamó: “¡Eloi, Eloi!, ¿lama sabactani?, que interpretado quiere decir: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?” (Marcos 15:34).

Por el amor que tenía a Su Hijo, Dios permitió que todo el peso de la expiación recayera sobre el Salvador, para que la victoria sobre la muerte fuera Suya y solo Suya.

Eliza R. Snow captó esta trascendencia en las palabras que solemos cantar:

*¡Cuán grande la sabiduría y el amor
que llenaron los cielos!
Y enviaron al Salvador desde arriba
a sufrir, sangrar y morir.*

*Por estricta obediencia Jesús ganó
el premio con gloria plena:
“Hágase tu voluntad, oh Dios, y no la mía”
adornó Su vida mortal.*
(Himnos, n.º 195.)

El ejemplo de Cristo de obediencia y sacrificio se convierte en el nuestro. ¡Cuán agradecidos deberíamos estar por la palabra de Dios y porque podemos elegir escucharla y obedecerla! Tenemos el privilegio de ofrecer sacrificio al santificar los pensamientos y obras de nuestra vida, de modo que sean más semejantes a los Suyos. Al hacerlo, las bendiciones del cielo podrán ser nuestras ahora y para siempre.

Dominio propio

Deseo hablar de nuestra búsqueda del dominio propio. Al hacerlo, quisiera conversar como un padre amoroso aconsejando a uno de sus propios hijos.

Antes de que puedas dominarte, hijo mío, necesitas saber quién eres. Consistes en dos partes: tu cuerpo físico y tu espíritu, que vive dentro de tu cuerpo. Quizás hayas oído la expresión *“la mente sobre la materia.”* De lo que quiero hablar es de algo similar, pero dicho de otra manera: *“el espíritu sobre el cuerpo.”* Eso es dominio propio.

Cuando llegaste como un bebé recién nacido, tu pequeño cuerpo era el amo. Tenías lo que yo llamo la filosofía del *“quiero lo que quiero, cuando lo quiero.”* Ninguna cantidad de razonamiento podía posponer tus demandas impacientes cuando querías ser alimentado—¡y de inmediato!

Como todos los padres, esperábamos con ansias la primera sonrisa, una palabra, una chispa del potencial del espíritu dentro de tu pequeño cuerpo. ¿Acaso hay madre que no haya acunado a su bebé como lo hizo tu dulce madre, con anhelo y admiración, contemplando el destino de su preciado pequeñito?

Durante esos primeros años, los padres nos preocupamos naturalmente por las necesidades físicas de nuestros hijos, como alimento, vestido y refugio. Pero a medida que creces, nuestras preocupaciones se desplazan más hacia tu crecimiento espiritual, para que logres todo tu potencial.

“Porque el hombre natural es enemigo de Dios, y lo ha sido desde la caída de Adán, y lo será para siempre jamás, a menos que ceda a las persuasiones del Espíritu Santo. . . y se vuelva santo.” (Mosiah 3:19.)

Eso requiere dominio propio. Recuerda: “El espíritu y el cuerpo son el alma del hombre.” (DyC 88:15.) Ambos son de gran importancia. Tu cuerpo físico es una creación magnífica de Dios. Es su templo tanto como el tuyo, y debe ser tratado con reverencia. La Escritura declara: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.” (1 Corintios 3:16–17.)

Por notable que sea tu cuerpo, su propósito principal es aún de mayor importancia: servir como morada de tu espíritu. Abraham enseñó que nuestros espíritus existieron antes y no tendrán fin, porque son eternos. (Véase Abraham 3:18.)

Tu espíritu adquirió un cuerpo al nacer y se convirtió en un alma para vivir en la mortalidad, a través de períodos de prueba y examen. Parte de cada prueba consiste en determinar si tu cuerpo puede ser dominado por el espíritu que mora en él.

Aunque a tu espíritu se le colocó un velo de olvido en el momento de tu nacimiento en la mortalidad, retuvo su poder para recordar todo lo que sucede, registrando con precisión cada acontecimiento de la vida. De hecho, las Escrituras advierten que “de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.” (Mateo 12:36.) Los profetas se refieren a nuestro “claro recuerdo” (Alma 11:43) y a la “perfecta memoria” (Alma 5:18) en ese día de decisión.

Dado que los pensamientos preceden a los hechos, primero debes aprender a controlar tus pensamientos. “Porque cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él.” (Proverbios 23:7.)

En tu empeño por el dominio propio, la plena participación en las actividades de la Iglesia te ayudará. Mencionaré solo algunas.

Un primer paso es aprender juntos a guardar el día de reposo. Este es uno de los Diez Mandamientos. (Véase Éxodo 20:8; Deuteronomio 5:15.) Honramos el día de reposo “para presentar nuestras devociones al Altísimo” (DyC 59:10) y porque el Señor declaró: “Ciertamente vosotros guardaréis mis días de reposo, porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico.” (Éxodo 31:13; véase también Ezequiel 20:20.)

Otro paso hacia el dominio propio llega cuando tienes la edad suficiente para observar la ley del ayuno. Al contribuir los fondos de las comidas no consumidas, se pueden atender las necesidades de los pobres. Mientras tanto, mediante tu espíritu desarrollas poder personal sobre los impulsos de hambre y sed de tu cuerpo. El ayuno te da confianza para saber que tu espíritu puede dominar el apetito.

Hace algún tiempo, tu madre y yo visitamos un país del tercer mundo donde las condiciones sanitarias eran mucho más deficientes que las nuestras. Nos unimos a una delegación de otros médicos de todo el mundo. El presidente de nuestro grupo, un viajero experimentado, advirtió de los riesgos. Para evitar el agua que pudiera estar contaminada, incluso se nos aconsejó cepillarnos los dientes con una bebida alcohólica. Optamos por no seguir ese consejo, sino simplemente hacer lo que habíamos aprendido a hacer una vez al mes: ayunamos ese primer día, pensando que podríamos introducir gradualmente alimentos y líquidos sencillos después. Más tarde, fuimos los únicos de nuestro grupo que no sufrimos una enfermedad incapacitante.

El ayuno fortalece la disciplina sobre el apetito y ayuda a proteger contra posteriores ansias incontroladas y hábitos persistentes.

Otro paso hacia el dominio propio proviene de la obediencia a la Palabra de Sabiduría. Recuerda que contiene una “promesa, adaptada a la capacidad de los más débiles de todos los santos.” (DyC 89:3.) Fue dada “en consecuencia de las maquinaciones y designios que existen y existirán en los corazones de hombres conspiradores en los postreros días.” (DyC 89:4.) En verdad, al desarrollar valor para decir no al alcohol, al tabaco y a los estimulantes, obtienes fuerza adicional. Entonces puedes rechazar a los hombres conspiradores—aquellos sediciosos promotores de sustancias nocivas o inmundicia. Puedes rechazar sus malvadas incitaciones dirigidas a tu cuerpo.

Si cedes a cualquier cosa que pueda generar adicción y, por lo tanto, desafías la Palabra de Sabiduría, tu espíritu se somete al cuerpo. La carne entonces esclaviza al espíritu. Esto es contrario al propósito de tu existencia mortal. Y en el proceso de tal adicción, es probable que tu vida se acorte, reduciendo así el tiempo disponible para arrepentirte, mediante el cual tu espíritu podría lograr el dominio propio sobre tu cuerpo.

Otros atractivos físicos surgen durante el período de cortejo. En tu juventud, quizá te veas desafiado por las restricciones de tus padres, quienes esperan guiarte a través de esta maravillosa etapa de la vida. Debido a que el adversario es muy consciente del poder de la tentación física, Alma instruyó a su hijo y a todos nosotros: “Refrena todas tus pasiones.” (Alma 38:12.)

Cuando te cases, tú y tu compañero eterno podrán invocar entonces el poder de la procreación, a fin de tener gozo y regocijo en vuestra posteridad. Este don divino está resguardado por la ley de castidad de tu Creador. A lo largo de los años, recuerda: la castidad es el poderoso protector de la virilidad del hombre y la corona de la hermosura de la mujer.

En el cortejo y el matrimonio, la virtud parece ser atacada primero. La agitación mental que sigue a la debilidad provocada por la

lujuria ha arrancado muchas lágrimas a seres queridos inocentes. Sin arrepentimiento, la conmoción interior tampoco cesa. Shakespeare expresó tal conflicto interno en las palabras de uno de sus personajes, al contemplar la conquista de la lujuria:

¿Qué gano si obtengo lo que busco?

Un sueño, un aliento, una espuma de gozo pasajero.

¿Quién compra un minuto de placer para lamentarse una semana?

¿O vende la eternidad por conseguir un juguete?

¿Por una dulce uva, quién destruiría la vid?

(*Lucrece*, líneas 211–15).

Los profetas han advertido repetidamente sobre el pecado moral. Uno, por ejemplo, amonestó: “Oh mis amados hermanos, recordad la enormidad de transgredir contra aquel Dios Santo, y también la enormidad de ceder a las tentaciones de aquel astuto. Recordad que el estar sujetos a la voluntad de la carne es muerte, y que el estar sujetos a la voluntad del Espíritu es vida eterna.” (2 Nefi 9:39.)

Ahora bien, no me malinterpretes. No quisiera que descuides tu cuerpo. Merece cuidado diario. La preparación física mediante el ejercicio regular también requiere dominio propio. Me maravillo de la vida del élder Joseph Anderson, quien en 1985 tenía noventa y seis años de edad. Durante décadas, la fuerza de su espíritu sobre su cuerpo lo indujo a nadar regularmente. Pero su motivación nunca fue alcanzar longevidad física. Eso llegó solo como consecuencia. Su deseo siempre fue servir a Dios y a Sus ungidos. El élder Anderson siguió lo que yo llamo la receta del Señor para una vida larga y útil. Los fieles que “magnifican su llamamiento, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos. Llegan a ser... los escogidos de Dios.” (DyC 84:33–34.)

La filosofía de ejercicio del élder Anderson coincide con la perspectiva de Pablo, quien dijo: “El ejercicio corporal para poco es provechoso; pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene

promesa de esta vida presente, y de la venidera.” (1 Timoteo 4:8.) Apuesto y en buena condición, el élder Anderson personifica esta escritura: “Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” (1 Corintios 6:20.)

Mientras trabajas durante los años productivos de la vida, ya sea en el hogar, en el campo, en la fábrica o en un taller, recuerda que la reputación se construye y el carácter se forja a medida que desarrollas el dominio propio. El pago fiel del diezmo forma parte de ese proceso. Te defiende contra la deshonestidad o las tentaciones mezquinas. La valentía de rendir cuentas de tus propios actos se convierte en un tesoro apreciado.

Realmente importa lo que escuchas, lo que miras, lo que piensas, dices y haces. Selecciona música que fortalezca tu espíritu. Controla tu manera de hablar; mantenla libre de blasfemias y vulgaridades. Sigue las enseñanzas de este proverbio: “Mi boca hablará verdad, y la impiedad es abominación a mis labios. Justas son todas las razones de mi boca; no hay en ellas cosa perversa ni torcida.” (Proverbios 8:7–8.)

Al llegar a la vejez, enfrentarás nuevos desafíos al dominio propio. Los síntomas de un cuerpo que se deteriora pueden ser dolorosos, incluso incapacitantes. Dolores profundos de tristeza se sienten con la partida de seres amados. Para algunos, estas pruebas intensas llegan temprano en la vida. Pero cuando se presenten en tu camino, recuerda un concepto expresado por mi padre algún tiempo después de que mi madre falleció. Tus abuelos habían estado casados sesenta y cuatro años. Cuando alguien le preguntó cómo estaba, mi padre simplemente respondió: “Estoy solo, pero no me siento solitario.” ¿Sabes lo que quiso decir? Aunque ahora estaba sin su amada compañera, se mantenía tan ocupado ayudando a la familia y a los amigos que había reemplazado la tristeza con servicio y había desplazado la autocompasión con amor desinteresado. Encontró gozo al seguir el ejemplo eterno del Maestro.

Jesús, nuestro Salvador, nació en las más humildes circunstancias. Para su bautismo fue sumergido en el cuerpo de agua dulce más bajo del planeta. En servicio y sufrimiento, también “descendió debajo de todo” (véase DyC 122:8), para que pudiera elevarse por encima de todo. Cerca del final de su vida, declaró triunfalmente: “Yo he vencido al mundo.” (Juan 16:33.) “Mirad a mí y perseverad hasta el fin, y viviréis; y a quien perseverare hasta el fin, le daré vida eterna.” (3 Nefi 15:9.)

Las Escrituras nos enseñan a perseverar hasta el fin para alcanzar la vida eterna. Entonces obtendremos un cuerpo resucitado— incorruptible, glorificado y preparado para vivir en la presencia de Dios.

Para alcanzar tu destino más elevado, emula al Salvador. Él proclamó: “¿Qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy.” (3 Nefi 27:27.) Nuestra más sublime esperanza es crecer en espíritu y alcanzar “la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños.” (Efesios 4:13–14.)

Entonces estarás bien preparado para ese venidero día de juicio cuando, como enseñó el presidente Spencer W. Kimball: “El alma, compuesta del cuerpo resucitado y del espíritu eterno, ... comparecerá ante el gran Juez para recibir su asignación final por la eternidad.” (*The Teachings of Spencer W. Kimball*, p. 46.)

Recuerda, mi querido, que ninguna edad de la vida pasa sin tentación, prueba o tormento experimentado por medio de tu cuerpo físico. Pero al desarrollar con oración el dominio propio, los deseos de la carne pueden ser subyugados. Y cuando eso se haya logrado, podrás tener la fuerza para someterte a tu Padre Celestial, como lo hizo Jesús, quien dijo: “No se haga mi voluntad, sino la tuya.” (Lucas 22:42.)

Cuando las pruebas más profundas lleguen a tu vida, recuerda esta gloriosa promesa del Salvador: “Al que venciére, le daré que se

siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.” (Apocalipsis 3:21.)

Cristo es nuestro gran Ejemplo. Testifico, como testigo especial, que Él es el Hijo de Dios y “es la vida y la luz del mundo.” (Alma 38:9.) Desarrollamos dominio propio al llegar a ser más como Él.

A la manera del Señor

Debido a que mi labor médica nos llevó a varias naciones en desarrollo, la hermana Nelson y yo estuvimos expuestos a muchas escenas difíciles. En un país, tantas personas dormían en las calles y en las aceras que literalmente tuvimos que pasar por encima de ellas al caminar. En otra nación, nuestra compasión fue puesta casi al límite mientras anhelábamos ayudar a incontables personas necesitadas. Jóvenes madres, con bebés envueltos en sus espaldas, pedían dinero mientras remaban en sus pequeñas barcas *sampán*, que les servían tanto de refugio como de medio de transporte. Y, ¡cómo nos dolió el corazón al ver a jóvenes hombres y mujeres de otro país atados como bestias de carga a carretas de ruedas de madera cargadas con pesados bultos! Hasta donde alcanzaba nuestra vista, continuaba la interminable caravana de vehículos, tirados por el esfuerzo humano.

Aunque las razones varían según el tiempo y el lugar, los pobres y los necesitados casi siempre han estado presentes. Sin importar la causa, nuestro Padre Celestial se preocupa por ellos. Todos son Sus hijos. Él los ama y los cuida.

En el Antiguo Testamento aprendemos que cuando el Señor enviaba profetas para llamar a Israel al arrepentimiento de su apostasía, en casi todos los casos, una de las primeras acusaciones era que se había descuidado a los pobres. Las Escrituras enseñan que los pobres —en especial las viudas, los huérfanos y los extranjeros— siempre han sido la preocupación de Dios y de los piadosos. Los pobres habían sido especialmente favorecidos por la

ley. En los tiempos del Antiguo Testamento, a los pobres se les permitía espigar después de los segadores en la cosecha. En el tiempo de la recolección de frutos, lo que quedaba en las ramas pertenecía a los pobres. En el séptimo año sabático y en el quincuagésimo año de jubileo, la tierra no se sembraba ni se labraba, y lo que creciera por sí mismo quedaba libre para los hambrientos.

También se prometieron bendiciones a quienes cuidaban de los pobres. El Señor los libraría en tiempos de dificultad. (Véase Salmo 41:1.) Estas verdades se enseñaban con proverbios como: “El que tiene misericordia del pobre, es bienaventurado” (Proverbios 14:21) y “El justo considera la causa de los pobres; mas el impío no entiende conocimiento.” (Proverbios 29:7.)

Durante el ministerio terrenal del Salvador, Él volvió a recalcar Su preocupación eterna por los pobres. Recuerda la respuesta que dio al rico que le preguntó qué más le faltaba: “Si quieres ser perfecto —dijo— anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme.” (Mateo 19:21; véase también Lucas 18:22.)

En una de Sus preciosas parábolas, el Maestro ilustró esta doctrina con la historia de uno que tuvo hambre y se le dio de comer, otro que tuvo sed y se le dio de beber, y un extranjero que fue recibido. El Señor relacionó esos actos como si se le hubieran hecho a Él cuando enseñó: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.” Y cuando no se les ministró, Él amonestó: “De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.” (Mateo 25:40, 45; énfasis agregado.)

¡En verdad, la Iglesia en los tiempos del Nuevo Testamento tenía la obligación vinculante de cuidar de los pobres!

El Libro de Mormón declara repetidamente esta doctrina. De él aprendemos que el cuidado de los pobres es una obligación que

asumimos en el momento del bautismo. El profeta Alma enseñó: “Y aconteció que él les dijo: He aquí, éstas son las aguas de Mormón... y ahora, como estáis deseosos de entrar en el redil de Dios y ser llamados su pueblo, y estáis dispuestos a llevar las cargas los unos de los otros para que sean ligeras; sí, y estáis dispuestos a llorar con los que lloran; sí, y a consolar a los que necesitan de consuelo, y a ser testigos de Dios en todo tiempo y en todas las cosas... hasta la muerte... si esto es el deseo de vuestros corazones, ¿qué tenéis en contra de ser bautizados en el nombre del Señor... y servirle y guardar sus mandamientos?” (Mosíah 18:8–10.)

Toda persona que es bautizada y que recibe el don del Espíritu Santo, el cual sella la ordenanza, queda bajo un convenio solemne con el Señor de obedecer Sus mandamientos. Cuidar de los pobres es uno de esos mandamientos. Seguramente, en los tiempos del Libro de Mormón, los miembros de la Iglesia tenían la sagrada obligación de cuidar a los pobres.

Pocas, si acaso alguna, de las instrucciones del Señor han sido expresadas con más frecuencia o recibieron mayor énfasis que el mandamiento de cuidar de los pobres y necesitados. Nuestra dispensación no es la excepción. En diciembre de 1830, el mismo año en que la Iglesia fue organizada, el Señor decretó que “los pobres y los mansos tendrán el evangelio predicado a ellos, y estarán aguardando el tiempo de mi venida, porque está cerca.” (DyC 35:15.)

Se designaron obispos y se definieron sus deberes: “Ellos cuidarán de los pobres y los necesitados, y ministrarán a su alivio para que no padezcan.” (DyC 38:35.)

En 1831, el Señor dijo: “Acordaos de los pobres... y por cuanto impartáis de vuestros bienes a los pobres, a mí lo haréis.” (DyC 42:30–31.) Poco después declaró nuevamente: “Visitad a los pobres y necesitados y ministrad a su alivio.” (DyC 44:6.) Más tarde, ese mismo año, advirtió: “¡Ay de vosotros, ricos, que no dais

vuestros bienes a los pobres, porque vuestras riquezas corromperán vuestras almas!” (DyC 56:16.)

Con estas enseñanzas resonando en nuestra mente, repetidas una y otra vez en los relatos a todos los pueblos y en todos los días de la historia escrita de las Escrituras, volvamos nuestros pensamientos a los desamparados, a los mendigos en barcas, a los hombres convertidos en bestias de carga y a las multitudes azotadas por la pobreza.

¿Es posible ser fieles a nuestra solemne obligación de cuidar a los pobres y necesitados, de levantarlos y amarlos en todo el mundo? ¿Dónde debemos comenzar? ¿Cuándo? ¿Cómo? Escucha la respuesta del Dios Todopoderoso:

“Yo, el Señor, extendí los cielos y edificué la tierra, obra de mis propias manos; y todas las cosas que en ella hay son mías. Y es mi propósito proveer para mis santos, porque todas las cosas son mías.

Mas debe hacerse a mi propia manera; y he aquí, esta es la manera que he decretado para proveer a mis santos: que los pobres sean exaltados, en tanto que los ricos sean humillados.

Porque la tierra está llena, y hay suficiente y de sobra; sí, preparé todas las cosas y he dado a los hijos de los hombres para que sean agentes por sí mismos.

Por tanto, si algún hombre toma de la abundancia que he hecho y no imparte su porción, conforme a la ley de mi evangelio, a los pobres y necesitados, alzaré, con los inicuos, sus ojos en el infierno, estando en tormento.” (DyC 104:14–18.)

Repito la receta del Señor: “Mas debe hacerse a mi propia manera.” (DyC 104:16; énfasis agregado.) Empezamos donde estamos ahora, y obramos según Su plan. Su “propia manera” incluye estos principios: “Las mujeres tienen derecho a ser mantenidas por sus maridos... Todos los hijos tienen derecho a ser mantenidos por sus padres... y después de eso, tienen derecho a la

iglesia, o al almacén del Señor, si sus padres no lo tienen... Y el almacén se mantendrá con las consagraciones de la iglesia; y se proveerá para las viudas y huérfanos, así como para los pobres.” (DyC 83:2, 4–6.)

Una parte importante del almacén del Señor se mantiene cuando, donde sea posible, las familias fieles de la Iglesia almacenan una provisión para un año en sus hogares.

Algunos pueden preguntar: “¿Qué pasa con aquellos que son pobres porque son ociosos y no quieren trabajar?” Tales individuos deben escuchar estas palabras de advertencia: “No estarás ocioso; porque el que esté ocioso no comerá el pan ni vestirá las ropas del obrero.” (DyC 42:42.) “¡Ay de vosotros, pobres... que no queréis trabajar con vuestras propias manos!” (DyC 56:17.)

El juicio de dignidad lo realiza el obispo —y en última instancia, el Señor, como enseñó Nefi: “Con justicia juzgará el Señor Dios a los pobres, y reprenderá con equidad a los mansos de la tierra.” (2 Nefi 30:9.) No nos corresponde juzgar, sino que tenemos una obligación de convenio de cuidar a los pobres y necesitados, y de prepararnos para su regocijo cuando el Mesías vuelva otra vez. (Véase DyC 56:18–19.)

La “propia manera” del Señor incluye la confianza primero en uno mismo y luego en la familia. Así como los padres cuidan de los hijos, los hijos a su vez pueden corresponder cuando los padres llegan a ser menos capaces. El orgullo familiar fomenta la solicitud por cada miembro, dando prioridad sobre cualquier otra asistencia.

Si los miembros de la familia no pueden ayudar, la “propia manera” del Señor incluye la organización de la Iglesia. El obispo recibe la ayuda de los cuórums del sacerdocio y de las hermanas de la Sociedad de Socorro, organizadas para velar “por las necesidades de los pobres, buscando objetos de caridad y ministrando a sus necesidades.” (*Handbook of the Relief Society*, 1931, págs. 21–22).

Los miembros de cuórumes y grupos del sacerdocio tienen el deber de rehabilitar, espiritual y temporalmente, a sus hermanos errantes o desafortunados. Mientras un obispo extiende ayuda a una persona que temporalmente está sin trabajo, el cuórum procura empleo hasta que el individuo pueda sostenerse plenamente por sí mismo.

Como miembros de la Iglesia, tú y yo participamos en la “propia manera” del Señor. Por lo menos una vez al mes podemos ayunar y orar, y contribuir con ofrendas generosas a los fondos que permiten a los obispos distribuir ayuda. Esto es parte de la ley del evangelio. Cada uno de nosotros puede realmente ayudar a los pobres y necesitados —ahora y dondequiera que estén—. Y también nosotros seremos bendecidos y protegidos de la apostasía al hacerlo.

Existen limitaciones. Las medidas de ayuda son, en el mejor de los casos, temporales. Los almacenes pueden suplir solo algunas necesidades temporales. No todas las personas pueden ser llevadas al mismo nivel de vida. Y no todas las cosas necesarias se pueden lograr con bienes o con oro.

Para cuidar plenamente de los pobres, los pobres deben cambiar. Al ser enseñados y vivir las doctrinas de la Deidad, vendrá fortaleza espiritual que ilumina la mente y libera el alma del yugo de la esclavitud. Cuando los pueblos de la tierra aceptan el evangelio de Cristo, sus actitudes cambian y su entendimiento y capacidades aumentan.

Un poeta percibió el gran poder del Espíritu del Señor para elevar a una persona cuando escribió:

Lo supremo de tu plan,
la obra más maravillosa,
es que has puesto un anhelo de elevarse
en el corazón del hombre.

Ese anhelo de elevarse, nacido del conocimiento de las doctrinas divinas, transforma las almas. Permíteme compartir una ilustración contigo.

Hace algún tiempo la hermana Nelson y yo fuimos invitados al humilde hogar de unos santos polinesios que se habían unido a la Iglesia relativamente poco antes. Caminando con cuidado sobre tablones de madera, llegamos a su casa, edificada sobre pilotes que emergían del fondo del mar, y subimos por una escalera para entrar a su pequeña vivienda de una sola habitación. Mientras nos sentábamos sobre esteras de hierba recién tejidas, podíamos asomarnos por agujeros en el piso y ver el agua del mar debajo. Ese hogar carecía totalmente de muebles, excepto por una máquina de coser usada que les habían proporcionado las hermanas de la Sociedad de Socorro. Pero el amor y la calidez de esa familia especial eran evidentes.

“Queremos cantarles”, dijo el padre por medio de un intérprete. Puso un brazo alrededor de su esposa y el otro alrededor de los hijos, y ella hizo lo mismo. Cinco pequeños, vestidos con ropa recién cosida, se unieron a sus padres para cantar canciones que el padre había compuesto. Al concluir, dijo: “Estas canciones expresan nuestros sentimientos de profunda gratitud. Antes de unirnos a la Iglesia, teníamos tan poco. ¡Ahora tenemos tanto! Nuestras vidas han sido grandemente bendecidas por ser miembros de la Iglesia.”

Mientras enjugábamos las lágrimas de nuestras mejillas humedecidas, la hermana Nelson y yo nos miramos, comprendiendo que el evangelio trae una riqueza espiritual que, al principio, puede tener poca relación con la abundancia tangible. A la inversa, personas con abundancia material pueden ser espiritualmente pobres. Y sin embargo, el Señor se preocupa por todos ellos.

La obra misional en todo el mundo es parte del plan del Señor. Lleva la luz del evangelio a quienes aceptan la verdad. Luego, al aprender y obedecer los mandamientos de Dios, prosperarán. Esta promesa ha sido registrada por profetas en todos los tiempos y en diversos lugares. Al trabajar con empeño, quienes aceptan el plan del Padre adquieren un nuevo aprecio por lo que son y por su valor eterno. La rectitud, la independencia, la frugalidad, la laboriosidad y la autosuficiencia se convierten en sus metas personales. Estas cualidades transforman vidas. Con el tiempo, en la “propia manera” del Señor, los pobres dejarán de ser pobres.

El gozo llega por la mañana

El título de este mensaje se toma del Salmo 30:5: “El lloro puede durar toda la noche, pero a la mañana vendrá la alegría.” Cuando comenté esta escritura con los miembros de nuestra familia, recordaron que “los hombres existen para que tengan gozo” (2 Nefi 2:25), pero no habían reflexionado en el concepto tan interesante de que “el gozo llega por la mañana.”

Uno de los nuestros dijo: “Las noticias hablan casi a diario de personas con problemas de drogas, alcohol y angustias emocionales. ¿Cómo pueden ellas, y cómo podemos nosotros, alcanzar el gozo del que hablan las Escrituras?”

“El evangelio de Jesucristo ofrece esperanza”, respondí. “Declara que el gozo forma parte de nuestro destino divino. Y experimentar gozo por la mañana se convierte en nuestro desafío especial. La verdadera prueba es poder mirarse al espejo al comenzar el día y sentir gozo verdadero.”

Una de nuestras hijas, que había anunciado recientemente la llegada de un nuevo miembro a la familia, dijo: “Pero papá, ¡ese es el momento más difícil del día para mí!”

“Mis queridos”, contesté, “para experimentar el verdadero gozo por la mañana, o en cualquier momento, al menos se necesitan tres cosas. Uno debe sentirse bien con las personas con quienes vive y trabaja —los compañeros de la vida—. Debe sentirse bien consigo mismo, no en un sentido de vanidad, sino tener una estima

propia adecuada. Y quizás lo más importante: debe sentirse bien con su relación con Dios y amarlo sinceramente.”

Así como aconsejé a mi familia en esa conversación, todos nosotros podríamos considerar esos tres pasos para lograr un gozo real en la vida.

Primero, el gozo por la mañana comienza con la cortesía hacia los compañeros.

Cuando las sombras del sueño permiten que la luz del alba penetre, busco suavemente a mi amada compañera a mi lado. Encuentro dulce seguridad de que todo está bien con ella, aun antes de abrir completamente mis ojos. Eso me recuerda, incidentalmente, el consejo del presidente David O. McKay, quien dijo: “Durante el noviazgo debemos mantener los ojos bien abiertos, pero después del matrimonio mantenerlos medio cerrados.” (*Conference Report*, abril de 1956, pág. 9.)

Mi amada ha hecho precisamente eso. A través de nuestros largos años de estudios de posgrado, responsabilidades profesionales y una familia en crecimiento, ella no se quejó. Recientemente escuché una conversación que tuvo con jóvenes madres que sufrían tensiones similares. Le preguntaron cómo se las arreglaba con diez hijos y un esposo cuyo tiempo para ayudar era tan limitado. Su respuesta reflejó bondad: “Durante nuestros años difíciles no esperaba mucho, así que rara vez me sentía decepcionada.”

Ella es especial. Con ella resulta fácil obedecer la exhortación escritural: “Goza de la vida con la mujer que amas todos los días de tu vida.” (Eclesiastés 9:9.)

No todos tienen la bendición de un compañero tan maravilloso —al menos no todavía—. Muchos que están casados no pueden estar juntos tanto como quisieran. Afortunadamente, todos pueden disfrutar de la compañía de familia y amigos.

Recientemente, otro Autoridad General fue mi compañero en giras misionales a lugares polvorientos. En una ocasión, al regresar de mi ducha matutina, encontré con sorpresa que este considerado compañero había lustrado mis zapatos. Con gratitud me pregunté si cada uno de los treinta mil misioneros que sirven en la obra del Señor habría sido, y será, un amigo tan bondadoso como él lo fue conmigo, prestando con cariño simples actos de cortesía a un compañero.

El gozo llega por la mañana para quienes han ganado el descanso nocturno del trabajador. Uno de los más dulces retornos de la vida es el privilegio de brindar un servicio significativo y valioso a otros. Poder hacer por nuestros semejantes lo que ellos no pueden hacer por sí mismos brinda una satisfacción inigualable. Años de preparación valen la pena.

El gozo también proviene del servicio en la Iglesia. Alma expresó este pensamiento: “Y he aquí, cuando me glorío, no me glorío de mí mismo, sino de lo que el Señor ha mandado; sí, y esto es mi gloria: que quizá sea un instrumento en las manos de Dios para llevar a algún alma al arrepentimiento; y esto es mi gozo.” (Alma 29:9.)

A través del servicio en los templos, el concepto de cortesía hacia los compañeros puede extenderse noblemente a aquellos que han pasado más allá del velo. El evangelio trae alegres nuevas a los muertos y una voz de gozo para los vivos y para los muertos —para todos, alegres nuevas de gran gozo—. (Véase DyC 128:19.)

Aun cuando el velo de la muerte nos separa de los padres que tanto dieron para que existiéramos, su influencia justa continúa con nosotros. Y así como pueden observarnos desde las ventanas de los cielos, sus mañanas serán más brillantes si pueden decir verdaderamente, como lo hizo el apóstol Juan: “No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad.” (3 Juan 1:4.)

Por encima de todo, la cortesía hacia los compañeros no puede ser contaminada por la desobediencia a la ley de castidad. Ese pecado es el veneno mortal del gozo. La primera mirada de la mañana en el espejo no puede reflejar gozo si existe algún recuerdo de malas acciones de la noche anterior. El paso más seguro hacia el gozo en la mañana es la virtud en la noche. La virtud incluye la cortesía hacia los compañeros durante todo el día.

Segundo, el gozo viene al sentirnos bien con nosotros mismos.

El segundo de los dos grandes mandamientos del Señor conlleva una doble instrucción: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (Mateo 22:39.) Por lo tanto, el amor al compañero está regido, en parte, por la estima propia, y lo mismo ocurre con el gozo de la mañana.

Cada persona debería comprender la naturaleza de su propia alma. Se nos da una profunda enseñanza en esta revelación: “El hombre fue también en el principio con Dios. La inteligencia, o sea la luz de verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser. Porque el hombre es espíritu. Los elementos son eternos, y el espíritu y el elemento, inseparablemente unidos, reciben una plenitud de gozo; y cuando están separados, el hombre no puede recibir una plenitud de gozo.” (DyC 93:29, 33–34.)

Por lo tanto, tanto los elementos espirituales como los físicos deben nutrirse si hemos de alcanzar una estima propia adecuada.

La estima espiritual comienza con la realización de que cada nuevo día es un don de Dios. Incluso el aire que respiramos es un préstamo amoroso de Él. Nos preserva de día en día y nos sostiene de un momento a otro. (Véase Mosíah 2:21.) Por eso, nuestra primera obra noble de la mañana debe ser una humilde oración de gratitud. La Escritura aconseja: “Orarás a él, y él te oirá; y tú pagarás tus votos. Verás el rostro de Dios con alegría.” (Job 33:26; véase también Alma 34:21; 37:37.)

No comprendí plenamente la importancia de los saludos en oración hasta que me convertí en padre. Estoy muy agradecido de que nuestros hijos nunca hayan dado a su madre o a su padre el trato de silencio. Ahora percibo cuánto puede apreciar nuestro Padre Celestial nuestras oraciones, de mañana y de noche. También puedo imaginar el dolor de Su tristeza por el silencio de cualquiera de Sus hijos. Para mí, tal ingratitud parece comparable a peces dorados huraños, inconscientes de los bondadosos proveedores que esparcen alimento en su pecera. En verdad, quienes oran pueden “adorar a Dios con grandísimo gozo.” (Alma 45:1.)

Aprendí hace mucho tiempo que un período de estudio escritural ininterrumpido por la mañana trae un enriquecimiento duradero. Me siento como Jeremías: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón.” (Jeremías 15:16.) Las Sagradas Escrituras han sido repetidamente descritas como “alegres nuevas de gran gozo.” (Véase, por ejemplo, Helamán 16:14; Mosiah 3:3; Alma 13:22; Lucas 2:10.) A medida que aprendemos y obedecemos sus enseñanzas, ese gozo llega a ser parte de nuestras vidas.

El gozo llega por la mañana cuando los talentos personales se desarrollan. Cada uno de nosotros ha sido bendecido con un potencial único. No creo que pudiera levantarme lo suficientemente temprano como para llegar a ser un pintor de retratos. Pero he apreciado las enseñanzas desde mi niñez de parte de mis padres, quienes conocían el gozo que la buena música trae. Y algunos de los sonidos más dulces en nuestro hogar han sido los de los cantos e instrumentos de los hijos al mejorar sus talentos.

La confianza para comenzar cada mañana listo para enfrentar los desafíos del día proviene de la estima espiritual.

La estima física también requiere ser cultivada. Nuestros cuerpos merecen un cuidado consciente. Hago eco de esta declaración de Pablo: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de

Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.” (1 Corintios 3:16–17.)

El acondicionamiento físico mediante el ejercicio regular es importante. Y podemos hacer mucho más para mantener nuestros cuerpos fuertes.

En 1833, el Profeta José Smith recibió por revelación la Palabra de Sabiduría. Incluye estas sencillas directrices: no debemos beber alcohol, té ni café, y no debemos usar tabaco. Los profetas de nuestra generación también nos han dicho que evitemos las drogas nocivas. Hoy, la ciencia médica confirma cada vez más los beneficios físicos de cumplir con estas enseñanzas.

Los efectos dañinos del alcohol son tan ampliamente conocidos que apenas se necesita comentario adicional. El daño causado por el alcohol ha quedado demostrado, por ejemplo, en un estudio sobre la relación entre el consumo de alcohol en madres embarazadas y el peso al nacer de sus hijos. Resultados publicados recientemente por los *National Institutes of Health* revelaron que el consumo de una a dos bebidas alcohólicas al día se asociaba con un aumento sustancial del riesgo de dar a luz un bebé con crecimiento retardado.

Los científicos ahora saben que fumar tabaco es la principal causa prevenible de muerte en todo el mundo. Es la causa prevenible número uno de enfermedades del corazón, enfermedades pulmonares, enfermedades de las arterias y cáncer.

Otro informe indica que más de una cuarta parte de todas las muertes en los Estados Unidos son causadas actualmente por condiciones que los médicos clasifican como trastornos adictivos.

La obediencia a la Palabra de Sabiduría mantiene a una persona libre de todas esas adicciones. Esta protección se pronuncia por convenio en el último versículo de la sección 89 de Doctrina y

Convenios: “Y yo, el Señor, les doy un testimonio de que el ángel destructor pasará de ellos, como de los hijos de Israel, y no los matará.” (DyC 89:21.)

Esta referencia a la primera Pascua nos recuerda que, con fe, el Israel antiguo fue obediente al mandamiento de tomar sangre y “ponerla en los dos postes y en el dintel de las casas... Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá plaga en vosotros para destruirlos.” (Éxodo 12:7, 13.)

Así también, con fe, el Israel moderno ha sido mandado a obedecer la Palabra de Sabiduría. Ella se convierte en nuestra señal de un convenio con el Señor —un separador espiritual de Israel del convenio respecto al resto del mundo—.

“El gozo llega por la mañana” para quienes pueden pararse frente al espejo y sentirse limpios; para aquellos cuyas bocas están libres del sabor de lo que el Señor ha prohibido; para aquellos cuyos espíritus y cuerpos están libres de remordimientos.

Tercero, el atributo supremo hacia el gozo es el amor a Dios.

Incluso esa primera mirada en el espejo puede ser más grata cuando sabemos que fuimos creados a Su imagen. Cada uno de nosotros puede decir, como lo hizo el apóstol Pedro: “Me hiciste conocer los caminos de la vida; me llenarás de gozo con tu presencia.” (Hechos 2:28; véase también Salmo 16:11.)

Dios, quien nos dio la vida, también nos dio mandamientos para vivir, a fin de que tengamos gozo. Han sido revelados periódicamente por profetas, desde los días de Adán hasta el presidente Ezra Taft Benson. Un profeta antiguo escribió: “Considerad el estado bendito y feliz de aquellos que guardan los mandamientos de Dios. Porque he aquí, son bendecidos en todas las cosas, tanto temporales como espirituales.” (Mosíah 2:41.)

Para quienes no han conocido Sus caminos o se han desviado de ellos, recuerden: no es demasiado tarde para cambiar. Las bendiciones que provienen de la fe y del arrepentimiento aún pueden ser tuyas.

Para aquellos que se sienten derrotados y abatidos, busquen en las primeras horas del día su rescate. El Señor nos dijo: “Cesad de dormir más de lo necesario; acostaos temprano, para que no estéis cansados; levantaos temprano, para que vuestros cuerpos y vuestras mentes sean vivificados.” (DyC 88:124.)

El amanecer de un día más brillante anuncia un tiempo de perdón. Las sombras de la pena de ayer se disipan con los rayos de la oportunidad de la mañana temprana. El gozo proviene de nuestra posteridad, y nos regocijamos al verlos bendecidos por las ordenanzas de salvación y exaltación.

Nuestra familia experimentó eso de una manera especial cuando nuestra hija menor fue sellada a su compañero eterno en el santo templo. Allí, para presenciar este acontecimiento junto con otros miembros de la familia, estaban sus padres y sus ocho hermanas mayores con sus esposos. Para nosotros, verdaderamente hubo gozo en la mañana en ese día. Entonces sentimos de verdad la veracidad de la escritura: “Los hombres existen para que tengan gozo.” (2 Nefi 2:25.)

Estas experiencias, por gloriosas que sean, se convierten solo en un preludio de aquel gran día venidero cuando los fieles estarán en los postreros días sobre la tierra. Permanecerán en la Segunda Venida del Señor y estarán con Él cuando aparezca. (Véase Malaquías 3:2–12; 3 Nefi 24:2–12.)

En aquella mañana gozosa, el espejo reflejará el milagro de la primera resurrección. Los fieles serán coronados con gloria, inmortalidad y vidas eternas. (Véase DyC 75:5; 138:51.) Una vez más, “las estrellas todas del alba alababan, y se regocijaban todos los hijos [e hijas] de Dios.” (DyC 128:23; véase también Job 38:7.)

Porque en esa mañana, “se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá.” (Isaías 40:5; véase también Ezequiel 20:48; Lucas 3:6; DyC 101:23.)

Ama a tu prójimo

La preocupación del Señor por el uno es evidente de muchas maneras. En el capítulo 15 de Lucas solamente, se dan tres ilustraciones, todas relacionadas con la recuperación de uno que se ha perdido. Las parábolas de la oveja perdida, la dracma perdida y el hijo pródigo enfatizan la ansiedad que nuestro Señor siente por cada alma individual.

Una declaración del profeta del Señor en la tierra hoy en día transmite esa constante preocupación. La Primera Presidencia dijo recientemente: “Nos regocijamos en las bendiciones que provienen de la membresía y la actividad en esta iglesia, cuya cabeza es el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo.” Aquellos que no reciben las bendiciones de la plena actividad en la Iglesia son invitados a “volver y participar de nuevo de la mesa del Señor, y probar otra vez los dulces y gratificantes frutos de la hermandad con los Santos.” (*Church News*, 22 de diciembre de 1985, pág. 3.)

A veces, en nuestro celo por hacer lo correcto, podemos tropezar con nuestros propios zapatos. Nuestros esfuerzos por hacer el bien pueden ser socavados sin saberlo por las etiquetas que aplicamos. Las etiquetas son importantes. A un paquete especial lo marcamos como “frágil.” Llamamos a una hermosa flor una rosa, no obstante el hecho de que “una rosa con cualquier otro nombre tendría el mismo dulce aroma.” (William Shakespeare, *Romeo y Julieta*, Acto II, escena 2.)

Al estudiar el Antiguo Testamento, aprendemos el significado simbólico de los nombres dados a los grandes patriarcas. Abram,

por ejemplo, tenía un nombre que significa “padre exaltado.” Y justo cuando se estaba acostumbrando a ese nombre, después de noventa y nueve años, el Señor lo cambió de Abram a Abraham, para indicar que sería más que un padre exaltado. Llegaría a ser “padre de muchas naciones.” (Véase Génesis 17:1–5.)

Gabriel, engrandecido por muchas encomiendas celestiales, lleva un nombre que significa “hombre de Dios.”

El nombre Elías, que significa “mi Dios es Jehová,” contiene componentes de los nombres de Elohim y de Jehová. Llevando un nombre que significa al Padre y al Hijo, Elías fue el encargado de las llaves “para volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el de los hijos hacia los padres.” (DyC 110:15.)

Un niño que habla con lentitud puede expresarse con aún menos seguridad si otros lo declaran tartamudo. De hecho, alguna evidencia sugiere que la tartamudez se agrava simplemente por etiquetar a alguien como tartamudo.

Las palabras poco amables intercambiadas entre personas pueden herir profundamente, especialmente si se aplican etiquetas descorteses en el proceso. Las personas tienden a convertirse en lo que se espera de ellas. Las etiquetas transmiten esas expectativas. Las palomas se sienten cómodas en los compartimientos designados para palomas, y el correo puede ser clasificado cuando se separa en casillas etiquetadas. Pero las personas pueden ofenderse cuando se las etiqueta o clasifica. Sin embargo, somos tan propensos a etiquetarnos unos a otros. “Fumador,” “bebedor,” “inactivo,” “liberal,” “heterodoxo” son solo algunos términos aplicados, como si nuestro pensamiento no pudiera separar al autor del acto.

Permítanme citar extractos de una carta para ilustrar cuán dañinas pueden ser tales etiquetas:

Soy un exmormón. He estado “oficialmente” fuera de la Iglesia durante 6 meses... A pesar de todo, amaba la Iglesia SUD... Solo quisiera que la gente SUD supiera cómo se siente un exmormón y por qué dejé la Iglesia...

Descubrí que estaba en la lista de inactivos... Me sentí tan herido, como si mi propia iglesia me hubiera abofeteado...

Fue cuando más necesitaba la fortaleza de la Iglesia que me perdió. No recibí visitas de maestros orientadores ni de maestras visitantes, ni llamadas de la Sociedad de Socorro...

Extraño la Iglesia. Extraño la serenidad que sentía... Pero por mucho que la extraño, tengo demasiado miedo de regresar. Demasiado miedo de ser herido, demasiado miedo de sentirme “feo e impopular.” (*The Latter-day Sentinel*, 14 de julio de 1984, pág. 2.)

A los ojos de Dios, todos somos Sus hijos. Todos somos hermanos y hermanas. Millones que se han unido a la Iglesia han testificado al Señor en el momento de su bautismo su disposición de tomar sobre sí Su nombre y guardar Sus mandamientos. Habiendo entrado por la primera puerta, la del bautismo, para emprender el sendero estrecho y angosto, los miembros de la Iglesia pueden progresar en el camino hacia la salvación y la exaltación. Pero todos somos únicos. Cada uno progresa a su propio ritmo. Cada alma es escogida, preciosa a la vista del Señor, independientemente de las luchas a causa de fracasos o de los desafíos provenientes de actos imprudentes. Muchos, si no la mayoría de nosotros, tropezaremos y caeremos en algún punto del camino.

Espero que podamos enseñar a cada líder de la Iglesia a amar y elevar a todos los miembros, pero especialmente a aquellos que han tropezado en este sendero. Los líderes están en un nivel más alto de percepción y pueden mirar hacia atrás, a quienes ascienden, para ver con más claridad a los que están en apuros. “Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del

solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante.”
(Eclesiastés 4:10.)

En el futuro, espero que podamos levantar a más personas de regreso al camino. La prevención es mejor que el tratamiento de cualquier enfermedad. Cuando las entrevistas revelan aun los síntomas más leves de enfermedad espiritual, la ayuda brindada en ese momento puede ser la más terapéutica. Creo que esto es lo que el Señor quiso decir cuando nos enseñó, por medio de Su profeta, a “fortalecer las manos cansadas y afirmar las rodillas endebles; y haced sendas derechas para vuestros pies.” (Hebreos 12:12–13.) Porque ese sendero correcto conduce a la gloriosa puerta que permite que las bendiciones del sacerdocio lleguen a nuestras vidas: la puerta del templo. Esa es la razón suprema de nuestra membresía en la Iglesia, que podamos disfrutar de todas las bendiciones que allí nos esperan a nosotros y a nuestras familias.

Los obstáculos en el camino, como la adicción al tabaco o a bebidas estimulantes como el café y el té, no deben levantar barreras artificiales que nos separen como hermanos y hermanas, ni impedir a una persona el cumplimiento de su potencial.

Hace años, por ejemplo, se me asignó como maestro orientador a una pareja especial. Una esposa fiel y maravillosa nos recibía en su hogar mientras que su esposo se retiraba a una pequeña habitación llena de equipo de radioaficionado. Pero nuestra preocupación por él fue suficiente como para tolerar el denso humo de sus cigarros, mientras respondía de mala gana a nuestras preguntas sobre los principios de la radio. A medida que nuestras visitas continuaron, las barreras iniciales se derritieron en lazos de una entrañable amistad. Nuestras esposas se hicieron grandes amigas también. La dulzura de su alma comenzó a salir a la luz. Refinó su vida. Ahora, más de treinta años después, vemos hacia atrás su distinguido servicio como presidente de estaca, presidente

de misión y presidente de templo. Y recientemente tuve el gran privilegio de ordenar a este querido amigo mío como patriarca.

Pablo escribió a los Gálatas: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre... Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo... Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.” (Gálatas 6:1–2, 10.)

Una esposa sufre a causa de las actividades erradas de su esposo. Los padres se entristecen cuando sus seres queridos se extravían. Pero las Escrituras contienen grandes promesas, particularmente para aquellos que aprendieron el evangelio en su juventud. “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.” (Proverbios 22:6.)

Job expresó esperanza con esta analogía: “Porque si el árbol fuere cortado, aún queda de él esperanza; retoñará aún, y sus renuevos no faltarán. Si se envejeciere en la tierra su raíz, y su tronco fuere muerto en el polvo, al percibir el agua reverdecerá, y hará copa como planta nueva.” (Job 14:7–9.)

Ese “perfume del agua” es el maravilloso refrigerio del amor. La mayoría de los que se han apartado de la plena comunión en la Iglesia lo han hecho no por disputas doctrinales, sino por dolor, descuido o falta de amor. El progreso hacia la plena participación en las bendiciones del evangelio no necesita nuevos programas, solo una nueva visión de amor, la cual puede ofrecerse mejor por medio de amigos y vecinos.

Alguien preguntó al Salvador: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?” Jesús respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.” (Mateo 22:36–40.)

No existen fórmulas rápidas y fáciles que puedan prepararse en las oficinas generales de la Iglesia y enviarse a los líderes locales del sacerdocio. El amor no puede transmitirse a la distancia, ni siquiera con la nueva tecnología. Estos dos grandes mandamientos deben ser aplicados por los líderes de la Iglesia a nivel local. La manera de edificar la Iglesia en cada estaca y misión es “predicar el evangelio... y hacer que mi iglesia se establezca.” (DyC 28:8.)

Cuando eso sucede, resultan grandes bendiciones de valor eterno: “Porque los que son fieles en obtener estos dos sacerdocios de que he hablado, y en magnificar sus llamamientos, son santificados por el Espíritu para la renovación de sus cuerpos. Llegan a ser los hijos de Moisés y de Aarón y la descendencia de Abraham, y la iglesia y el reino, y los escogidos de Dios.” La escritura promete aún más: “Y todo el que recibe este sacerdocio, a mí me recibe, dice el Señor; porque el que recibe a mis siervos, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, recibe a mi Padre; y el que recibe a mi Padre, recibe el reino de mi Padre; por tanto, todo lo que mi Padre tiene le será dado.” (DyC 84:33–38.)

Tales bendiciones de significación suprema realmente valen nuestros esfuerzos, tanto por nosotros mismos como por nuestros prójimos. Los cuórums del sacerdocio y las hermanas de la Sociedad de Socorro son una parte indispensable de esta preparación. Sus agendas deberían centrarse más en los asuntos de nuestro Padre —la hermandad, la sororidad y las bendiciones— que en las disputas.

La fortaleza unida en un compromiso mutuo se describe en este pasaje del Libro de Mormón: “Y todos eran jóvenes, y sumamente valientes para su valor y fuerza y actividad; mas he aquí, esto no era todo: eran hombres verídicos y serios, porque se les había enseñado a guardar los mandamientos de Dios y a andar rectamente delante de él en todo tiempo.” (Alma 53:20–21.)

En la iglesia de nuestro amoroso Señor, todos nos necesitamos unos a otros. Pablo explicó esto comparando a los santos con partes del cuerpo: “Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo?... Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito; ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.” (1 Corintios 12:15–16, 21, 27.)

Mientras nos fortalecemos para nuestras poderosas tareas redentoras, prestemos atención a esta inspirada oración del Libro de Mormón: “Oh Señor, concédenos que tengamos éxito en volver a traer a nuestros hermanos a ti en Cristo. He aquí, oh Señor, sus almas son preciosas, y muchos de ellos son nuestros hermanos; concédenos, pues, oh Señor, poder y sabiduría para traer de nuevo a estos, nuestros hermanos, a ti.” (Alma 31:34–35.)

Dejemos de poner etiquetas a nuestros hermanos y hermanas. Ellos no son extraños, “sino conciudadanos con los santos, y miembros de la familia de Dios.” (Efesios 2:19.) Aprendamos todos a amar a Dios y a amarnos los unos a los otros. La obediencia a estos dos grandes mandamientos coronará nuestros esfuerzos con éxito. “De cierto, así dice el Señor: digo a vosotros, los que os llamáis por mi nombre y procuráis ser mis santos, que si hicieréis mi voluntad y guardareis mis mandamientos... podréis estar preparados para lo que está en reserva en el tiempo venidero.” (DyC 125:2.)

Ese tiempo será glorioso, especialmente cuando se comparta con todas las ovejas del redil, sin que ninguna se pierda. Bendeciremos las vidas de nuestras familias, amigos y vecinos al ayudarles a prepararse para el gran día del Señor, que está cercano.

La verdad y más

Cuando estaba en la facultad de medicina, me enseñaron que uno nunca debía tocar el corazón humano, porque si lo hacía, dejaría de latir. Ese era entonces el límite de nuestro conocimiento de la verdad. Recuerdo nuestros primeros experimentos con animales, durante los cuales nos atrevimos con cuidado a abrir el pecho e incidir el pericardio (el saco que rodea el corazón) solo después de inyectar novocaína para anestesiarse el corazón a fin de que “no supiera” que íbamos a entrar. Funcionó. Posteriormente descubrimos que el corazón continuaba funcionando incluso si no lo anestesiábamos. Seguía latiendo alegremente aunque lo tocáramos, lo sostuviéramos o lo cosiéramos. Como resultado de esos primeros experimentos y de posteriores estudios más detallados —además de los trabajos de muchos otros— todos con el fin de encontrar más verdad, la cirugía segura del corazón se ha convertido ahora en algo común en la mayoría de las naciones de la tierra.

Ese antecedente, tomado de mi propia experiencia personal, puede servir para distinguir entre “verdad relativa” y “verdad absoluta.” De hecho, al inicio de mi formación profesional, un instructor dijo que todo lo que se enseñaba en la facultad de medicina debía llevar un cartel que dijera: “Este es nuestro entendimiento actual de la verdad... hasta que después se demuestre que es falso.”

Por supuesto, la verdad en sí no es “relativa.” Es el entendimiento del hombre sobre la verdad lo que realmente es “relativo.”

Los investigadores saben que solo una pequeña fracción de la totalidad de la “verdad absoluta” es conocida. Allí radica el atractivo de la investigación. Pocas recompensas son tan emocionantes como el descubrimiento de la verdad a través de una investigación bien realizada. Pero la verdad proclamada por la Deidad es tan absoluta como la misma Deidad. Se define como “el conocimiento de las cosas como son, como fueron y como han de ser.” (DyC 93:24.)

La gloria de la verdad se revela en estas palabras del Maestro: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” (Juan 8:31–32.) La verdad literalmente nos libera de la esclavitud que trae la ignorancia.

Muchas grandes personas han estado imbuidas de una pasión por la verdad. Uno de ellos fue John Jaques, nacido en Inglaterra el 7 de enero de 1827, hijo de padres metodistas wesleyanos. Su padre debió ser bastante estricto con él, porque los recuerdos de su niñez incluyeron la anotación de que su madre, con misericordia, lo escondía en los pliegues de su delantal cuando su padre quería azotarlo. De niño, John recogía estiércol de caballo a lo largo del camino y lo vendía a los granjeros como fertilizante. Una buena carreta llena se vendía por cuatro chelines.

En su juventud, registró que buscaba con ahínco la religión verdadera. Después de un intenso estudio con los misioneros que le enseñaron el evangelio, fue bautizado en 1845, a los dieciocho años, y llegó a ser miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

El austero padre de John, molesto al escuchar esta noticia, escribió: “Yo deseaba que asistieras a la capilla wesleyana. Ellos [los mormones] no te enseñan a honrar y obedecer a tus padres. Espero que abandones la idea de pertenecer a tal grupo... Es ficción.”

La respuesta de John, escrita el 14 de marzo de 1847, cuando apenas tenía veinte años de edad, incluyó estas palabras: “Querido Padre: Oraría... para que yo sea guiado e instruido en toda verdad, a fin de comprender las cosas del Reino de Dios y poder compartir mis ideas contigo... y ser capaz de entender la verdad... Antes de concluir, daré humilde testimonio de la verdad de la obra que el Señor ha comenzado... Desde que [me uní a la Iglesia] se me han abierto los ojos y he podido comprender la verdad. Puedo testificar de la verdad... de las doctrinas... de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.”

John comparó la verdad del evangelio con un diamante, mientras que describió “el escaso barniz de educación... de los religiosos” como “la simple piedrecilla de un arroyo.” (Stella Jaques Bell, *Life History and Writings of John Jaques*, págs. 19–21.)

A los veintitrés años, John Jaques escribió estas inmortales líneas:

Oh, decid, ¿qué es la verdad? Es la joya más pura
que el tesoro del mundo puede brindar,
y su valor sin precio brillará aún más
cuando el regio y costoso cetro de un rey
se estime como polvo sin par.

Sí, decid, ¿qué es la verdad? Es el más alto laurel
al cual aspiran mortales y dioses por igual.
Buscad en las honduras donde su fulgor reposa,
o ascended en pos de ella a las cumbres gloriosas:
es noble deseo sin final.

El cetro del déspota caerá de su mano
cuando enfrente la justicia con rigor.
Mas el pilar de la verdad firme se alzará,
y sus muros enraizados resistirán el vendaval
y el naufragio del tirano opresor.

Entonces decid, ¿qué es la verdad? Es el fin y el principio,
trasciende el límite del tiempo terrenal.

Aunque los cielos pasen y la tierra se deshaga,
la verdad, suma de la existencia, firme se alza,
eterna, inmutable, celestial.

(Himnos, N° 272)

El hermano Jaques pasó sus últimos años en la Oficina del
Historiador de la Iglesia, donde trabajó como asistente del
historiador desde 1889 hasta su muerte, el 1 de junio de 1900.

Es interesante notar que antes, como élder, John Jaques sirvió
como misionero en Stratford-upon-Avon, la cuna de William
Shakespeare. Recordamos la inclinación de Shakespeare por la
verdad. Esta declaración fue hecha a través de su personaje
Polonio:

“Esto sobre todo: sé fiel a ti mismo,
y debe seguir, como la noche al día,
que entonces no podrás ser falso con ningún hombre.”
(*Hamlet*, Acto I, escena 3.)

Quizás menos conocidas son estas líneas pronunciadas por Isabella
en el quinto acto de *Medida por medida*:

“Esto es tan verdadero como extraño.
No, es diez veces verdad, porque la verdad es verdad
hasta el fin de los tiempos.”

Esa expresión refleja estrechamente la enseñanza del Señor: “Mi...
verdad permanece y no tiene fin.” (DyC 88:66.)

De la carta fundacional de la Universidad Duke, en Carolina del
Norte, leemos:

Los objetivos de la Universidad Duke son afirmar una fe en la unión
eterna del conocimiento y la religión, tal como se establece en las
enseñanzas y el carácter de Jesucristo, el Hijo de Dios; promover el

aprendizaje en toda semejanza de la verdad; defender la erudición contra toda noción e ideal falsos; desarrollar un amor cristiano por la libertad y la verdad; fomentar un espíritu sincero de tolerancia; desalentar toda disputa sectaria o partidista; y brindar el mayor servicio permanente al individuo, al estado, a la nación y a la iglesia. Con tales fines se administrarán siempre los asuntos de esta universidad.

La búsqueda de la verdad no es solo institucional; también es individual. Hace treinta años, cuando estábamos embarcándonos en un mar desconocido al inicio del desarrollo de la cirugía a corazón abierto en seres humanos, programaba solo una de esas operaciones al mes. Cada operación era un enfrentamiento con el terror, que generalmente nos colocaba cara a cara con la muerte, con lo desconocido y con las limitaciones impuestas por nuestra propia ignorancia. Ese enfrentamiento nos obligaba a regresar al laboratorio para superar las deficiencias encontradas en la experiencia previa. Luego, cuando estábamos fortalecidos y preparados al resolver un problema específico, volvíamos a entrar en el torbellino de otra experiencia, aprendiendo poco a poco parte de la verdad sobre la cual algún día podrían sostenerse los principios de la cirugía segura a corazón abierto.

La verdad estaba allí todo el tiempo. Era absoluta, parte de la incontrovertibilidad de la ley divina que necesitábamos conocer si queríamos tener éxito. A medida que avanzábamos hacia esa luz, descubríamos que la verdad daba reproducibilidad y seguridad donde antes, en la oscuridad, acechaban los espectros del miedo, el azar y el desastre. Aprendí el notable potencial de la verdad. Es una espada poderosa: un instrumento que puede blandirse igual que el bisturí de un cirujano. Puede ser guiada para bendecir. Pero también puede ser aplicada torpemente para herir, lisiar, dañar e incluso destruir.

¿Puedo darte una ilustración? Imagina a un cirujano que acaba de operar a un paciente y descubre cáncer que invade órganos vitales

del cuerpo. Está extendido y más allá de toda cura. Con este conocimiento, el cirujano se acerca a la familia y al paciente y fríamente anuncia que el paciente tiene un cáncer avanzado, que no hay esperanza y que está condenado a morir. Al cumplir con su deber de compartir esa información, el cirujano ha dicho la verdad, pero con total abandono se ha alejado del torbellino que esa verdad dejó tras de sí.

Otro cirujano, con la misma información y con compasión, se acerca a la familia con la verdad y algo más. Expone la verdad y luego indica con misericordia que, aunque el camino por delante será difícil y desafiante, el paciente y su familia no serán abandonados. Serán apoyados con todos los recursos disponibles de él como su médico atento.

Otra escena, muy familiar para mí, puede ilustrar aún más. Un médico puede decirle a un paciente con enfermedad cardíaca terminal que su corazón está desgastado y no hay reparaciones posibles. La condición está más allá de toda esperanza de ayuda médica o quirúrgica significativa, y no se puede hacer nada más. El médico entonces da de alta al paciente de su cuidado. La verdad ha sido dicha, pero nada más. Otro médico que administra la verdad y algo más agrega su compromiso de aliviar la carga tanto como lo permitan sus capacidades.

Estas dos ilustraciones muestran que, por importante que sea la verdad, a menudo necesitamos la verdad y algo más.

Emily Dickinson expresó este concepto conmovedoramente: *“La verdad debe deslumbrar poco a poco, o de lo contrario todo hombre quedará ciego.”*

Como lema que fomenta la verdad y algo más, me gusta la prueba cuádruple de Rotary International:

1. ¿Es la verdad?
2. ¿Es justo para todos los interesados?

3. ¿Promoverá buena voluntad y mejores amistades?

4. ¿Será beneficioso para todos?

En las Escrituras sagradas, la palabra verdad se combina con expresiones de misericordia en el mismo versículo cuarenta y siete veces. La verdad se une con formas de rectitud o justicia en cuarenta y dos pasajes de las Escrituras.

El salmista escribió, por ejemplo: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron.” Este versículo es seguido por la profecía de la venida del Libro de Mormón: “La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos.” (Salmo 85:10–11.)

Un mensaje similar proviene del Señor en el libro de Moisés: “De los cielos haré descender la justicia; y de la tierra haré salir la verdad para dar testimonio de mi Unigénito.” (Moisés 7:62.)

Nosotros también podemos medir la verdad con el estándar de la misericordia, si obedecemos estos pasajes de Proverbios: “¿No yerran los que piensan el mal? Mas misericordia y verdad alcanzarán los que piensan el bien.” (Proverbios 14:22.) “Con misericordia y verdad se corrige la iniquidad.” (Proverbios 16:6.)

Aquellos que tienen el privilegio de ser miembros de la Iglesia, en la cual afirmamos dar testimonio y guardar convenios, harían bien en recordar este salmo: “Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad para los que guardan su pacto y sus testimonios.” (Salmo 25:10.) El salmista agregó esta observación: “Mas tú, Señor, Dios misericordioso y clemente, tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad.” (Salmo 86:15.)

De otro modo, la espada de la verdad, cortante y afilada como el bisturí de un cirujano, podría no estar gobernada por la justicia ni por la misericordia, y podría usarse de manera descuidada para avergonzar, rebajar o engañar a otros.

Esto me recuerda una experiencia personal. Yo estaba sirviendo (con cierto sacrificio personal) como consultor para el gobierno de los Estados Unidos en su Centro Nacional para el Control de Enfermedades en Atlanta, Georgia. Una vez, mientras esperaba un taxi que me llevara al aeropuerto después de que nuestras reuniones habían terminado, me recosté en el césped para disfrutar de unos bienvenidos rayos de sol antes de regresar al clima invernal de enero en Utah. Más tarde, recibí por correo una fotografía, tomada por un fotógrafo con un lente telefoto, que captó mi momento de descanso sobre el césped. Debajo llevaba un pie de foto que decía: *“Consultor gubernamental en el Centro Nacional.”* La imagen era verdadera, el pie de foto era verdadero, pero la verdad fue usada para promover una falsa impresión. Sí, la verdad incluso puede usarse para transmitir una mentira.

De hecho, en algunos casos, la compañera misericordiosa de la verdad es el silencio. Algunas verdades es mejor dejarlas sin decir. Mi madre me expresó ese pensamiento a menudo con este sencillo consejo: “Russell, si no puedes decir algo bueno de alguien, no digas nada.” Podría añadir, incidentalmente, que su instrucción fue un verdadero desafío para mí, pues toda mi vida profesional me exigí decirles a mis pacientes cuáles eran las anormalidades que padecían.

Vivimos en una época en la que los políticos, en ocasiones, escarban en busca de “verdades” que degraden a un oponente. Vivimos en un tiempo en que algunos periodistas pueden no estar satisfechos con informar las noticias, sino que procuran crear noticias mediante técnicas periodísticas diseñadas para menospreciar la labor valiosa de otro. Hoy vivimos en una temporada en la que ciertos historiadores interesados en sí mismos se rebajan a escarbar en busca de “verdades” que difamen a los muertos y a los indefensos. Algunos pueden sentirse tentados a socavar lo que es sagrado para otros, disminuir la estima de nombres honrados o despremiar los esfuerzos de individuos

venerados. Parecen olvidar que la grandeza de las mismas vidas que examinan es lo que ha dado al historiador el pedestal desde el cual tal obra puede tener algún interés.

Pero estas tentaciones no son nuevas. En relación con ellas, el presidente Stephen L Richards expresó preocupaciones similares hace más de treinta años:

Si un hombre histórico ha conseguido a lo largo de los años un lugar alto en la estima de sus compatriotas y semejantes y ha llegado a estar arraigado en sus afectos, parece haberse convertido en un pasatiempo agradable para investigadores y eruditos hurgar en el pasado de tal hombre, descubrir, si es posible, algunas de sus debilidades y luego escribir un libro exponiendo presuntos hallazgos factuales inéditos, todo lo cual tiende a robar al personaje histórico la estima idealista y veneración en la que pudo haber sido tenido a través de los años.

... Si un personaje histórico ha hecho una gran contribución al país y a la sociedad, y si su nombre y sus hechos se han usado a lo largo de las generaciones para fomentar altos ideales de carácter y servicio, ¿qué bien se logra sacando a la luz del pasado y explotando debilidades que, tal vez, un público contemporáneo generoso perdonó?

... Quizás, con propiedad, podríamos examinar sus objetivos al destruir este idealismo respecto a nuestros héroes y grandes hombres de la historia. Tal vez... su investigación y escritura están motivadas por un deseo de mostrar que los hombres pueden ser humanos, con debilidades humanas, y aun así ser grandes. Si dijeran que ese fue su propósito, me inclinaría a dudarle, y mucho más a creer que sus escritos fueron motivados por el deseo de ganar dinero con revelaciones sensacionalistas y desagradables. (*Where Is Wisdom?* pág. 155.)

La extorsión mediante la amenaza de divulgar una verdad se denomina “chantaje.” ¿No está estrechamente relacionada la

divulgación sórdida con fines de atención personal o ganancia económica?

Pablo percibió el sabio juicio necesario al blandir la poderosa espada de la verdad, cuando enseñó: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado... que usa bien la palabra de verdad.” (2 Timoteo 2:15; énfasis añadido.) Usar bien la palabra de verdad implica la responsabilidad de repartirla con sabiduría, cuidando de no herir ni destruir. Por eso, muchas escrituras advierten sobre la necesidad de unir la verdad con la justicia. Aquí tienes seis ejemplos:

- “David mi padre... anduvo delante de ti en verdad y en justicia.” (1 Reyes 3:6.)
- “¿Quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo? El que anda en integridad y hace justicia, y habla verdad en su corazón. El que no calumnia con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni admite reproche contra su vecino.” (Salmo 15:1–3.)

Cristo... es la palabra de verdad y de rectitud. (Alma 38:9.)

“Comenzaron a guardar sus estatutos y mandamientos, y a andar en verdad y rectitud delante de él.” (Helamán 6:34.)

“El fruto del Espíritu está en toda bondad, justicia y verdad.” (Efesios 5:9.)

“Que todo hombre se cuide de no hacer lo que no sea en verdad y en rectitud delante de mí.” (DyC 50:9.)

Otra escritura se refiere a la segunda venida del Salvador:

“Así ha dicho Jehová de los ejércitos:... ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios, en verdad y en justicia.” (Zacarías 8:7–8.)

No me malinterpreten. No condeno la revelación de información negativa en sí misma. Un fiscal que descubre un desfalco combina tanto la verdad como la justicia. Un periodista que informa con corrección sobre la traición de la confianza oficial combina la

verdad con la rectitud. Los médicos que determinaron que las sangrías antiguas hacían más daño que bien fortalecieron la verdad con luz.

Pero cualquiera que sea tentado a hurgar en los anales de la historia, para combinar la verdad con la injusticia, o la verdad con la intención de difamar o destruir, debe escuchar esta advertencia de las Escrituras: “La justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá. Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad.” (Romanos 1:17–18.)

Aquellos que, a causa de la “verdad,” puedan sentirse tentados a convertirse en disidentes contra el Señor y contra Sus ungidos, deben sopesar cuidadosamente su acción al leer esta sagrada escritura: “Estos disidentes, habiendo tenido la misma instrucción y la misma información... sí, habiendo sido instruidos en el mismo conocimiento del Señor, sin embargo, es extraño decirlo, no mucho tiempo después de su disensión se volvieron más endurecidos e impenitentes, y... inicuos... olvidándose enteramente del Señor su Dios.” (Alma 47:36.)

Cuando maestros y escritores abandonan la elevada ética de sus honradas profesiones, pasando del informe legítimo a festinarse con revelaciones sensacionalistas e inútiles que apelan temporalmente a unos pocos aduladores, su obra se inclina más hacia el chisme que hacia el evangelio. Aún peor, si ellos “alzaren el talón contra mi ungido, dice el Señor... su canasto no se llenará, sus casas y sus graneros perecerán, y ellos mismos serán despreciados por aquellos que los adularon.” (DyC 121:16, 20.)

Las Escrituras nos enseñan que las comodidades de la prosperidad, si están contaminadas con semillas de egoísmo y disensión contra el Señor (o contra Sus ungidos), constituyen una combinación

peligrosa. Estos versículos son una solemne advertencia para todos nosotros:

“El mismo tiempo en que él prospera a su pueblo, sí, en el incremento de sus campos, sus rebaños y sus manadas, y en oro, y en plata, y en toda clase de cosas preciosas... para el bienestar y felicidad de su pueblo; sí, entonces es cuando endurecen sus corazones, y se olvidan del Señor su Dios, y hollan bajo sus pies al Santo de Israel; sí, y esto por causa de su comodidad y su excesiva prosperidad... Sí, ¡qué rápido se enorgullecen!; sí, ¡qué rápidos en jactarse y en hacer toda clase de iniquidad!; y ¡qué lentos en recordar al Señor su Dios y en prestar oído a sus consejos!; sí, ¡qué lentos en andar por las sendas de la sabiduría! He aquí, no desean que el Señor su Dios, que los creó, gobierne y reine sobre ellos; no obstante su gran bondad y su misericordia hacia ellos, desprecian sus consejos, y no quieren que él sea su guía.” (Helamán 12:2–6.)

Si las personas verdaderas y justas guardan silencio, prevalecerán aquellos que usan la verdad con injusticia. Desde su perspectiva en la historia, Winston Churchill observó: “¡Cómo la malicia de los malvados fue reforzada por la debilidad de los virtuosos... cómo el camino intermedio adoptado por deseos de seguridad y de una vida tranquila puede conducir directamente al blanco mismo del desastre!” (*The Gathering Storm*, págs. 15–16.)

Debemos darnos cuenta de que estamos en guerra. La guerra comenzó antes de que existiera el mundo, y continuará. Las fuerzas del adversario están presentes sobre la tierra. Todos nuestros motivos virtuosos, si se transmiten solo por inercia y timidez, no pueden igualar la perversidad resuelta de quienes se oponen a nosotros.

Todo Santo de los Últimos Días debe pensar, hablar y escribir en todo el mundo en consonancia con este proverbio: “Porque mi boca hablará verdad, y la impiedad son abominación a mis labios.

Justas son todas las razones de mi boca; no hay en ellas cosa perversa ni torcida.” (Proverbios 8:7–8.)

La palabra verdad se usa 435 veces en las Escrituras. He estudiado cada una de ellas. En 374 de esos casos, la verdad se combina en el mismo versículo con algún término fortalecedor, tales como:

- espíritu 59
- misericordia (-ioso) 47
- justicia (-osidad) 42
- santo (-idad) 36
- juicio 23
- luz 23
- gracia 22
- bondad (-oso, -ad) 21
- amor 18
- paz 16
- justicia (-o) 13
- fe (-elidad) 12
- benignidad 11
- sabiduría 10
- sobriedad 5
- santificado 4
- amabilidad 3
- sinceridad 3
- libre 2

- piedad 2
- longanimidad 1
- valiente 1

Total: 374

La mayoría de las referencias en las Escrituras ejemplifican la importancia de la verdad y algo más.

¿Qué nos dicen estas cifras? Que la verdad y algo más aportan más que la verdad sola. Así como los bueyes pueden estar igualmente unidos bajo un mismo yugo para lograr lo que uno no podría hacer solo, de igual manera el poder de la verdad se incrementa si está igualmente unido con la justicia, con la misericordia o con el espíritu de amor.

La verdad, al igual que la justicia, puede ser dura e implacable cuando no se temple con misericordia. Pero cuando la verdad es magnificada por la misericordia o rectificada por la justicia, puede convertirse de una fuerza destructora en una fuerza para bendecir—ya sea en el hogar, en la Iglesia o en nuestro trabajo.

Nuestro es el glorioso privilegio de buscar la verdad, enseñar la verdad y aplicarla con rectitud en el servicio a los demás. Somos hijos e hijas de Dios comprometidos en Su obra. Que cada uno de nosotros se vuelva en unidad hacia un compromiso con la verdad y algo más en nuestros hogares y dondequiera que andemos.

Las Llaves del Sacerdocio

Ustedes saben cuán valiosas pueden ser las llaves. Muchas, si no la mayoría de las personas, llevan llaves en sus bolsillos. Pero algunas llaves, aunque invisibles, son mucho más importantes que aquellas que son tangibles. Son preciosas y poderosas. Algunas pueden abrir y cerrar tanto en el cielo como en la tierra. Hablo de las llaves del sacerdocio.

Antes de mi llamamiento al Quórum de los Doce, serví como médico y cirujano. Había obtenido dos títulos doctorales. Había sido certificado por dos juntas de especialidades. Esa larga preparación consumió muchos años, sin embargo, no me otorgaba ningún permiso legal. Se requerían llaves. Estas las poseían las autoridades del gobierno estatal y de los hospitales en los que yo deseaba trabajar. Una vez que quienes tenían la debida autoridad ejercían esas llaves concediéndome una licencia y permiso, entonces yo podía realizar operaciones. A cambio, estaba obligado a obedecer la ley, ser leal y entender, además de no abusar, del poder del bisturí de un cirujano. Los importantes pasos de preparación, permiso y obligación se aplican igualmente a otras ocupaciones.

¿Por qué es más importante el poder de actuar en el nombre de Dios que esas llaves? Porque tiene significado eterno. Debemos entender la fuente de nuestra autoridad y algo acerca de las llaves que controlan su poder. Ellas pueden beneficiar a todo hombre, mujer y niño que ahora vive, que ha vivido y que aún vivirá sobre la tierra.

Consideremos las llaves del sacerdocio a través de tres escenas de la historia: en los días antiguos, durante el ministerio mortal del Señor y en los tiempos modernos.

Escena Uno: Los Días Antiguos

La primera escena se refiere a las llaves del sacerdocio en los días antiguos, incluso antes de la creación de la tierra. Existíamos entonces como hijos espirituales de Dios. Abraham era uno de nosotros. Se le dijo que estaba entre los gobernantes elegidos aun antes de nacer. (Véase Abraham 3:23.) Las Escrituras también relatan que el Señor Dios preordenó sacerdotes preparados desde la fundación del mundo, de acuerdo con Su presciencia. Así, nuestro llamamiento al santo sacerdocio fue previsto antes de nacer. (Véase Alma 13:1–5.)

Sabemos que Adán recibió autoridad del sacerdocio antes de que el mundo fuera formado. (Véase *Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 157–158, 166–167; véase también DyC 78:16.)

El potencial del sacerdocio es tan vasto que comprenderlo es un desafío. El Profeta José Smith declaró: “El Sacerdocio es un principio eterno, y existió con Dios desde la eternidad y hasta la eternidad.” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 157.)

El presidente Brigham Young explicó que el sacerdocio es “la ley por la cual los mundos son, fueron y continuarán para siempre jamás.” (*Discourses of Brigham Young*, ed. 1941, pág. 130.)

El sacerdocio es la autoridad de Dios delegada al hombre para ministrar en favor de la salvación de los hombres. Según el presidente José F. Smith: “El poder de dirigir estas labores constituye las llaves del Sacerdocio.” (*Improvement Era* 14 [enero de 1901]: 230.)

Muchos en la primera escena poseyeron esas llaves, incluidos Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, Elías y Elías el Profeta.

Escena Dos: El Ministerio Mortal del Señor

La segunda escena se refiere a las llaves del sacerdocio durante el ministerio mortal del Señor. Jesús reveló la extensión de la autoridad del sacerdocio. A Sus apóstoles les dijo:

“Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra será desatado en los cielos.”

(Mateo 16:19; véase también DyC 128:10.)

Dentro de una semana de esa promesa, Jesús llevó a Pedro, Jacobo y Juan a un monte alto, donde las llaves del sacerdocio les fueron conferidas, bajo dirección divina, por Moisés y Elías. (Véase Mateo 17:1–5.) El Maestro entonces recordó a Sus discípulos de sus sagrados llamamientos al santo apostolado:

“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto.”

(Juan 15:16; véase también DyC 7:7.)

Jesús no solo llamó y ordenó a hombres, sino que también les enseñó sus deberes.

Después de que Cristo fue crucificado, e incluso antes de que los primeros apóstoles completaran su ministerio, comenzó la apostasía. Esto ocurrió tal como se había profetizado, cuando la autoridad del sacerdocio fue abusada y las ordenanzas sagradas fueron corrompidas.

Escena Tres: Los Tiempos Modernos

Con las escenas uno y dos como trasfondo, consideremos la tercera escena: los tiempos modernos en los que vivimos. Después de siglos de apostasía, las llaves del sacerdocio han sido nuevamente restauradas. Bajo esa autoridad, se han impuesto manos sobre nuestras cabezas.

Las obligaciones corresponden tanto a quienes dan como a quienes reciben ordenaciones o llamamientos. Quizás esto se pueda explicar con el siguiente ejemplo:

Tengo un juego de llaves de un automóvil. En tu mente, deja que representen llaves de algo valioso en tu vida—un tractor, una herramienta o un instrumento poderoso. Si te entrego esas llaves, yo tengo ciertas obligaciones y tú también. Para mí, como dador, tengo el deber de procurar tu éxito. Si tú fallas, en cierta medida yo también habré fallado. Por lo tanto, debo enseñar y capacitar adecuadamente para asegurar tu seguridad personal y, al mismo tiempo, resguardar la valiosa propiedad que usarás. Para ti, como receptor, las llaves traen consigo obligaciones. Debes conocer las leyes aplicables y obedecerlas. Se espera lealtad. Y debes entender el poder de tu instrumento. Obediencia, lealtad y comprensión están implícitas en la aceptación de esas llaves.

Ahora aplica los mismos principios a las llaves del sacerdocio. Cada presidente de estaca, presidente de quórum y obispo posee llaves de presidencia. Sus llaves controlan el poder de su unidad particular de la Iglesia. Esos líderes no solo pueden llamar y relevar, sino que deben también capacitar y llevar una responsabilidad sagrada para que la misión de la Iglesia se cumpla. Aquellos que reciben ordenaciones o llamamientos tienen la obligación de obediencia, lealtad y comprensión.

- **Obediencia a la ley** significa, antes que nada, guardar los mandamientos de Dios. Al hacerlo, uno se hace digno de recibir revelación personal. Los que reciben el Sacerdocio de Melquisedec están bajo solemne juramento y convenio de “vivir de toda palabra que sale de la boca de Dios.” (DyC 84:44.)
- **La lealtad** es vital. La lealtad hacia aquel que tiene las llaves para llamar y relevar, aunque sea un ser humano imperfecto, desarrollará la unidad esencial para el éxito.

(Véase DyC 124:45–46.) El Señor definió esta realidad cuando dijo: “Israel será salvo en mi propio tiempo; y por las llaves que he dado será guiado.” (DyC 35:25.)

- **Comprender el poder del sacerdocio** implica conocer también sus limitaciones. Si un joven conduce un automóvil imprudentemente, probablemente sus padres le negarán el permiso en el futuro. Y si el poder del sacerdocio se abusa, “el Espíritu del Señor se entristece; y cuando se retira, amén al sacerdocio o a la autoridad de tal hombre.” (DyC 121:37.)

Comprender el poder del sacerdocio significa también reconocer la divinidad de su restauración en estos últimos días. En 1820, nuestro Padre Celestial y Su Hijo Jesucristo se aparecieron al Profeta José Smith. En 1829, Juan el Bautista confirió el Sacerdocio Aarónico a José Smith y a Oliver Cowdery. (Véase DyC 13; 27:8; también José Smith—Historia 1:69, 72.) Poco después, recibieron el Sacerdocio de Melquisedec bajo la imposición de manos de Pedro, Jacobo y Juan. (Véase DyC 27:11–12.)

Más tarde, el Señor habló a José y a Oliver acerca de otros a quienes se les habían confiado llaves específicas del sacerdocio. Cada uno, a su vez, confirió esas llaves:

- **Moroni:** las llaves del Libro de Mormón (véase DyC 27:5).
- **Moisés:** las llaves de la congregación de Israel y la conducción de las diez tribus (véase DyC 110:11).
- **Elías:** las llaves de la restauración de todas las cosas (véase DyC 27:6), incluyendo el convenio abrahámico (véase DyC 110:12).
- **Elías el Profeta:** las llaves del poder sellador (véase DyC 27:9; 110:13–16; 128:21).

José Smith confirió todas las llaves a todos los Doce. (Véase Joseph Fielding Smith, *Doctrines of Salvation* 3:154–56.) A su vez, las llaves

han sido transferidas a los líderes actuales. Hoy, el presidente Ezra Taft Benson posee activamente cada una de las llaves restauradas que han sido sostenidas por “todos aquellos a quienes se les ha conferido una dispensación en cualquier tiempo, desde el principio de la creación.” (DyC 112:31; énfasis añadido. Véase también DyC 128:18.)

Ciertamente, un momento sagrado de mi vida ocurrió el 12 de abril de 1984, cuando la Primera Presidencia y los miembros del Quórum de los Doce Apóstoles impusieron sus manos sobre mi cabeza. Tal como se había hecho con otros antes que yo, se me confirieron todas las llaves del sacerdocio. Como sucede con cada miembro del Quórum de los Doce, algunas llaves no se utilizan hasta que el Señor lo indique, o según la dirección de su apóstol más antiguo.

Siento el peso de la responsabilidad y la carga de una confianza eterna. Sé que esas llaves han sido restauradas “para los postreros días y por última vez.” (DyC 112:30.) Estoy profundamente agradecido de poseer el sacerdocio y de que cada uno de nosotros que lo porta fue preordenado desde la fundación del mundo para esa responsabilidad. (Véase Alma 13:1–5.)

Como símbolo de gratitud, he escrito unas líneas como conclusión de este mensaje. Un verso para cada una de las tres escenas de la historia puede resumir mis palabras. A este canto, compuesto con música de Gales, le he dado un título antiguo, “Hosanna,” el grito ferviente de alabanza:

Hosanna

A través del inmortal fluir del tiempo
Con amor dirige nuestro camino.
Más allá del fulgor de los cielos,
Nuestro gran Dios, Elohim.
¡Hosanna a su santo nombre!
El Dios de nuestros padres sigue siendo el mismo.

Aquella santa noche en Belén,
Su Hijo nació entre los hombres
Para redimirnos de la tumba eterna,
Salvar a cada hijo de Dios.
¡Hosanna a su santo nombre!
El Dios de nuestros padres sigue siendo el mismo.

Su poder del sacerdocio restauró a la tierra
Para bendecir a cada alma que nace.
A Él elevamos nuestro canto de oración,
Proclamando gozo y alabanza.
¡Hosanna a su santo nombre!
El Dios de nuestros padres sigue siendo el mismo.

Amén, amén, amén, amén.

Que seamos fieles a la confianza que Él nos ha dado a quienes
portamos el santo sacerdocio y poseemos sus llaves sagradas.

Lecciones de Eva

Sin la mujer, todo el propósito de la creación de este mundo sería en vano. Esta verdad la aprendemos de las Escrituras.

Antes de que el mundo fuera formado, el Señor Jesucristo era Jehová, “el Gran Yo Soy, ... el principio y el fin, ... [quien] miró sobre la vasta extensión de la eternidad, y todas las huestes seráficas de los cielos.” (DyC 38:1; véase también DyC 29:1; 39:1.) El Señor mostró a Abraham “las inteligencias que fueron organizadas antes de que el mundo fuese; [que] entre todas éstas había muchas de las nobles y grandes; y Dios vio que estas almas eran buenas, y se hallaba en medio de ellas, y dijo: A éstos haré mis gobernantes.” (Abraham 3:22–23.) El Señor reveló entonces que Abraham era una de esas inteligencias, escogido y preordenado antes de nacer.

La escritura prosigue: “Y se hallaba entre ellos uno que era semejante a Dios; y él dijo a los que estaban con él: Descenderemos ... y haremos una tierra sobre la cual éstos puedan morar.” (Abraham 3:24.) Entonces “los Dioses, organizaron y formaron los cielos y la tierra.” (Abraham 4:1.) Después de que la tierra fue creada, dividida, embellecida y habitada con vida vegetal y animal, la culminación de la creación habría de ser el hombre—el ser humano. “De modo que los Dioses descendieron para organizar al hombre a su propia imagen, ... varón y hembra, los formaron.” (Abraham 4:27; véase también Génesis 1:26–27.)

El mismo propósito de la creación era proporcionar cuerpos, para posibilitar la vida mortal y las experiencias de aquellos espíritus que aguardaban ansiosamente.

Pregunta: ¿Cuál fue el papel del sacerdocio en el proceso de la creación?

El Profeta José Smith enseñó: “El Sacerdocio es un principio eterno, y existió con Dios desde la eternidad. ... Cristo es el Gran Sumo Sacerdote; Adán el siguiente. ... El Sacerdocio fue dado primeramente a Adán; él obtuvo la Primera Presidencia, y poseyó las llaves de ella de generación en generación. La obtuvo en la Creación, antes de que el mundo fuera formado.” (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, págs. 157–158.)

El presidente Brigham Young dijo: “El Sacerdocio ... es la ley por la cual los mundos son, fueron y continuarán por siempre jamás.” (*Discourses of Brigham Young*, ed. 1966, pág. 130.)

Así, el sacerdocio es el poder de Dios. Sus ordenanzas y convenios son para bendecir tanto a los hombres como a las mujeres. Por ese poder, la tierra fue creada. Bajo la dirección del Padre, Jehová fue el creador. Como Miguel, Adán cumplió su parte. Él se convirtió en el primer hombre. Pero, a pesar del poder y la gloria de la creación hasta ese punto, aún faltaba el eslabón final en la cadena de la creación. Todos los propósitos del mundo y todo lo que había en él se habrían reducido a nada sin la mujer—una piedra angular en el arco del sacerdocio de la creación.

Cuando Eva fue creada—cuando su cuerpo fue hecho por Dios—Adán exclamó: “Hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada.” (Moisés 3:23.)

Eva fue formada de la costilla de Adán. (Véase Génesis 2:22; Moisés 3:22; Abraham 5:16.) Me resulta interesante el hecho de que los animales formados por nuestro Creador, tales como los perros y los gatos, tienen trece pares de costillas, pero el ser humano tiene uno menos, con solo doce. Presumo que se podría haber usado otro hueso, pero la costilla, al provenir del costado, parece denotar compañerismo. La costilla no significa ni dominio ni subordinación,

sino una relación lateral como compañeros, para trabajar y vivir, lado a lado.

Adán y Eva fueron unidos en matrimonio por esta vida y por toda la eternidad mediante el poder de ese sacerdocio eterno. (Véase Génesis 2:24–25; Moisés 3:24–25; Abraham 5:18–19.) Eva vino como compañera, para edificar y organizar los cuerpos de los hombres mortales. Fue diseñada por la Deidad para co-crear y nutrir vida, a fin de que el gran plan del Padre pudiera cumplirse. Ella fue “la madre de todos los vivientes” (Moisés 4:26), la primera de todas las mujeres.

Del estudio de Eva podemos aprender cinco lecciones fundamentales de importancia eterna:

1. Eva trabajó al lado de su compañero, Adán. (Véase Moisés 5:1.)
2. Eva y Adán llevaron las responsabilidades de la paternidad. (Véase Moisés 5:2.)
3. Eva y Adán adoraron al Señor en oración. (Véase Moisés 5:4.)
4. Eva y Adán atendieron los mandamientos divinos de obediencia y sacrificio. (Véase Moisés 5:5–6.)
5. Eva y Adán enseñaron el evangelio a sus hijos. (Véase Moisés 5:12.)

De estas lecciones podemos estudiar patrones que se aplican a las circunstancias actuales. Repasemos una por una.

1. Eva trabajó al lado de su compañero.

Adán poseía el sacerdocio, y Eva sirvió en una asociación matriarcal con el sacerdocio patriarcal. Así también hoy, cada esposa puede unirse a su esposo como una compañera unificada en propósito. Las Escrituras lo expresan claramente: “Pero en el Señor, ni el

varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón.” (1 Corintios 11:11.)
“Serán los dos una sola carne.” (Marcos 10:8; DyC 49:16.)

De manera maravillosa, se necesita un hombre y una mujer para engendrar a un hombre o a una mujer. Sin la unión de los sexos, ni podríamos existir ni llegar a ser perfectos. Personas comunes e imperfectas pueden edificarse mutuamente a través de su plenitud juntos. La contribución completa de un compañero al otro es esencial para la exaltación. Así debe ser para que “la tierra respond[a] al fin de su creación.” (DyC 49:16.)

Por tanto, trabajen y ámense en asociación. Honren a su compañero. Cualquier sentido de competencia por lugar o posición no es apropiado para ninguno de los dos, especialmente cuando la comprensión escritural ilumina el corazón.

2. Así como Adán llevó las responsabilidades de la paternidad, Eva llevó las responsabilidades de la maternidad.

Eva no rehusó sus responsabilidades. A cada hermana digo: Con brazos abiertos también pueden recibir con gratitud a aquellos hijos que Dios les envíe, mediante vuestro divino diseño como co-creadoras. Con su esposo, sean obedientes al mandamiento de multiplicar y henchir la tierra, según sus oportunidades, su guía espiritual, su sabiduría y su salud lo permitan. Hallarán gozo y regocijo en su posteridad. Ese enriquecimiento se vuelve más hermoso y precioso con cada año que pasa.

Para aquellas que no tienen hijos y para las que no tienen compañero, recuerden que el calendario eterno del Señor es mucho más largo que las horas solitarias de su preparación o que la totalidad de esta vida mortal. Estas no son más que microsegundos en comparación con la eternidad. Vuestra disposición y dignidad son ciertamente conocidas por Él. Las recompensas espirituales de la maternidad están disponibles para todas las mujeres. Nutrir a los pequeños, consolar a los asustados, proteger a los vulnerables,

enseñar y dar ánimo no deben—en verdad, no deberían—limitarse solo a nuestros propios hijos.

Hermanas, tengan paciencia. Yo sé algo de las presiones que sienten. Sus cocinas son demasiado pequeñas. Sus presupuestos demasiado ajustados. Las demandas que recaen sobre ustedes exceden su capacidad para ayudar a todos los que claman. Aun así, “aprovechad los momentos radiantes; no dejéis que pasen de largo.” (*Himnos*, n.º 226.) Tomen tiempo para la regeneración espiritual.

Permítanme compartir unas líneas de un poeta desconocido que han sostenido a la hermana Nelson a lo largo de los años. También reflejan su sentido de prioridad:

Limpiar y fregar
pueden esperar hasta mañana,
pues los bebés crecen,
y lo hemos aprendido con pesar.

Así que aquietaos, telarañas;
polvo, id a dormir.
Estoy arrullando a mi bebé,
y los bebés no esperan.

Me alegra que la hermana Nelson no haya intentado ser una “supermamá”. Pero sí ha sido una mamá “reconfortante”. Ella lo ha hecho simplemente siendo ella misma. Cuando las prioridades están en orden, uno puede tolerar con más paciencia lo que queda sin terminar.

“El tiempo vuela con alas de relámpago; no podemos llamarlo de vuelta.” (*Himnos*, n.º 226). Y mientras pasa, recordemos la preciosa perspectiva eterna. Si perseveras fielmente hasta el fin, recibirás las recompensas prometidas por tu Padre Celestial. Estas incluyen tronos, reinos, principados, potestades, dominios, gloria,

inmortalidad y vidas eternas. (Véase DyC 75:5; 128:12–13; 132:19, 24; Moisés 1:39).

3. Eva y su compañero adoraron al Señor en oración.

Así como “Adán y Eva... invocaron el nombre del Señor” (Moisés 5:4), se estableció un precedente. Cuando cada uno de nosotros sigue ese patrón de oración, sobrevienen bendiciones de sabiduría y paz personal.

“Consulta con el Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien.” (Alma 37:37). Ora a solas en tu aposento—en la intimidad de tu propio santuario. Derrama los anhelos de tu alma. Luego ora con y por tu esposo, tus hijos e hijas, tus hermanas y hermanos, tu madre y tu padre, y toda tu familia. Que el peso de tu inocencia se sienta mientras amorosamente motivas a otros a las buenas obras. Con tu mente tan sintonizada con el Señor y con su poder, tu influencia para el bien se vuelve inmensurable. Y en este mundo de pecado y tentación, el poder de la oración te protegerá y será un escudo para tus seres queridos.

Ruego a las mujeres de la Iglesia que acepten la responsabilidad individual de conocer y amar al Señor. Comuníquense con Él. Él impresionará su mente con inspiración y revelación personal para darles fortaleza.

4. Eva y su esposo atendieron los mandamientos divinos de obediencia y sacrificio.

Nuestros primeros padres recibieron “mandamientos de que adorasen al Señor su Dios, y ofreciesen... una ofrenda al Señor.” (Moisés 5:5). Obedecieron esta instrucción de adorar y sacrificar, y más tarde aprendieron que aquello era “una semejanza del sacrificio del Unigénito del Padre, que está lleno de gracia y de verdad.” (Moisés 5:7).

Cuando Cristo vino a la tierra, cumplió el papel prometido al convertirse en el cordero sacrificial supremo. Su expiación trajo un

destino mayor y un concepto más noble para nosotros. Todavía se nos manda a sacrificar, pero no derramando sangre de animales.

Nuestro más alto sentido de sacrificio se logra al hacernos más sagrados o santos. Esto lo hacemos obedeciendo los mandamientos de Dios. Así, las leyes de obediencia y sacrificio están indisolublemente entrelazadas. Considera los mandamientos de obedecer la Palabra de Sabiduría, de santificar el día de reposo, de pagar un diezmo íntegro. Al cumplir con estos y otros mandamientos, algo maravilloso nos sucede. ¡Nos volvemos disciplinados! ¡Nos volvemos discípulos! Nos volvemos más sagrados y santos—más semejantes a nuestro Señor.

Rindo tributo a las amadas mujeres de mi vida que me han enseñado lecciones santificadoras. Durante un corto tiempo, en el primer año de nuestro matrimonio, la hermana Nelson tuvo dos empleos mientras yo estaba en la escuela de medicina. Antes de que llegaran sus cheques de pago, nos encontramos debiendo más de lo que nuestros fondos podían cubrir, así que aprovechamos una opción que entonces existía de vender sangre a veinticinco dólares el litro. En el intervalo entre su trabajo diurno como maestra y su empleo nocturno como vendedora en una tienda de música, fuimos al hospital y cada uno vendió un litro de sangre. Al retirar la aguja de su brazo, ella me dijo: “No te olvides de pagar el diezmo de mi dinero de sangre.” (Cuando su madre se enteró de que yo estaba sacando sangre de su hija entre dos empleos, sentí en ese momento que quizá no estaba muy complacida con su nuevo yerno). Tal obediencia fue una lección tremenda para mí. El compromiso de la hermana Nelson con el diezmo se convirtió también en mi compromiso.

Hijas justas, nunca subestimen la influencia para el bien que pueden ejercer sobre sus padres. Aún no he conocido a un padre que afirme ser perfecto. Así que, en su imperfección, manténganse firmes con amorosa paciencia hacia su papá. Permítanme ilustrar este punto con una historia personal.

Hace muchos años, cuando nuestras hijas eran muy pequeñas, la hermana Nelson y yo las llevamos a pescar. Estábamos pasando un tiempo maravilloso. Todos estaban atrapando peces. Luego, las sombras de la oscuridad del sábado por la noche pusieron fin a nuestra diversión. Mi entusiasmo por nuestro éxito era tan grande que me permití racionalizar en voz alta con las niñas. (La racionalización es uno de los verdaderos obstáculos para la obediencia). Sabiendo que al día siguiente era domingo, bromeé diciendo: “Si mañana nos levantamos dos horas antes de lo normal, podremos pescar un poco más y luego dejarlo puntualmente a nuestra hora habitual de despertar”.

Siguió el silencio. Mi compañera y nuestras hijas me fulminaron con la mirada. Ese frío silencio se rompió cuando nuestra hija de siete años dijo: “Papá, ¿te comerías esos peces que atrapaste en domingo?” Luego añadió: “¿Le pedirías a nuestro Padre Celestial que bendijera los peces que atrapaste en el día de reposo?”

Ni que decir tiene, no pescamos a la mañana siguiente. El compromiso de mi familia con el día de reposo se convirtió también en mi compromiso.

Al obedecer cada uno de los mandamientos de Dios, tu santidad fortalecerá el fundamento de la fe de tu padre. Cuando ambos estén unidos espiritualmente, uno más uno es claramente más que dos.

5. Adán y Eva enseñaron el evangelio a sus hijos.

Hoy en día, hombres y mujeres todavía tienen esa obra digna que cumplir. Pero antes de poder enseñar, primero deben aprender acerca de su existencia premortal, la creación, la caída, la expiación de Cristo y el propósito de la mortalidad. Estudien las Escrituras e interiorícenlas. Enseñen fe, arrepentimiento, bautismo y el don del Espíritu Santo. Luego dejen que su compromiso con la misión de la Iglesia sea evidente en todo lo que hagan. Predicar el evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los miembros de su familia los

llevará a concentrarse en los convenios y ordenanzas de importancia eterna.

Al ejercer su albedrío, enseñen cosas que sean edificantes y útiles. Enseñen los principios de la honestidad, la autosuficiencia, y la evitación de deudas innecesarias. Al hacerlo, edificarán una sociedad más estable. Y recuerden su ejemplo. Lo que ustedes son es más importante que lo que hacen o dicen.

Nadie puede hacerlo todo. Las circunstancias, el tiempo disponible y los talentos varían ampliamente. A medida que su diversidad las lleve a diferentes ámbitos de actividad, hagan sentir su presencia.

Sus enemigos, en una sociedad degradada, desprecian la santidad de la mujer y la santidad de la maternidad. Su mundo, enfermo de inmoralidad y plagado de enfermedades de transmisión sexual, necesita su justo ejemplo. La ira de Dios se provoca por los gobiernos que patrocinan el juego, toleran la pornografía o legalizan el aborto. Estas fuerzas buscan denigrar a las mujeres hoy, tal como lo hicieron en los días de Sodoma y Gomorra.

Ustedes pueden—¡deben!—marcar la diferencia. Son vitales en el equipo del Señor—un solo equipo, con un solo propósito. A través de su diversidad, nuestras hermanas pueden edificar fortaleza en la unidad y unirse entre sí en toda santidad. Aférrense a “el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo.” (Efesios 2:20.)

Prestemos atención a esta enseñanza del Libro de Mormón:

“Recordad que debéis edificar vuestro fundamento sobre la roca de nuestro Redentor, que es Cristo, el Hijo de Dios; para que cuando el diablo envíe sus poderosos vientos, sí, sus dardos en el torbellino, sí, cuando todo su granizo y su violenta tempestad azoten contra vosotros, no tenga poder sobre vosotros para arrastraros al abismo de miseria y sin fin de aflicción, a causa de la roca sobre la cual

estáis edificados, la cual es un fundamento seguro, un fundamento sobre el cual, si los hombres edifican, no caerán.” (Helamán 5:12.)

Que todos podamos comprometer nuestras vidas a nuestro Padre Celestial, a su Hijo Unigénito y a su Iglesia restaurada por ellos en este día postrero. Una dispensación del evangelio ha sido confiada a nuestro cuidado. Los principios, leyes y poderes eternos del sacerdocio dependen de nuestra asociación.

Fuerzas en la vida: un diálogo entre padre e hija

Fue uno de esos momentos memorables—uno de esos tiempos especiales en que una hija maravillosa se acerca a su amoroso padre con una pregunta sincera que merece una respuesta cuidadosa. La pregunta de esta atractiva hija adolescente fue:

“¿Hasta dónde puedo llegar con los muchachos y aún mantener normas aceptables contigo y con mi Padre Celestial?”

Al percibir la oportunidad de enseñar una lección vital, el padre respondió filosóficamente:

“Existen dos fuerzas importantes en el mundo: las fuerzas centrífugas y las fuerzas centrípetas. El término fuerza centrífuga proviene de raíces latinas que significan ‘huir del centro’. La fuerza centrípeta es ‘una fuerza dirigida hacia el centro’.”

“¡Ay, papá!”, lo interrumpió ella. “Yo hago una pregunta sencilla y tú me das una respuesta complicada. ¿No puedes darme una respuesta simple?”

“¿Cuál era tu pregunta otra vez?”

“La pregunta, papá, era: ‘¿Hasta dónde puedo llegar y aún estar bien?’”

“Bueno, mi querida hija, todo depende de adónde quieras ir”, contestó el padre mientras la tomaba suavemente del brazo y la llevaba hacia el proyecto de acolchado que su madre tenía cerca.

“Tomemos un poco de este algodón y llevémoslo a tu cuarto para colocarlo en el tocadiscos.”

Mientras entraban a su habitación, él moldeó con los dedos la mota de algodón en una pequeña bolita y la puso en el borde del plato del tocadiscos, diciendo: “Ahora enciéndelo.”

Ella lo hizo, y después de tres o cuatro vueltas, la pequeña bola de algodón salió disparada por la habitación.

“Apaga el tocadiscos”, indicó el padre, “y coloca el algodón en el centro del disco. Ahora enciéndelo otra vez.”

Ella obedeció, y el algodón giró una y otra vez. Pero esta vez la bolita de algodón no se movió.

“Eso es lo que quiero decir con fuerzas centrífugas y centrípetas”, continuó el padre. “Una fuerza hace que un objeto huya del centro, y la otra dirige un objeto hacia el centro.”

Sonrió al recordarle a su hija uno de sus juegos favoritos en el parque de diversiones cuando era más pequeña:

“¿Recuerdas cuánto tiempo solías pasar en ese enorme disco giratorio en la casa de la risa, y cómo tú y todos los demás niños corrían hacia el centro e intentaban mantenerse en su lugar mientras la gran rueda giraba?”

“¡Oh, sí!”, respondió la hija. “Una vez que esa rueda comenzaba a girar, los niños más cercanos al borde salían disparados, igual que esa bolita de algodón, y los que lograban mantenerse cerca del centro permanecían arriba.”

Sus ojos brillaron al recordar cómo se deslizaba en la gran rueda. “Yo hacía todo lo posible por moverme desde el borde hacia el centro, pero era una verdadera lucha. Tenía que arrastrarme y aferrarme con fuerza con las manos para poder avanzar hacia el centro. Y, como si eso no fuera suficiente, siempre tenía que estar atenta a los que no lo lograban, porque generalmente agarraban a

alguien más cuando salían disparados e intentaban llevarse a otro con ellos.”

“De cierta manera, la vida es así”, explicó el padre. “Hay luchas, y las personas que van hacia abajo tienden a arrastrar consigo a los que están cerca. Nosotros, en cambio, estamos tratando de ascender contra esas fuerzas que nos empujan hacia abajo.”

—Ahora volvamos a tu pregunta. Hasta dónde puedes llegar al disfrutar la compañía de tus amigos depende de adónde quieras ir. Si quieres ir hacia arriba y avanzar, te comportas de una manera. Si quieres ir hacia abajo y perderte, te comportas de otra manera.

—Quiero ir hacia arriba, papá —respondió ella sin vacilar—. Quiero alcanzar mis metas.

Como su hija había asistido recientemente a una conferencia de un miembro de un equipo que intentó conquistar el Monte Everest, el padre no pudo resistir otra comparación:

—Si esa es la dirección que quieres tomar, aprendamos algunas lecciones de esos expertos alpinistas que conociste. ¿Qué recuerdas más de sus experiencias?

—Oh, aprendí mucho, pero lo más importante que recuerdo es su planeación anticipada. Anticipaban todo lo que posiblemente podía suceder y estaban preparados con decisiones tomadas de antemano para responder a lo que pudieran encontrar.

—Su trabajo en equipo también me impresionó mucho. Como tenían enormes dificultades que superar y grandes alturas que escalar, se unían entre sí con cuerdas. Las cuerdas estaban sujetas a algo sólido arriba para que pudieran impulsarse hacia arriba. A veces, incluso las otras personas a las que estaban unidos se convertían en sus anclas. Vimos fotografías en las que una persona colgaba en el aire, atada a personas en las que confiaba tanto arriba como abajo. Sin embargo, no caía debido a esos lazos con los demás.

—Además, mantenían una excelente comunicación. Aunque podían estar temporalmente separados, siempre estaban en comunicación. Parecía que cuanto más cerca estaban del peligro, más se acercaban al centro.

Después de escuchar el relato de su hija, el padre respondió:

—¿Acaso alguien preguntó alguna vez: “¿Qué tan cerca del borde puedo llegar?” ¡No! Muy por el contrario. Su énfasis siempre parecía ser: “¿Qué tan cerca del centro puedo permanecer?”

Entonces, con una mirada de comprensión, ella respondió:

—Papá, ahora empiezo a entender.

El padre continuó:

—Apliquemos estas lecciones a tu pregunta. Una de las cosas más importantes que puedes hacer al enfrentar la desafiante escalada de la vida es planear con anticipación. Debes saber qué peligros pueden presentarse. Sea cual sea tu problema, debes decidir de antemano cómo reaccionarás, qué acciones tomarás, tal como lo hicieron los alpinistas en el Monte Everest.

—Recuerda que eres parte de un equipo que está tirando de ti hacia arriba. Estás unida por lazos invisibles de amor a personas que oran y se esfuerzan por ti cada día, aunque esos lazos no sean tan visibles como las cuerdas de los alpinistas. Tus compañeros de equipo incluso se extienden al mundo más allá del velo. Cada uno de tus antepasados, tanto los que viven como los que han partido al otro lado, se preocupa por ti y te apoya. Parientes, maestros en la escuela y en la Iglesia, y buenos amigos siempre procuran elevar. Si alguna vez tienes conocidos que intentan arrastrarte con ellos en su descenso, debes saber que esas personas no son verdaderos amigos. Los verdaderos amigos nunca te arrastran hacia abajo; siempre te elevan.

—La comunicación en tu vida es tan importante para ti como lo es para los alpinistas. Por eso pienso que eres tan especial al querer comunicarte con tu padre cuando tienes una pregunta tan importante. Tan receptivo como lo es tu padre terrenal, también lo es tu Padre Celestial, quien valora tus comunicaciones con Él en la oración.

—Finalmente, cuando vengan los peligros, mira siempre hacia el centro. Recuerda que tu tocadiscos no produciría buena música si no fuera por ese eje en el centro que fija el disco al plato giratorio. Si permites que el mundo en el que giran tus actividades esté anclado centralmente a la barra de hierro del evangelio, la música de tu vida será dulce para ti.

—En esta o cualquier otra pregunta importante que tengas, aférrate al centro. Piensa qué harían tus seres queridos en una circunstancia similar. Piensa qué te aconsejaría el Señor hacer. Si estás firme y seguramente anclada a la barra de hierro, que es la palabra de Dios, estarás a salvo en tus actividades. Los engaños de tu mundo giratorio y los vientos de la tentación no te harán salir despedida, sino que te encontrarán firmemente arraigada en tu búsqueda de salvación y exaltación.

—Dios tiene grandes bendiciones reservadas para ti. Alcanzarás las alturas que Él ha puesto a tu alcance. En última instancia, Él te recompensará mediante tu obediencia. Escucha su promesa: si eres fiel, “heredarás tronos, reinos, principados, potestades, dominios, ... y una continuación de las simientes para siempre jamás” (D. y C. 132:19). Esto, hija mía, es lo que yo quiero para ti.

La hermosa hija agradeció a su padre con un cálido abrazo, agradecida por su amor y comprensión. Ahora sabía que ya no le interesaba la respuesta a su pregunta. No quería saber qué tan cerca del borde podía llegar. Estaba decidida ahora a permanecer cerca del centro, donde se hallan las grandes recompensas de la plenitud de la vida.

Los Diez Mandamientos

Nuestra estancia en la tierra es tan nueva—tan emocionante—tan llena de aventura. A veces nos resulta difícil darnos cuenta de que el mundo es bastante viejo y que los desafíos que enfrentamos también lo son. Somos recién llegados en un escenario muy antiguo. El guion del drama ya está escrito. Entramos, nos preparamos para actuar y luego nos disponemos para la llamada final del telón. Nuestro turno en el escenario del teatro de la vida es ahora: una oportunidad especial y emocionante.

Un monumento en Chicago lleva una inscripción con un mensaje semejante a este: “¿Dices que el tiempo vuela? ¡Ay, lo sé! Es el tiempo el que permanece. Somos sólo nosotros los que nos vamos.”

Cada uno de nosotros entra en la escena de la mortalidad por una breve temporada. Nacemos. Crecemos. Enfrentamos pruebas y desafíos. Ganamos algunas, perdemos otras, y luego partimos. Vinimos a la tierra por dos razones: para obtener un cuerpo y para desarrollar fe, la cual a veces se mide mejor como el poder del espíritu sobre los apetitos del cuerpo.

Los cuerpos que vinimos a recibir tienen muchos apetitos físicos: de alimento, de bebida, de ejercicio de todos los sistemas vivientes. Nos gusta ver, oír, oler, tocar y saborear. Sentimos hambre, sed, anhelo de afecto, aprobación y atención. Estos apetitos son dones de Dios—para nuestra supervivencia, para nuestra protección y para nuestro gozo.

Al satisfacer estos apetitos, hacemos elecciones. Por ejemplo, en la víspera de Año Nuevo, podemos excedernos con papas fritas y salsas, dulces y pasteles, refrescos y donas, y cosechar el merecido malestar. En la mañana de Año Nuevo, resolvemos hacer mejores elecciones y ser más sabios la próxima vez.

Nuestras decisiones más importantes son las que se toman entre el bien y el mal. Dado que existen fuerzas buenas y malas en el mundo, no sorprende que compitan con más fuerza en el terreno del apetito—sí, en cada uno de nuestros muchos apetitos físicos. Muchas elecciones tienen implicaciones morales. Hay cosas buenas y cosas malas que podemos ver. Hay cosas buenas y cosas malas que podemos escuchar. Hay cosas buenas y cosas malas que podemos sentir, comer, beber o de otro modo permitir que entren en nuestros cuerpos. Yo definiría lo moral en términos de los mandamientos de Dios. Algo es moral si está de acuerdo con la dirección que Él ha dado. Algo es inmoral si entra en conflicto con su voluntad.

Es importante saber quiénes somos, por qué estamos aquí y adónde queremos ir. Debemos recordar que somos hijos e hijas de Dios. Él nos creó; nosotros no nos creamos a nosotros mismos. Y no nos dejó solos. Como Creador amoroso, nos dio un libro de instrucciones. Llamamos a ese libro *las Escrituras*. Lo pluralizamos porque sus mandamientos se han registrado en diferentes volúmenes, en muchos tiempos y en muchos lugares. Pero el mensaje de moralidad siempre ha sido el mismo.

Los Diez Mandamientos constituyen el gran código moral de nuestra sociedad. Se han repetido una y otra vez. Fueron citados más de una vez en el Antiguo Testamento (Éxodo 20; Deuteronomio 5), reiterados en el Nuevo Testamento (Romanos 13:9), escritos en el Libro de Mormón (Mosíah 13:12–24) y registrados en Doctrina y Convenios (D. y C. 42:18–28). Será mejor que los memoricemos, así como hemos aprendido el alfabeto y las tablas de multiplicar.

Los primeros cuatro mandamientos se refieren a nuestra relación con Dios; los seis restantes, a nuestras relaciones con nuestros semejantes. Al considerarlos, podríamos reflexionar no solo en Dios el Dador, sino también en Satanás el opositor. Todo lo bueno en el mundo proviene de Dios; todo lo malo proviene de Satanás. Como el maligno, Satanás lucha contra cada mandamiento y crea conflicto en la mente de los mortales respecto de cada uno de los diez. Además, espera que los pensamientos conflictivos sean seguidos por acciones contrarias a los mandamientos divinos, esclavizando así nuestras almas y negándonos las bendiciones del cielo.

Nuestro Creador se identificó a sí mismo antes de dar los Diez Mandamientos, de modo que no hubiera duda de quién estaba hablando. Comenzó diciendo:

“Yo soy Jehová tu Dios.”

1. “No tendrás dioses ajenos delante de mí.” (Éxodo 20:2–3).

Esto significa que antes de esforzarnos por obtener dinero o títulos, poder o posición, nuestro sistema personal de prioridades debe colocarlo a Él en el lugar que le corresponde: como nuestro amoroso Padre, en la cima de nuestra lista. Espero que tú ores personalmente a Él cada día. *“¿Pensaste en orar al salir el sol?”* (Himnos, n.º 140). Si no lo hiciste, ¡arrepíentete! A los padres les encanta escuchar a sus hijos, por la mañana y por la noche. Nuestro Padre Celestial no es la excepción.

2. “No te harás imagen, ni ninguna semejanza... [ni] te inclinarás a ellas.” (Éxodo 20:4–5).

Los hijos de Israel, a quienes originalmente se les dio este mandamiento, habían estado levantando estatuas colosales del faraón. Tan impregnados estaban de esas prácticas que, cuando se quedaron solos, hicieron un becerro de oro y presumieron adorarlo.

¿Es este mandamiento todavía relevante en nuestros días? ¡Por supuesto que sí! En un país que visité recientemente, por ejemplo, la gente se arrodilla para adorar un objeto de su propia creación. Tiene cuerpo de hombre y cabeza de elefante. Lo llaman “Señor” (Ganesh) y le oran. De hecho, en muchas de las naciones más pobladas y empobrecidas de la tierra, imágenes y estatuas constituyen el objeto de adoración de personas que, en su ignorancia, violan este gran segundo mandamiento. Su desobediencia les impide recibir las bendiciones de prosperidad que Dios ha prometido a sus hijos fieles.

2. “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.” (Éxodo 20:7).

Los labios y la lengua son órganos importantes del cuerpo. Así como tienen la función de probar los alimentos y bebidas que decidimos ingerir, también expresan lo que decidimos sacar de nuestro interior. Las blasfemias y la grosería son tinieblas en el lenguaje de los indisciplinados. Son símbolos de ignorancia y evidencia de una mente carente de mejor vocabulario.

No ofendamos a las personas con palabras ásperas y, lo que es más importante, no nos separemos del amor de Dios tomando su nombre en vano. Me agradan estos versículos de Proverbios: *“Hablaré cosas excelentes, y abriré mis labios para cosas rectas. Porque mi boca hablará verdad, y la impiedad es abominación a mis labios. Justas son todas las razones de mi boca; no hay en ellas cosa perversa ni torcida.”* (Proverbios 8:6–8).

4. “Acuérdate del día de reposo para santificarlo.” (Éxodo 20:8).

Al tomar este mandamiento con seriedad, los antiguos hijos de Israel redactaron largas listas de cosas prohibidas en sábado. Más tarde, el Salvador aclaró que el hombre no fue hecho para el día de reposo, sino que el día de reposo fue hecho para el hombre. (Véase Marcos 2:27).

Cuando yo era joven, me preguntaba qué actividades eran apropiadas para el día de reposo. Leía listas de “hacer” y “no hacer”, todas preparadas por otros. Pero ahora tengo una comprensión mucho mejor. Obtuve una visión preciosa de dos pasajes del Antiguo Testamento. El primero está en Éxodo: *“Habló además Jehová a Moisés, diciendo: ... Mis días de reposo guardaréis, porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico.”* (Éxodo 31:12–13). El otro está en Ezequiel: *“Les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico. ... Yo soy Jehová vuestro Dios; andad en mis estatutos, y guardad mis preceptos, y ponedlos por obra; y santificad mis días de reposo, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios.”* (Ezequiel 20:12, 19–20).

Ahora entiendo que mi conducta en el día de reposo es mi señal al Señor de cuánto lo estimo a Él y el convenio bajo el cual nací. Si, por un lado, mis intereses en el día de reposo se orientaran hacia partidos de fútbol profesional o películas mundanas, la señal de mí hacia Él sería clara: mi devoción no favorecería al Señor. En cambio, si mis intereses en el día de reposo se enfocaran en el Señor y sus enseñanzas, en mi familia, o en los enfermos, los pobres y los necesitados, esa señal también sería visible para Dios. Nuestras actividades en el día de reposo serán apropiadas si las consideramos como nuestra señal personal hacia Él de nuestro compromiso con el Señor.

5. “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.” (Éxodo 20:12).

Este es el primer mandamiento que se da con una promesa. Y debemos recordar que, a veces, los padres no logran explicar plenamente por qué aconsejan lo que aconsejan.

¿Puedo relatar una historia para ilustrarlo? Hace varios años, me invitaron a dar una importante conferencia en una universidad de la ciudad de Nueva York. La noche anterior a la conferencia, la hermana Nelson y yo fuimos invitados a cenar en casa de nuestro profesor anfitrión. Durante la velada, nos presentó orgullosamente a su hermosa hija de veintiún años, una estudiante destacada de medicina, de extraordinaria belleza, dones y brillantez. Al día siguiente dicté mi conferencia, y regresamos a casa con gratos recuerdos.

Unas semanas después, el profesor me llamó por teléfono a Salt Lake City en un evidente estado de aflicción. Le pregunté: “¿Qué sucede?”

“¿Recuerda a mi hija, la que conoció en nuestra casa?”

“Por supuesto —le respondí—. Nunca olvidaré a una joven tan impresionante.”

“Anoche murió en un accidente de automóvil. ¡Mi esposa y yo estamos inconsolables! Necesitábamos hablar con alguien, y lo llamamos a usted.”

“Cuénteme qué pasó”, le dije.

Entonces relató las circunstancias: “Anoche me pidió permiso para ir a un baile con cierto joven. No tuve un buen presentimiento al respecto. Se lo dije y le pedí que no fuera. Ella me preguntó por qué me sentía así. Solo le contesté que estaba intranquilo. Nuestra ha sido siempre una familia muy unida, y ella siempre había sido obediente, pero esta vez me dijo que, si yo no podía darle una buena razón para rechazar la invitación, quería ir. Y fue. En el baile, se sirvieron bebidas alcohólicas. Su acompañante bebió un poco— no sabemos cuánto. De regreso a casa, manejaba demasiado rápido, perdió una curva, atravesó la baranda de protección y cayó en un embalse. Ambos quedaron sumergidos y murieron.”

Traté de expresar mi tristeza compartida, pero él continuó: “Mi dolor es mayor porque sentí claramente, antes de que ella saliera,

que algo malo podía ocurrir. ¿Por qué no fui más persuasivo? Si hubiera insistido más, ella estaría viva hoy, y su vida pura —tan llena de promesa— seguiría por delante. Ahora todo terminó, y me culpo a mí mismo.”

Mientras lo escuchaba, yo me sentía impotente. Pero en el fondo de mi mente, y como padre de nueve hermosas hijas, un mensaje se grabó en mi pensamiento: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da.”

Los padres tienen derecho a recibir inspiraciones celestiales para la protección de sus hijos. A veces no pueden explicar las razones de su consejo. La inspiración puede ser difícil de describir, pero es tan real como la comunicación hablada o escrita.

Las amenazas contra la longevidad y la felicidad de una persona pueden venir en varias formas. Los efectos dañinos del tabaco, el alcohol, el té y el café son ampliamente conocidos. Los padres aconsejan evitar su consumo porque nuestro Padre Celestial los ha prohibido (véase D. y C. 89). El abuso de drogas es otro peligro. Los vendedores de drogas pueden invadir escuelas o tiendas de conveniencia, astutamente disfrazados de amigos. Ellos tentarían a los jóvenes a través de los apetitos de la carne a introducir en sus cuerpos sustancias que alterarían la mente. Las adicciones de la carne se convierten también en adicciones del espíritu. Los jóvenes deben mantener sus mentes y sus cuerpos libres de contaminación y de esclavitud. Serán libres, vivirán más tiempo y serán más felices si así se protegen a sí mismos.

6. “No matarás”. (Éxodo 20:13).

Palabras sencillas —y quizá digas que no hay mucha tentación de quebrantar este mandamiento. Pero para aclararlo, en nuestros días el Señor añadió: “No matarás, ni harás cosa semejante”. (D. y C. 59:6). ¿Crees que Él pudo prever nuestro tiempo, cuando la humanidad perdería la reverencia por la vida y autorizaría el aborto a gran escala en todo el mundo? Por supuesto que sí. Por eso nos

advirtió de nuevo. Pocos actos pueden traer culpa y dolor con tanta certeza como el derramamiento de sangre inocente, sin importar la edad de la víctima. Necesitamos este consejo hoy, quizá más que nunca.

7. “No cometerás adulterio”. (Éxodo 20:14).

Nuestro Creador sabía que nuestros apetitos de afecto podían salirse de control, así que nos protegió al darnos este mandamiento. Podríamos pensar que vivimos en una sociedad más permisiva que la de tiempos pasados, pero creo que es solo porque nosotros somos los actores en el escenario del presente.

Un estudio de las Escrituras nos enseña lecciones importantes sobre este tema. La palabra adulterio —o sus derivados— aparece en 113 versículos de las Escrituras. Una tercera parte de esas referencias aparece en el Antiguo Testamento, otra tercera parte en el Nuevo Testamento, y la última tercera parte en las Escrituras reveladas en los últimos días.

El pecado compañero del adulterio, la fornicación, también está prohibido por el Señor. Esta palabra —o sus derivados— aparece en las Escrituras en 54 versículos, abarcando nuevamente todas las épocas. Casi tres cuartas partes de esas referencias se encuentran en el Nuevo Testamento; un 9 por ciento en el Antiguo Testamento; y el 17 por ciento restante en los libros de la triple combinación.

Estos mandamientos contra el pecado sexual no provienen de padres, maestros, juntas escolares, médicos ni de ningún simple mortal. Proviene de Dios nuestro Hacedor —y los castigos de Dios vendrán sobre los que transgredan. Los transgresores serán responsables directamente ante Él. El Señor dijo: “Todo hombre puede obrar en doctrina y principio... conforme a la libertad moral que le he dado, para que todo hombre sea responsable de sus propios pecados en el día del juicio”. (D. y C. 101:78).

Cuando Jesús vivió en la tierra, enseñó una ley superior, una que no se limitaba al hecho sino también al pensamiento. Él dijo: “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. (Mateo 5:28). Nos estaba diciendo que ni siquiera miremos las ofrendas prohibidas que puedan tentarnos en la mesa del apetito sexual.

Hoy en día, la gente siente temor —con razón— del Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, o SIDA. Generalmente es una condición de transmisión sexual, que se encuentra más comúnmente entre quienes participan en actividades homosexuales. Las autoridades de salud pública pronostican que dentro de nuestra vida, el SIDA se convertirá en una plaga que barrerá la tierra como ninguna otra experimentada en los tiempos modernos.

Algunos se han preguntado: ¿Es esta una manera en que el Señor castiga a quienes transgreden la ley de castidad, la cual prohíbe las relaciones sexuales fuera del convenio del matrimonio? No lo sé. Pero sí conozco ejemplos en las Escrituras donde el Señor destruyó a los inicuos.

¿Por qué vino el diluvio en tiempos de Noé? ¿Por qué destruyó el Señor a Sodoma y Gomorra? Recuerda el interesante diálogo entre el Señor y Abraham, quien preguntó si estas dos ciudades podrían salvarse si se hallaban cincuenta justos. El Señor accedió. Entonces Abraham inició un interesante ejercicio. Parecía estar negociando con el Señor, preguntando: “¿Y si hubiera cuarenta y cinco justos?”. Cuando obtuvo una prórroga con ese número, siguió insistiendo con sucesivas preguntas: ¿cuarenta?, ¿treinta?, ¿veinte?, ¿diez justos? El Señor incluso aceptó perdonarlas —si se encontraban diez justos. Pero las ciudades de Sodoma y Gomorra fueron destruidas, porque el Señor hizo llover fuego y azufre sobre ellas.

Otro caso de culpa y castigo se registra en Primeras Crónicas, donde David dijo a Dios: “He pecado gravemente”, y luego se

sometió a la disciplina. El Señor le ofreció tres opciones, de las cuales David debía escoger una: tres años de hambre, o tres meses siendo destruido por sus enemigos, o tres días de peste en la tierra, durante los cuales el ángel del Señor causaría destrucción en todas las costas de Israel.

David hizo una elección interesante. Prefirió no caer en manos de los hombres, sino ser tratado directamente por el Señor. Escogió la tercera opción: “Así el Señor envió una peste sobre Israel; y murieron de Israel setenta mil hombres”. (Véase 1 Crónicas 21:1–14).

Elías profetizó que el pueblo de su tiempo sería destruido porque andaba en el camino del pecado sexual: “He aquí, con gran plaga herirá Jehová a tu pueblo, y a tus hijos, y a tus mujeres, y a toda tu hacienda”. (2 Crónicas 21:13–14).

Otro ejemplo involucra a la ciudad de Capernaúm, hoy una desolada ruina de lo que una vez fue una comunidad próspera. Jesús dijo: “Y tú, Capernaúm, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os digo que en el día del juicio será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti”. (Mateo 11:23–24). Así, también Capernaúm fue maldecida por las iniquidades de su pueblo. Hoy yace en ruinas, señalando silenciosamente el poder de Dios para bendecir o castigar, según la fe del pueblo.

No, no creo que plagas, castigos y retribución sobre los inicuos sean algo nuevo. Son tan antiguos como la ley que prohíbe las relaciones sexuales fuera del convenio del matrimonio, sea entre los sexos o entre personas del mismo sexo.

Una de las muchas tragedias del pecado es que la maldad del pecador puede infligir miseria también sobre víctimas inocentes. Así como ocurre en la guerra, también puede suceder con el SIDA,

cuando esposos inocentes o niños puros llegan a ser afligidos con el virus adquirido inicialmente por la transgresión de otra persona.

¿Eso no parece justo, dices? No, no lo es. Pero hay una cosa que sí es justa: cada uno de nosotros será juzgado por el Señor cuando la vida en la tierra concluya. Su juicio será recto; será misericordioso y justo, y nuestra existencia eterna se determinará de acuerdo con nuestros propios pensamientos, hechos y fe, y no por los de ningún otro. Al protegernos mediante la obediencia a la ley de castidad, seremos bendecidos por el Señor, ahora y por siempre.

8. “No robarás”. (Éxodo 20:15).

Este mandamiento nos enseña a honrar a los demás y a respetar lo que les pertenece legítimamente. Las cualidades de honestidad, integridad, responsabilidad y confianza son características personales más valiosas que la riqueza material.

La persona que guarda este mandamiento no acepta la filosofía de obtener algo sin dar nada a cambio. El verdadero seguidor de Cristo paga por los servicios recibidos o por los bienes adquiridos, y de la misma manera brinda servicio o bienes a cambio de la compensación que recibe. Esta es una razón importante por la cual nos oponemos a las loterías patrocinadas por el gobierno. Por cada pocos ganadores, hay muchos perdedores, y nadie recibe una retribución que haya sido ganada. Como declaró recientemente el élder Dallin H. Oaks: “Que los gobiernos toleren el juego es lamentable; que los gobiernos lo promuevan es reprehensible”. (“Gambling—Morally Wrong and Politically Unwise,” *Ensign*, junio de 1987, pág. 75).

Debemos asegurarnos de que nuestras conciencias estén libres de culpa. No debemos robar, ni hurtar, ni robar en tiendas, ni “hacer cosa semejante”. Podemos ser protegidos de la enfermedad de la codicia, que parece estar en la raíz de estos problemas, mediante el mandamiento divino del diezmo. Este brinda gran seguridad. Si una persona aprende a ser honesta en los asuntos financieros con Dios,

es probable que sea honesta en otros aspectos, y el éxito en la vida le acompañará.

Así como se nos recuerda el mandamiento del Señor sobre el diezmo, piensa en tu propio cumplimiento de este octavo mandamiento: “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas. . . . Traed todos los diezmos al alfolí . . . y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”. (Malaquías 3:8, 10). La ley del diezmo es una clave valiosa para recibir las bendiciones de la honestidad y la prosperidad.

9. “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”. (Éxodo 20:16). Nada es más precioso para una persona que su buen nombre. Después de la Guerra Civil, cierta institución financiera invitó al general Robert E. Lee a ser su presidente con un generoso salario. Los directivos de la compañía explicaron que no les importaba su servicio, sino que dijeron: “Lo que queremos es su nombre”. El gran general respondió: “Señores, mi nombre no está en venta”.

Shakespeare escribió:

Quien roba mi bolsa roba basura. . . .

Pero el que me hurta el buen nombre
me roba aquello que no lo enriquece a él
y a mí me hace pobre de verdad.

(*Otelo*, Acto III, escena 3).

Hablemos a menudo palabras amables los unos a los otros y acerca de los demás, y, con sinceridad, seamos siempre obedientes al noveno mandamiento.

10. “No codiciarás”. (Éxodo 20:17).

En esta gran directiva, el Señor señaló, además, “la mujer de tu prójimo” y su sierva o su siervo. Este mandamiento refuerza el número siete, que prohíbe el adulterio. Conociendo nuestras

posibles debilidades, el Señor repitió la necesidad de la pureza moral en al menos dos de los Diez Mandamientos, y lo hizo tanto para los pueblos del Antiguo Testamento, del Nuevo Testamento y del Libro de Mormón, como también para nosotros en nuestros días.

Mientras la sociedad y los gobiernos luchan con problemas de embarazos adolescentes, aborto, enfermedades de transmisión sexual y todos los males sociales asociados, las enseñanzas de nuestro Creador resuenan claras y fuertes. Son tan verdaderas ahora como lo fueron siempre. Son tan esenciales para la felicidad hoy como lo fueron cuando se dieron por primera vez. Desde el monte Sinaí, el Dios del cielo proclamó con trueno estos mandamientos, y los ha repetido una y otra vez a generaciones sucesivas. Cada persona debe desarrollar el poder del espíritu para que sea más fuerte que los apetitos del cuerpo.

Grandes recompensas se prometen. En lugar de recibir solo sobras, con el sabor de una migaja aquí o un pedazo allá, si somos obedientes a los mandamientos del Señor podemos banqueteamos continuamente en la mesa de la vida. A medida que nuestros apetitos y pasiones físicas se controlen y estos mandamientos se obedezcan, serán nuestras bendiciones increíbles. Estaremos más sanos. Seremos más felices. Hallaremos sabiduría, incluso tesoros escondidos de conocimiento. Prosperaremos en la tierra. Y aún más: a los fieles se les ha prometido que heredarán tronos, reinos, principados y potestades, dominios, exaltación, gloria y vidas eternas. (Véase D. y C. 132:19).

Convenios y Señales

Isaías 42:6 declara: “Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré, y te daré por pacto al pueblo, por luz de las naciones”.

De nuevo, en nuestros días el Señor identificó su convenio eterno como una luz para el mundo: “He enviado mi convenio eterno al mundo, para ser una luz al mundo, y para ser estandarte a mi pueblo”. (D. y C. 45:9).

Las Escrituras revelan que nuestro Padre Celestial a menudo ha usado señales o símbolos para guiar y enseñar a su pueblo en cuanto a los convenios en su plan eterno para nosotros. Con frecuencia, estas referencias se repiten, aun en diferentes libros de las Escrituras. Me gustaría comentar sobre diez de estos acontecimientos únicos de la historia sagrada —pasada, presente y futura— que vinculan un convenio con una señal o símbolo.

1. El Arco Iris

El primer convenio concierne a Noé, Enoc, el diluvio y el arco iris: “Yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestra descendencia después de vosotros; . . . no habrá más diluvio de aguas para destruir la tierra. Dijo, pues, Dios: Esta [arco iris] es la señal del pacto que yo establezco entre mí y vosotros y todo ser viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos: Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la tierra. . . . Dijo, pues, Dios a Noé: Esta es la señal del pacto que he establecido

entre mí y toda carne que está sobre la tierra”. (Génesis 9:9–11, 17).

Revelación posterior amplía los términos de este convenio, enseñando que la Sion de Enoc regresará y que el Señor volverá otra vez a morar en la tierra. (Véase TJS Génesis 9:17–25).

La señal del arco iris es un recordatorio visible y perpetuo de los tres términos de este convenio.

2. La Circuncisión

El segundo convenio es conocido como el convenio abrahámico. Obsérvese lo que Dios dijo al padre Abraham:

“Guardarás, pues, mi pacto, tú y tu descendencia después de ti por sus generaciones. Este es mi pacto, . . . Todo varón de entre vosotros será circuncidado . . . y será por señal del pacto entre mí y vosotros”. (Génesis 17:9–11).

Abraham primero recibió el evangelio mediante el bautismo (el convenio de salvación). Luego se le confirió el sacerdocio mayor, y entró en el matrimonio celestial (el convenio de exaltación).

Finalmente recibió la promesa de que estas bendiciones serían ofrecidas a toda su posteridad mortal.

Incluidas en las promesas divinas a Abraham había seguridades de que Cristo vendría por medio de su linaje, que la posteridad de Abraham recibiría ciertas tierras como herencia eterna, que todas las naciones de la tierra serían bendecidas por su descendencia, y más. Puesto que somos descendientes de Abraham, Isaac y Jacob, generalmente por medio de José, heredamos estas bendiciones. Aquellos que son fieles a los convenios hechos en la casa del Señor recibirán una herencia en el reino celestial.

Cristo después reveló: “El [símbolo] de la circuncisión ha sido quitado en mí”. (Moroni 8:8). La revelación de los últimos días también confirma que esta ley se cumplió en Cristo. (Véase D. y C. 74:3–7). ¡Pero el convenio abrahámico permanece!

3. La Pascua

El tercer convenio concierne a la Pascua. Estas son las palabras del Señor:

“Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas . . . y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto”. (Éxodo 12:7, 13).

El convenio de la Pascua incluía una señal manifestada con fe, la cual libró la vida de los hijos primogénitos.

4. El Día de Reposo

El cuarto convenio concierne al día de reposo. Durante años se nos ha enseñado a santificar el día de reposo y hemos procurado entender y obedecer esta ley. Guardar el día de reposo santo es una señal de un convenio con el Señor. Él decretó: “Ciertamente vosotros guardaréis mis días de reposo, porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico”. (Éxodo 31:13).

Esa expresión de Éxodo fue reiterada por el Señor a través de Ezequiel, quien dijo: “Santificad mis días de reposo, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios”. (Ezequiel 20:20).

Mientras trabajaba entre la gente de la China continental, observé que sus calendarios, como los nuestros, distinguen los domingos en números rojos mientras que los de los otros seis días de la semana están impresos en negro. El domingo, las tiendas generalmente están cerradas y en los hospitales solo se realizan operaciones de emergencia. Cuando pregunté a mis colegas médicos por qué consideraban el domingo diferente de otros días, me respondieron: “Porque hemos aprendido de la cultura occidental que la gente parece ser más productiva si descansa el domingo”. Cuando

pregunté si había algún significado religioso en su trato especial del domingo, mis anfitriones indicaron que no estaban conscientes de ninguno. ¡Qué día tan glorioso será cuando este maravilloso pueblo sea bendecido por guardar el día de reposo santo por la razón correcta! Es la señal del hombre a Dios, reconociendo que Él es el Señor.

5. El Cruce del Jordán

El quinto convenio concierne a los israelitas, que cruzaron las aguas del Jordán cuando Josué los condujo a ese río desbordado en tiempo de inundación. Ellos tuvieron plena fe en que Dios “amontonaría” las aguas del río Jordán, tal como lo había hecho antes cuando el Mar Rojo se abrió para Moisés y sus seguidores.

Después de que el pueblo cumplió con éxito este acto de fe, facilitado por un milagro del Señor, se les mandó que un hombre de cada tribu tomara una piedra y erigiera un monumento para significar este acontecimiento. Josué colocó doce piedras en el lugar donde los sacerdotes se habían puesto en pie respondiendo al mandato del Señor: “para que esto sea señal entre vosotros” (Josué 4:6), una señal de su convenio con el Señor, quien los libró y los llevó con seguridad a su destino.

6. El Nacimiento de Jesús

El sexto convenio concierne al nacimiento de Jesucristo. Recuerda la profecía de Isaías, frecuentemente citada en la época navideña: “He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel”. Inmediatamente antes de esas palabras está este significativo preámbulo: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal”. (Isaías 7:14; 2 Nefi 17:14).

El mensaje de la Navidad también contiene este pasaje familiar: “Que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre”. (Lucas 2:11–12).

El nacimiento del Hijo de Dios fue un convenio hecho desde antes de la fundación del mundo. Tuvo otras señales celestiales: “He aquí, os doy una señal de la venida de Cristo; porque he aquí, habrá grandes luces en el cielo, de modo que la noche anterior a su venida no habrá oscuridad. . . . Y aparecerá una nueva estrella. . . . y esto también os será por señal”. (Helamán 14:3, 5; véase también 3 Nefi 1:21–22).

Este acontecimiento maravilloso fue proclamado con señales maravillosas dadas tanto en el viejo como en el nuevo mundo.

7. La Muerte de Jesús

El séptimo convenio es el sacrificio expiatorio y la crucifixión de Jesucristo. El acontecimiento más importante que haya ocurrido en la historia de este mundo fue conmemorado con señales celestiales. Un profeta predijo una señal de su muerte: “Y acontecerá que se oscurecerá el sol y rehusará daros su luz; y también la luna y las estrellas, y no habrá luz sobre la faz de esta tierra . . . por el espacio de tres días, hasta el momento en que él resucite de entre los muertos”. (Helamán 14:20).

Los relatos de testigos presenciales de la impresionante realidad de esas señales quedaron registrados en otros versículos de las Escrituras. (3 Nefi 8:3; 11:2).

Estos siete convenios, señales y símbolos pertenecen a la historia pasada. Los siguientes tres conciernen a nuestro tiempo y al futuro.

8. Los que Querrán Engañar

El octavo convenio se relaciona con la falsedad. Cuando se le preguntó al Salvador: “¿Cuál será la señal de tu [segunda] venida?”, Él enumeró muchas señales. Pero la primera que mencionó fue: “Mirad que nadie os engañe”. (Mateo 24:3–4; JS–Mateo 1:5). Luego advirtió que se levantarían falsos profetas y engañarían a muchos, y que “si fuere posible, engañarán aun a los escogidos,

que son los escogidos según el convenio”. (JS–Mateo 1:22; énfasis agregado).

Eso significa que cada uno de nosotros, los escogidos del Señor — los escogidos según el convenio— estaremos sujetos al engaño y a la decepción de aquellos que intenten desviarnos de nuestro compromiso de seguir al Salvador. Esta palabra de advertencia, esperamos, será suficiente para los sabios.

9. El Convenio Eterno

El noveno convenio: Cada miembro de la Iglesia está bajo convenio de andar conforme a los mandamientos de Dios. Las Escrituras modernas revelan señales que corresponden a este convenio. ¿Alguna vez te has preguntado por qué nos arrodillamos en la oración? La Escritura responde: “Y que se ponga de rodillas en oración ante Dios, en señal o en memoria del convenio sempiterno”. (D. y C. 88:131). El convenio eterno es el evangelio de Jesucristo. (Véase D. y C. 66:2).

Las Escrituras también afirman que el “amén” que pronunciamos al final de una oración es una señal del convenio eterno. Cuando decimos audiblemente “amén” al concluir las palabras de quien ha hablado, puede considerarse como una señal de un convenio eterno. (Véase D. y C. 88:135).

10. Los Últimos Días

El décimo convenio es multifacético y se relaciona con los acontecimientos de los últimos días y el gran reinado milenar del Señor. ¿Sabías que el Libro de Mormón es una señal de ese convenio? El encabezamiento del capítulo 29 de 3 Nefi declara: “La aparición del Libro de Mormón es una señal de que el Señor ha comenzado a reunir a Israel y a cumplir sus convenios”.

En ocasiones, los medios de comunicación han difundido historias sobre los inicios de la Iglesia y la venida a la luz del Libro de Mormón. Lo que esos reportes no suelen mencionar es que el Libro

de Mormón salió a la luz en cumplimiento de profecías, tanto antiguas como modernas, y que fue traducido por el don y el poder de Dios, siendo declarado el libro más correcto sobre la faz de la tierra. Los reporteros también pueden omitir que este libro es una señal del convenio de Dios al mundo de que los últimos días están por cumplirse. Pero no seremos responsables ante los informes de prensa, sino ante esta Escritura: “No supongáis que podéis torcer la diestra del Señor hacia la izquierda, para que no ejecute juicio en el cumplimiento del convenio que ha hecho a la casa de Israel”. (3 Nefi 29:9).

El Señor enumeró otras señales de su convenio de volver otra vez: “Oiréis de guerras y rumores de guerras. . . . Habrá hambres, y pestes, y terremotos. . . . Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. . . . Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”. (Mateo 24:6–14).

Al pueblo del continente americano, el Señor añadió: “Os doy una señal . . . que yo os recogeré de vuestra larga dispersión, oh casa de Israel. . . . Esto es lo que os doy por señal . . . que se cumpla el convenio que el Padre ha hecho con su pueblo, oh casa de Israel”. (3 Nefi 21:1–4).

En aquel día habrá una obra maravillosa entre el pueblo. Las tribus perdidas regresarán y se edificará la nueva Jerusalén.

Como preludio final al convenio de su venida, se verán otras señales: el sol se oscurecerá, la luna se oscurecerá y las estrellas caerán del cielo. (Véase Mateo 24:29–30; D. y C. 88:87, 93; JS–Mateo 1:33).

Somos un pueblo de convenio. Las señales y los símbolos de los convenios de Dios con nosotros están por todas partes. Acabamos de repasar diez de ellos, pero hay más, sí, muchos más.

Sepan que el precioso Libro de Mormón es una señal de los últimos días. Aquellos que sirven como misioneros están cumpliendo la señal del convenio de Dios hecho a Abraham, de que todas las naciones de la tierra serían bendecidas por su descendencia. Los Santos de los Últimos Días son custodios del sacerdocio y del evangelio de Jesucristo. Ellos llevarán esa palabra al mundo, no solo para la salvación de las personas, sino también como participantes de la señal de que todas las naciones de la tierra oirán el mensaje del evangelio antes del convenio de la Segunda Venida.

Vida Después de la Vida

Hace algunos años tuve una conversación con un editor de libros que estaba interesado en el tema de la posible continuación de la vida después de lo que conocemos como muerte. Me preguntó si podía contribuir con historias de pacientes que habían estado lo suficientemente cerca de la muerte como para experimentar el otro lado y, sin embargo, habían sobrevivido para compartir esos relatos. Percibiendo el interés público en este tema, pensaba titular el libro *Vida Después de la Vida*.

Al considerar esa petición, recordé muchos de esos incidentes que a lo largo de los años me habían sido susurrados en confianza. Pero esos relatos me parecían demasiado sagrados para compartirlos de una manera mundana, especialmente con fines de una empresa comercial. Además, ¿qué validez tendrían historias aisladas de vida después de la vida sin testimonios de testigos que las respaldaran?

Para mí, sería mucho más lógico y convincente un estudio de evidencias bien documentadas y cuidadosamente atestiguadas de vida después de la vida. De hecho, las actividades del Cristo viviente en América siguieron a su propia resurrección de entre los muertos. Muchos testigos en muchos lugares han visto al Señor resucitado, antes, durante y después de su aparición a los nefitas. Entre los relatos registrados se encuentran los siguientes.

A Sus Asociados en la Tierra Santa

1. La primera persona mortal que se sabe vio al Salvador resucitado fue María Magdalena. (Juan 20:16–17).

2. Otra aparición registrada del Señor resucitado fue a otras mujeres (Marcos 16:1; Lucas 8:3), entre ellas María, la madre de Jacobo; Salomé, la madre de Jacobo y Juan; Juana; Susana; y muchas más.
3. Jesús se apareció a Simón Pedro, el apóstol principal (1 Corintios 15:5), quien poseía las llaves de la autoridad del sacerdocio en la tierra.
4. Más tarde ese mismo día, Cleofas y presumiblemente Lucas encontraron al Señor resucitado mientras viajaban por el camino a Emaús. El Salvador comió con ellos. (Lucas 24:30–33).
5. También se reveló a los apóstoles en un aposento alto y les mostró sus manos y sus pies. “Entonces le dieron parte de un pez asado, y de un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos”. (Lucas 24:42–43).
6. Ocho días después de esa primera aparición a los apóstoles, Jesús volvió a ellos. En esa ocasión estaba presente el incrédulo Tomás. Cristo le dijo: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”. (Juan 20:26–29).
7. En el mar de Tiberíades, Jesús se apareció a siete de los Doce que habían pescado toda la noche sin lograr nada. El Maestro hizo entonces que sus redes se llenaran de peces. Después, Pedro fue comisionado a apacentar el rebaño de Dios. (Juan 21:1–24).
8. Tal vez la congregación más grande que vio al Señor resucitado en Palestina fue en el monte cerca de la orilla de Galilea. Allí fue visto por más de quinientos hermanos a la vez. (1 Corintios 15:6).
9. Más tarde, el Maestro llevó nuevamente a los once a “un monte donde Jesús les había ordenado”. Allí dio a sus

apóstoles ese encargo eterno: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”. (Mateo 28:16, 19).

10. Entonces Jesús fue visto por su hermano Jacobo, quien llegó a ser uno de sus discípulos especiales. (1 Corintios 15:7).
11. Pablo añadió: “Y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí”. (1 Corintios 15:8; véase también Hechos 9:4–5).
12. Jesús se despidió de los líderes de su Iglesia en Asia, como lo había profetizado antes de su ascensión desde el Monte de los Olivos: “Y me seréis testigos . . . hasta lo último de la tierra”. (Hechos 1:8; véase también Marcos 16:19; Lucas 24:50–51).
13. Cuando Esteban fue apedreado en la puerta de Jerusalén, “puesto los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios”. (Hechos 7:55).

A los Nefitas

14. El ministerio del Señor Resucitado continuó con los nefitas, que vivían en el hemisferio occidental. Al menos dos mil quinientas almas oyeron su voz, palparon las marcas de los clavos en sus manos y pies, e introdujeron sus manos en su costado. (3 Nefi 11:7–17; 17:25). Siento que muchos de ellos bañaron sus pies con lágrimas de gozosa adoración.
15. Jesús ministró a los muertos en el mundo de los espíritus después de la vida terrenal. Pedro testificó que “el evangelio ha sido predicado también a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios”. (1 Pedro 4:6; véase también 1 Pedro 3:19–21).

Juan también enseñó sobre esto: “Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán”. (Juan 5:25).

En nuestros días, se han agregado escrituras adicionales que testifican del ministerio del Señor viviente entre los muertos. (D. y C. 138).

A las Tribus Perdidas

16. En el Libro de Mormón leemos que Jesús visitaría a las tribus perdidas de la casa de Israel —para hacer por ellas, suponemos, lo que había hecho por otros. (2 Nefi 29:13; 3 Nefi 17:4; 21:26).

A los de Esta Dispensación

17. Después de casi dos mil años, nuevos testigos de la resurrección de Jesús han añadido sus testimonios de esta verdad trascendente. El Profeta José Smith fue visitado en 1820 por Dios el Padre y su Hijo, el Señor Resucitado (José Smith—Historia 1:17). José los vio y escuchó sus voces. Recibió un testimonio personal de la filiación divina de Jesús directamente del Padre, y aprendió que “el Padre tiene un cuerpo de carne y huesos tangible como el del hombre; así también el Hijo”. (D. y C. 130:22).
18. Doce años después, el Salvador se reveló nuevamente a José Smith y a Sidney Rigdon. “Le vimos”, exclamaron, “a la diestra de Dios; y oímos la voz dar testimonio de que él es el Unigénito del Padre”. (D. y C. 76:23).
19. El 3 de abril de 1836, con Oliver Cowdery en el Templo de Kirtland, el Profeta José vio al Maestro una vez más. Escribió:
“Vimos al Señor de pie sobre el barandal del púlpito, delante de nosotros. . . . Sus ojos eran como llama de fuego; el cabello de su cabeza era blanco como la nieve pura; su

semblante brillaba más que el resplandor del sol; y su voz era como el estruendo de muchas aguas, sí, la voz de Jehová, que decía: Yo soy el primero y el último; yo soy el que vive, yo soy el que fue muerto; yo soy vuestro abogado ante el Padre”. (D. y C. 110:2–4).

Su Obra y Su Gloria

La resurrección de Jesucristo es, verdaderamente, uno de los acontecimientos más cuidadosamente documentados de la historia. He mencionado muchas de esas apariciones, pero se han registrado otras más.

Aún más notable es el hecho de que su misión entre los hombres —la expiación, la resurrección— extiende privilegios de redención del pecado y una gloriosa resurrección a cada uno de nosotros. De una manera maravillosa, plenamente comprendida solo por la Deidad, esta es su obra y su gloria: “Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”. (Moisés 1:39).

En la Iglesia, los maestros instruyen así tanto a los jóvenes como a los mayores. A veces, los resultados son gratiosos. Un líder compartió conmigo esta historia:

Un niño regresó un día a casa de la Primaria, y su madre le preguntó qué había aprendido en la clase. Él respondió: “Mi maestra me dijo que yo solía ser polvo y que volveré a ser polvo otra vez. ¿Es cierto, mami?”

—“Sí” —respondió la madre—. “Una escritura nos lo dice: “Pues polvo eres, y al polvo volverás””. (Génesis 3:19).

El pequeño quedó asombrado con esto. A la mañana siguiente, mientras se apresuraba a prepararse para la escuela buscando sus zapatos, se metió debajo de la cama. Y he aquí que vio unas bolas de polvo. Corrió hacia su madre maravillado y le dijo: —“¡Oh, mami, hay alguien debajo de mi cama, y o están viniendo o están yéndose!”

La Naturaleza de la Resurrección

Los compuestos derivados del polvo —los elementos de la tierra— se combinan para formar cada célula viva de nuestros cuerpos. El milagro de la resurrección solo se compara con el milagro de nuestra creación en primer lugar.

Nadie sabe con precisión cómo dos células germinales se unen para formar una. Tampoco sabemos cómo esa célula resultante se multiplica y divide para producir otras: unas llegan a ser ojos que ven, oídos que oyen, o dedos que perciben las cosas gloriosas que nos rodean. Cada célula contiene cromosomas con miles de genes, asegurando químicamente la identidad e independencia de cada individuo. Nuestros cuerpos se reconstruyen constantemente de acuerdo con recetas genéticas que son únicamente nuestras. Cada vez que nos bañamos, perdemos no solo suciedad, sino también células muertas o moribundas, las cuales son reemplazadas por otras nuevas. Este proceso de regeneración y renovación no es más que un preludio al fenómeno prometido y futuro de nuestra resurrección.

“Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” —preguntó Job. (Job 14:14). Con fe, respondió su propia pregunta: “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios”. (Job 19:25–26).

En el momento de nuestra resurrección, retomaremos nuestros tabernáculos inmortales. Cuerpos que ahora envejecen, se deterioran y decaen, ya no estarán sujetos a procesos de degeneración. “Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad”. (1 Corintios 15:53).

Este gran poder del sacerdocio de la resurrección está investido en el Señor de este mundo. Él enseñó: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. (Mateo 28:18). Aunque en la hora undécima

suplicó ayuda a su Padre, la victoria final sobre la muerte fue ganada por el Hijo. Estas son sus palabras: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre”. (Juan 10:17–18).

Este poder lo proclamó sutilmente cuando dijo a los judíos: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. . . . Mas él hablaba del templo de su cuerpo”. (Juan 2:19, 21).

Las llaves de la resurrección reposan con seguridad en nuestro Señor y Maestro. Él dijo: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente”. (Juan 11:25–26).

Pero la obediencia a los mandamientos de Dios es requisito para resucitar con un cuerpo celestial. Nuestro desafío es aprender esos mandamientos y vivir conforme a ellos.

Doy gracias a Dios por su Hijo, Jesucristo, y por la misión de Jesús en la mortalidad y su ministerio como el Señor resucitado. Él efectuó su propia resurrección. Los testimonios de miles, tanto de la antigüedad como de tiempos modernos, atestiguan la verdad de que Jesús resucitado es el Salvador de la humanidad. Él efectuó una resurrección universal: “Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”. (1 Corintios 15:22).

Su sacrificio y su gloria aseguran que “el espíritu y el cuerpo serán reunidos de nuevo en su perfecta forma; cada miembro y coyuntura serán restaurados a su debido marco, tal como estamos ahora en este tiempo”. (Alma 11:43).

Con gratitud y con firmeza afirmo que hay vida después de la vida: primero en el mundo de los espíritus y luego en la resurrección, para cada uno de nosotros.

Los Profetas Modernos Hablan

Los miembros de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles son sostenidos como profetas, videntes y reveladores. Hombres de diversos orígenes son llamados del mundo para llegar a ser testigos especiales del Señor. Esa transformación, de la obra mundana al ministerio, requiere un poder especial. Ese poder debe venir de lo alto. Con frecuencia, el Señor ha prometido esa bendición a quienes son dignos: “A todos los que me reciban les daré poder para hacer muchos milagros, y para llegar a ser hijos de Dios; y a todos los que crean en mi nombre”. (D. y C. 45:8).

La biógrafa del presidente Ezra Taft Benson registró este acontecimiento:

“A mediados de los cincuenta, un joven que trabajaba en Washington, D. C., llegó a conocer al élder Ezra Taft Benson, entonces Secretario de Agricultura de los Estados Unidos. Después de observar al Secretario desenvolverse en su exigente y, a menudo, polémico cargo, mientras intentaba conservar la dignidad y el porte de un apóstol, el hombre le preguntó al élder Benson cómo lograba manejarlo todo. El élder Benson respondió, en palabras semejantes a estas: “Trabajo tan duro como puedo y hago todo lo que está a mi alcance. Y trato de guardar los mandamientos. Luego dejo que el Señor haga la diferencia”. Allí, en pocas palabras, se encuentra la fórmula de la vida del presidente Benson y de su éxito”. (*Sheri L. Dew, Ezra Taft Benson: A Biography*, págs. vii–viii).

El presidente Benson atribuye gran parte de su éxito al poder de la oración. Ha escrito:

“Durante toda mi vida, el consejo de depender de la oración ha sido valorado por encima de casi cualquier otro consejo que jamás haya recibido. Se ha convertido en una parte integral de mí: un ancla, una fuente constante de fortaleza, y la base de mi conocimiento de las cosas divinas”. (*Come Unto Christ*, pág. 27).

Un testimonio similar sobre el poder de la oración fue dado por el presidente Gordon B. Hinckley. Cuando fue sostenido en 1961 como miembro del Quórum de los Doce, pronunció estas palabras:

“Me siento abrumado por la confianza del Profeta del Señor en mí, y por el amor expresado de estos, mis hermanos, junto a quienes me siento como un pigmeo. Oro por fortaleza; oro por ayuda; y oro por la fe y la voluntad de ser obediente. Pienso que necesito —y siento que todos necesitamos— disciplina, si esta gran obra ha de avanzar como está ordenado que lo haga”. (*Informe de Conferencia*, octubre de 1961, págs. 115–116).

El presidente Thomas S. Monson también expresó la eficacia de la oración unida a la fe como un medio por el cual se puede adquirir poder:

“El líder exitoso . . . reconoce que la mayor fuerza en el mundo hoy es el poder de Dios al obrar a través del hombre. Halla consuelo en la seguridad real de que la ayuda divina puede ser su bendición. Él es, por su fe, un creyente en la oración, sabiendo que la oración provee poder —poder espiritual—, y que la oración provee paz —paz espiritual—. Sabe y enseña . . . que el reconocimiento de un poder superior al hombre mismo no lo degrada en ningún sentido; más bien, lo exalta”. (*Be Your Best Self*, pág. 116).

El presidente Howard W. Hunter habla de la fe y la oración como protectores contra la tentación:

“Con fe, y oración, y humildad, y fuentes de fortaleza de un mundo eterno, podemos vivir sin mancha en medio de un mundo de tentación”. (*Informe de Conferencia*, octubre de 1976, pág. 23).

El élder Boyd K. Packer describió como “la perla más escogida” la oportunidad de ser guiados por el Espíritu del Señor. Escribe:

“Hay gran poder en esta obra, gran poder espiritual. El miembro común de la Iglesia, . . . habiendo recibido el don del Espíritu Santo por la confirmación, puede hacer la obra del Señor”. (*That All May Be Edified*, pág. 342).

De igual manera que otros hermanos, el élder Marvin J. Ashton añade la importancia de la humildad:

“La humildad no es una debilidad, es una fortaleza. He escuchado con frecuencia a miembros de la Primera Presidencia decir: “Dios no puede contestar nuestras oraciones a menos que seamos siervos humildes””. (“A Seventy Is a Servant”, sesión especial de capacitación para los Setentas, 29 de septiembre de 1987, pág. 3).

Ese mismo espíritu de humildad es evidente en una declaración del élder L. Tom Perry. El poder del testimonio se refleja en su expresión:

“Mi testimonio tuvo sus raíces en las enseñanzas de dos padres maravillosos que creían y vivían el evangelio. Con ese cimiento seguro, he podido añadir el testimonio abrumador de las Escrituras y las experiencias del esfuerzo diario por mantener mis actividades en armonía con los principios del evangelio. Con tal fundamento, no fue difícil sentir el poder del Espíritu Santo ardiendo dentro de mí de que Jesús es el Cristo, y de que estamos comprometidos en su obra”.

“¡Qué simples se vuelven nuestros testimonios cuando descubrimos que la vida recta engendra felicidad, y la vida inicua engendra dolor y tristeza!

“El mayor misterio para mí en todo el plan es por qué fui honrado con ocupar un puesto en el Consejo de los Doce. Al viajar a las estacas de Sion, continuamente encuentro mayor talento en liderazgo, administración, habilidades de enseñanza, oratoria, e incluso aquellos con más conocimiento de las Escrituras que el que yo poseo. Mi único consuelo es que no puedo concebir a nadie con un testimonio más fuerte de que Dios vive y de que Jesús es el Cristo, que el que arde dentro de mi alma. Este es el testimonio especial que siento que forma en mí una obligación apremiante de darlo al mundo, a fin de que todos los hombres y mujeres en todas partes puedan tener el mismo gozo y consuelo que yo experimento en este conocimiento especial del Salvador”. (Comunicación personal al autor, marzo de 1988).

Curiosamente, el élder David B. Haight expresó un tema similar en un discurso de conferencia:

“Te necesito; oh, te necesito; cada hora te necesito”. . . . El peso de este nuevo llamamiento y la responsabilidad por la cual ustedes me han sostenido sería abrumador si no fuera por mi conocimiento del Salvador. He orado diariamente por una comprensión más profunda del Maestro mientras me preparo para esta sagrada responsabilidad”. (*Informe de Conferencia*, abril de 1976, págs. 29–30).

El élder James E. Faust citó su sentir al prepararse para el servicio al Señor:

“Con fe en el Señor y humildad, un líder del sacerdocio puede esperar con confianza la ayuda divina en sus problemas. . . . Hermanos, podemos aprender, podemos estudiar, podemos comprender las cosas básicas que necesitamos saber como poseedores del santo sacerdocio de Dios. Podemos aprender las grandes verdades y enseñarlas con inteligencia y entendimiento a quienes vengan a aprender. También podemos apoyarnos en las

fortalezas de otros cuyos talentos son mayores que los nuestros”. (*Informe de Conferencia*, octubre de 1980, págs. 51–52).

El élder Neal A. Maxwell también expresó la unión entre humildad y el obtener poder divino:

“¿Acaso no hay una profunda humildad en el Cristo todopoderoso, el majestuoso Hacedor de Milagros, que reconoció: “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30)? Jesús ni abusó ni dudó de su poder, pero tampoco se confundió jamás acerca de su origen. En cambio, nosotros los mortales —quizá aun cuando de otra manera somos modestos— a veces estamos bastante dispuestos a exhibir nuestros logros acumulados, como si los hubiéramos hecho por nosotros mismos. De allí esta advertencia sobria: “Y digas en tu corazón: . . . acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder” [Deuteronomio 8:17–18]”. (*BYU Speeches of the Year*, 1986–87, pág. 55).

Los pensamientos del élder Russell M. Nelson están ampliamente expuestos en este volumen y no necesitan ser citados más en este capítulo. Él repite y sostiene estos pensamientos inspirados de sus estimados compañeros con quienes labora en amor.

El élder Dallin H. Oaks ofreció esta profunda observación en cuanto al camino único de preparación que precedió a su llamamiento:

“Mientras oraba y meditaba sobre la importancia de este llamamiento, también me sentí lleno de gratitud de que nuestro Padre Celestial me llamara a esta posición, donde puedo usar mi experiencia y dedicar todo mi tiempo por el resto de mi vida a su servicio. He tenido una combinación inusual de experiencias profesionales y de la Iglesia. Durante muchos años he sentido un fuerte sentido de mayordomía respecto a esas experiencias. He estado convencido de que estaba siendo preparado para un servicio mayor. Muchas veces oré para que, cuando llegara el momento, pudiera reconocer la obra para la cual había sido preparado, y pudiera ser un instrumento en las manos del Señor al

desempeñarla”. (*BYU Devotional and Fireside Speeches*, 1984–85, pág. 8).

La dependencia del Señor también fue recalcada por el élder M. Russell Ballard cuando fue llamado al Quórum de los Doce:

“Entiendo el origen del llamamiento. . . . Esta es la iglesia de nuestro Padre Celestial. Las comisiones en las que he sido enviado a actuar en el nombre del Señor me permiten testificarles hoy que sé, como sé que estoy ante ustedes, que Jesús es el Cristo, que él vive. Él está muy cercano a esta obra y muy cercano a todos nosotros que hemos sido llamados a llevar a cabo la obra en toda la tierra en su nombre”. (*Informe de Conferencia*, octubre de 1985, pág. 99).

Cuando el élder Joseph B. Wirthlin fue llamado por primera vez como Autoridad General, resumió las raíces de su fe:

“Mi vida realmente está anclada en el testimonio de que Dios vive, de que Jesús es el Cristo. Honro el sacerdocio que poseo, y he visto su gran poder en sanar a los enfermos. Sé que el Espíritu del Señor susurra a sus siervos, y depende de nosotros escuchar esos susurros”. (*Ensign*, mayo de 1975, pág. 103).

Los profetas modernos han hablado

Cada uno a su manera, pero con temas que esencialmente se superponen. Estas escrituras resumen tan bien sus testimonios:

“Los hombres deben estar anhelosamente comprometidos en una buena causa, y hacer muchas cosas de su propia voluntad, y lograr mucha justicia; porque el poder está en ellos, en tanto son agentes para sí mismos”. (D. y C. 58:27–28).

“Y los que deseen en su corazón, con mansedumbre, amonestar a los pecadores para que se arrepientan, sean ordenados a este poder. Porque este es un día de amonestación, y no un día de muchas palabras. Porque yo, el Señor, no seré escarnecido en los

últimos días. He aquí, yo soy de lo alto, y mi poder yace debajo”. (D. y C. 63:57–59).

“Que tus siervos salgan de esta casa armados con tu poder, y que tu nombre esté sobre ellos, y tu gloria esté alrededor de ellos, y tus ángeles tengan encargo sobre ellos”. (D. y C. 109:22).

Los siervos vivientes del Señor salen armados con tal fuerza y poder. Son poderosos en palabra y en espíritu. Lo que son es el resultado de su continuo deseo de ser siervos fieles, humildes, orantes, disciplinados y sumisos. Están bien instruidos en cuanto a las doctrinas de la Deidad. De hecho, ejemplifican este iluminador versículo de las Escrituras:

“No procuréis declarar mi palabra, sino procurad primeramente obtener mi palabra, y entonces se soltará vuestra lengua; entonces, si lo deseáis, tendréis mi Espíritu y mi palabra, sí, el poder de Dios para la convicción de los hombres”. (D. y C. 11:21).

El potencial de ese poder divino está dentro de nosotros. Espera ser tomado por cada hijo de Dios dispuesto.

Bibliografía

Russell M. Nelson, *El Poder en Nosotros*

- Bell, Stella Jaques. *Life History and Writings of John Jaques*. Rexburg, Idaho: Ricks College Press, 1978.
- Benson, Ezra Taft. *Come Unto Christ*. Salt Lake City: Deseret Book, 1983.
- *Church News*, sección semanal del *Deseret News*, Salt Lake City, Utah.
- Churchill, Winston. "The Follies of the Victors" en *The Gathering Storm*. Boston: Houghton-Mifflin, 1986.
- *Conference Report*. Procedimientos de las conferencias generales anuales y semianuales de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.
- Cook, Lyndon B., y Andrew Ehat, eds. *Words of Joseph Smith*. Salt Lake City: Bookcraft, 1980.
- Dew, Sheri L. *Ezra Taft Benson: A Biography*. Salt Lake City: Deseret Book, 1987.
- *Himnos*, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, 1985.
- Kimball, Edward L., ed. *The Teachings of Spencer W. Kimball*. Salt Lake City: Bookcraft, 1982.
- Monson, Thomas S. *Be Your Best Self*. Salt Lake City: Deseret Book, 1979.
- Packer, Boyd K. *That All May Be Edified*. Salt Lake City: Bookcraft, 1982.
- *Relief Society Handbook*. Salt Lake City: The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints, 1931.

- Richards, Stephen L. *Where Is Wisdom?* Salt Lake City: Deseret Book, 1955.
- Smith, Joseph F. *Gospel Doctrine*. Salt Lake City: Deseret Book, 1977.
- Smith, Joseph Fielding. *Doctrines of Salvation*. 3 vols. Salt Lake City: Bookcraft, 1954–56.
- Smith, Joseph Fielding, comp. *Teachings of the Prophet Joseph Smith*. Salt Lake City: Deseret Book, 1976.